

José Martí y el equilibrio del mundo



JOSÉ MARTÍ (1853-1895). Periodista, poeta, orador, ensayista, epistológrafo, escritor, maestro, traductor, considerado entre los iniciadores del movimiento modernista. Genio literario y político. Hijo de padres españoles (Leonor Pérez Cabrera, de Islas Canarias; Mariano Martí Navarro, de Valencia), formado en la tradición del pensamiento que viene de Félix Varela y José de la Luz y Caballero, que en él se proyecta como un poderoso órgano. Sus textos han sido traducidos y publicados en el mundo entero. Figura mayor de las letras hispanoamericanas y fundador del Partido Revolucionario Cubano que unió a los patriotas de dentro y fuera de la Isla para independizarse de la Monarquía española y tratar de evitar que el voraz imperialismo del Norte revuelto y brutal se nos echara encima con sus sueños de anexión. Los emigrados, los pinos nuevos y los mambises que se batieron con Céspedes, Agramonte, Maceo y Máximo Gómez le dieron en vida los honrosos calificativos de Maestro y Apóstol. Al caer en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, de cara al sol, su imagen y su ejemplo, sus ideas, se han convertido en camino y unidad para los que luchan por la causa universal del mejoramiento humano.

José Martí y el equilibrio del mundo

Selección y notas
Centro de Estudios Marianos

Estudio Introdutorio de Armando Hart Dávalos



La Habana, 2014

Edición / IMELDO ÁLVAREZ GARCÍA
Diseño interior / ROGELIO GARCÍA RODRÍGUEZ
Diseño de cubierta / NURIA PÉREZ MEZERENES
Composición / ALINA FUENTE HERNÁNDEZ
Corrección / REGINA ARANGO ECHEVARRÍA

Primera edición: 2000
Fondo de Cultura Económica,
México.

Segunda edición: 2002
Editorial Ciencias Sociales,
Playa, Ciudad de La Habana.

© Sobre la presente edición: 2011
Centro de Estudios Martianos,
Instituto Autónomo Biblioteca Nacional,
Casa de Nuestra América José Martí, 2011

Primera reimpresión, 2014

ISBN 978-959-271-081-8

Centro de Estudios Martianos
Calzada No. 807, esq. a 4, El Vedado,
Plaza, La Habana, 10400, Cuba.
Fax: (537) 8333721
E-mail: cem@josemarti.co.cu
editorial@josemarti.co.cu
Web site: www.josemarti.cu

“...el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias”.

Carta a Joaquín Macal,
11 de abril de 1877.

“Quien quiera pueblos, ha de habituar a los hombres a crear”.

La América, junio de 1884.

JOSÉ MARTÍ

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Para comprender cabalmente el significado real de la personalidad y el pensamiento de José Martí para Cuba, América y el mundo resulta obligado situarlo en el devenir de dos siglos de historia de las ideas cubanas. Los aspectos esenciales que pueden guiarnos en el análisis de ese dilatado período histórico son los siguientes:

- ♦ Las fuentes cubanas que nutrieron a José Martí (1790-1868). El presbítero Félix Varela, defensor de la independencia de Cuba, y José de la Luz y Caballero, fundador de la escuela cubana, constituyen, junto a otras destacadas figuras de esa época, el núcleo forjador de la educación y la cultura que llegaron de manera directa a José Martí a través de su maestro Rafael María de Mendive.
- ♦ Su consagración a Cuba, nuestra América y la humanidad (1868-1895). Desde su juramento hecho en la adolescencia cuando se enfrentó directamente a la esclavitud, su entrega a la causa de la independencia de Cuba, el permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de su vida, lo

que favoreció su americanismo y su universalidad, estudio y conocimiento en profundidad de los Estados Unidos durante su prolongada estancia en ese país, hasta su caída en combate en Dos Ríos.

- ♦ Su concepción de la guerra necesaria, humanitaria y breve, que implica la dirección de la guerra con criterio político como único modo de ganarla: la fundación del Partido Revolucionario Cubano para unir voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada, su actividad febril en el terreno de las ideas a favor de la causa de la independencia, y su labor con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo y otras figuras de la guerra del 68.
- ♦ La tragedia que quiso evitar a tiempo el Maestro. La significación cubana, iberoamericana y universal de la intervención de Estados Unidos en la guerra de independencia de Cuba.
- ♦ El renacimiento del ideario del héroe de Dos Ríos (1902-1953). La trayectoria del pensamiento martiano rescatado por el movimiento antimperialista, socialista, democrático y popular de Cuba durante la neocolonia.
- ♦ La presencia del Apóstol en la generación del centenario (1953-1961). La significación que tuvo el pensamiento de Martí en la generación del centenario hasta culminar con la declaración del carácter socialista de la Revolución el 16 de abril de 1961.
- ♦ El pensamiento martiano y su articulación definitiva con el ideal socialista. La obra de la Revolución y el contenido de ideas que relacionan el pensamiento martiano y el socialista.

- ♦ El papel del pensamiento cubano, a partir del tiempo histórico, que se gesta tras la caída del campo socialista.

José Martí adquiere una renovada vigencia, representa la cúspide de la cultura política, social y filosófica nacional en el siglo XIX. Su legado se proyecta en la presente centuria orientado hacia los intereses de los pobres de la tierra y de la humanidad y mantiene una vigencia para enfrentar los problemas actuales que debe ser examinada por todos aquellos preocupados por el futuro de la humanidad.

La historia de Cuba muestra, desde el nacimiento y en el desarrollo de la nación, cómo los hechos económicos, sociales, políticos e incluso militares, que tuvieron lugar a lo largo de más de dos siglos, se enlazaron con la cultura política y filosófica de la modernidad, asumida desde los intereses de los pobres. Ella nos enseña, a su vez, el carácter de las relaciones de Cuba con el mundo.

Lo original en nuestro caso se halla en que los hechos y los procesos transeurridos pueden explicar la existencia de una ideología nacional —en el sentido de producción de ideas— que expresa una síntesis de valor universal porque constituye una identidad integrada por diversas corrientes sociales, culturales y filosóficas del mundo occidental. Su trascendencia está, entre otras cosas, en que es parte integral e inseparable de Iberoamérica y el Caribe. Hay un ideario nacional que aspira a acercarse al mundo y que el mundo se acerque a él. No otra significación tiene el mandato de José Martí: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, así como sus aspiraciones o propósitos de convertir a Cuba en universidad del continente.

Así, la cuestión cultural desempeñó un papel clave en la historia de nuestro país en una relación dialéctica con los

acontecimientos y procesos históricos. Es necesario analizar el proceso transcurrido en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XX. Entonces se forjó en Cuba una síntesis de cultura universal que constituye una singularidad en la historia económica, política y social de Occidente. Se fundieron desde los orígenes mismos dos elementos: las corrientes filosóficas, políticas y sociales que venían de la Ilustración y la modernidad europeas, y los más genuinos principios que nos llegaron del pensamiento y los sentimientos éticos cristianos. De la primera tomamos el pensar científico y el amor a la libertad y a la dignidad humana; de la segunda, las más nobles tradiciones morales de la redención del hombre en la tierra.

De la población que vino de África aprendimos el sentido de la libertad personal, que creció y se fortaleció en la lucha contra la esclavitud. Asimismo, las influencias africanas en el folclore, en la música y en la cultura en general, se articularon con las de origen europeo y de otras nacionalidades y dieron lugar a una sensibilidad estética y a creaciones artísticas de alcance universal.

Entre las fuentes principales de nuestras ideas políticas y sociales y de redención humana, figuraron las luchas por la independencia americana que simbolizamos en Simón Bolívar. Siempre hemos considerado a Cuba como parte de la gran patria que Martí llamó “Nuestra América” y también “América de los trabajadores”.

A partir de 1790, fueron manifestándose de una manera más clara los gérmenes de una incipiente conciencia nacional. Fue emergiendo un grupo de hombres nacidos en nuestra tierra que, en diversos campos, expresaban y defendían intereses y aspiraciones diferentes y, en ocasiones, contrapuestas a las de España. Surgieron instituciones como la Sociedad Económica de Amigos del País, con figuras claves

como Francisco de Arango y Parreño, brillante economista y político que defendió con inteligencia la necesidad de otorgarle a la oligarquía criolla posibilidades para el comercio internacional sin las trabas impuestas por el monopolio comercial. Comenzó a publicarse el Papel Periódico de La Habana, vinculado a la Sociedad Económica.

Hombres como el obispo Espada y José Agustín Caballero le abrieron, desde la ética cristiana, camino revolucionario al pensamiento científico y pedagógico cubano. El mismo empezó a tomar forma y carácter propios con el presbítero Félix Varela, entre cuyos discípulos estaban José Antonio Saco, uno de los sociólogos y economistas más eminentes del Nuevo Mundo; José María Heredia, poeta independentista conocido por su Oda al Niágara; Domingo del Monte, promotor y ensayista eminente; el científico Felipe Poey y, especialmente, el pedagogo y filósofo José de la Luz y Caballero.

Paralelamente a las reformas de Arango se habían ido gestando, bajo la influencia de las ideas más puras del cristianismo, entendido al modo que lo había asumido siglos atrás fray Bartolomé de las Casas y de los principios revolucionarios de la Europa del siglo XVIII y comienzos del XIX, una cultura que solo puede caracterizarse como de liberación social. Para apreciar cómo se comportó en la realidad este proceso, hay que estudiar sus condicionamientos económico-sociales.

Las reformas económicas al antiguo monopolio de Indias estaban atrapadas en la contradicción de facilitar el tráfico de esclavos. Este es un hecho de esencial importancia para valorar las razones que impidieron, a principios del siglo pasado, el éxito del ideal separatista, por el temor en sectores acomodados a que el inicio de una guerra contra el poder colonial condujera a repetir en Cuba la experiencia

de Haití. El mantenimiento de la esclavitud en el marco del régimen colonial condicionó la estratificación social de Cuba, y paradójicamente, la posterior radicalización del movimiento independentista.

Entre 1791 y 1825 se produjo un incremento notable de la esclavitud. En esta última fecha, la población negra de Cuba representaba 56% del total de pobladores, lo cual alarmó a los terratenientes por el temor, siempre latente, al fantasma de Haití. A la vuelta de 80 años, creció decisivamente la proporción de la población criolla y explotada en relación con la española. Entre 1791 y 1868, el número de habitantes se incrementó de 272 000 a 1 350 000. La de origen español que había llegado a Cuba para desempeñar cargos militares, administrativos o de tráfico comercial en el transcurso de varias generaciones devino en masa trabajadora ocupada en los oficios subalternos, agrícolas, administrativos y de servicios.

El movimiento de ideas se produjo de la manera que paso a describir. Félix Varela “nos enseñó primero en pensar”. Su más aventajado y excepcional discípulo, José de la Luz y Caballero, nos enseñó a estudiar y a conocer. Ellos nos estimularon el amor a la justicia, a la verdad, a la belleza y el compromiso de realizar un servicio en favor de los hombres y lo forjaron en el diseño germinal de la nación cubana.

Una cultura definida por el hecho de que no se trazó antagonismo entre ciencia y ética, ni tampoco entre ciencia y fe en Dios. En De la Luz y Caballero y en todo el abanico de ideas de nuestra ilustración decimonónica (1790-1868) constituye un valor especial haber asumido con lealtad insuperable los principios culturales y especialmente éticos del cristianismo, es decir, las aspiraciones de redención del hombre en la tierra y, a la vez, las ideas científicas y filosóficas más avanzadas de la modernidad europea de su

época. En este sentido, en el orden espiritual, las ideas en Cuba se situaron por encima de las dominantes en Europa en la primera mitad del siglo XIX.

Había que luchar por la independencia del país y la abolición de la esclavitud para formar la nación; de otra manera no se lograría. Estas exigencias políticas y económico-sociales le brindaron una dimensión y alcance universales a las ideas redentoras cubanas.

Para el grupo de ilustrados cubanos que se reunía en La Habana y otras ciudades de aquella Cuba colonial, la idea de Dios estaba en su conciencia particular y lo asumieron a partir de reconocerlo en el amor al prójimo y a la humanidad. Lo sentían en su conciencia individual como la idea del bien y de la justicia caracterizada como “el sol del mundo moral”. Ellos no visualizaban a los hombres a partir de la idea o la abstracción de Dios; sentían a Dios en su amor al prójimo, es decir, a la humanidad y, desde luego, a la naturaleza y en la idea del bien. Por esta vía, creyentes o no creyentes podían asumir, en la cultura nacional, una alianza de insospechado alcance.

El ideal cubano y de dignidad humana y su vocación de universalidad están en relación con el sentimiento ecuménico de Varela y De la Luz. El pensar cubano no se colocó en antagonismo con las creencias religiosas, las cuales considero pertenecían al ámbito de la conciencia individual. Al rechazar toda visión dogmática y por tanto parcializada, la cultura cubana valía para creyentes y no creyentes en tanto se inyectaron en las venas de la mejor tradición nacional los principios éticos y espirituales que nos venían en gran medida del hombre que murió en la cruz.

Se trata de una cultura nacida en la Cuba colonial y esclavista de la primera mitad del siglo XIX, surgida y desarrollada en oposición al oprobioso régimen esclavista. Teníamos en

nuestro país, en esa época, una cultura más alta espiritualmente y una sabiduría filosófica y política más rigurosa que la del sistema dominante en España. Nuestra cultura se desarrolló superando la herencia reaccionaria de determinadas corrientes de la escolástica que nos representamos en la Inquisición y enfrentadas a ellas. Asimismo, había asumido la evolución intelectual de Occidente a partir de las aspiraciones de los pobres y de los principios científicos más avanzados de la modernidad europea.

Uno de los valores de De la Luz está en la búsqueda infatigable de los vínculos a partir del estudio de las ciencias naturales con todas las ciencias, incluyendo las de carácter espiritual y moral. No se trata sólo de pedagogía. A todo esto le da fundamentos filosóficos. En la esencia de esa integridad de su saber, estuvieron las posibilidades para arribar a una comprensión científica del valor de lo ético.

Proponerse la redención del hombre en la tierra sobre la base de la más pura tradición cultural cristiana y, a la vez, introducir en la escuela forjadora de Cuba los métodos y principios científicos de la modernidad europea, desde principios del siglo XIX, es un hecho excepcional porque, como se sabe, entonces la fe cristiana se consideraba por muchos en antagonismo con los descubrimientos de la ciencia. Es bien sabido cuantas luchas y tragedias generó esta contradicción.

Sin embargo, hoy, cuando han pasado dos siglos, la más urgente necesidad de la cultura occidental, con su herencia cristiana, está en articular el sentido ético revelado en el hombre que murió en la cruz con las conclusiones de las ciencias naturales y sociales de la modernidad.

Las aspiraciones de Varela con relación a la liberación de Cuba y la abolición de la esclavitud tenían fundamentos éticos y también económicos. Decía que todas las ventajas

económicas y políticas están a favor de la Revolución hecha exclusivamente por los de casa y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero. Sin olvidar por un momento el compromiso de Cuba con América y el mundo, afirmaba que: “deseaba ver a Cuba tan isla en lo político como en la naturaleza”.

Lo que mejor puede describir y caracterizar esta inmensa cultura son los paradigmas éticos, políticos y revolucionarios de José Martí. En su pensamiento se halla una integralidad que abarca la ética, la ciencia, la poesía, incluso lo que él llamó “el arte de hacer política”. Esta articulación está en la esencia de la cultura nacional y es su mejor escudo.

Lo ético se articuló para siempre con las necesidades económicas y sociales y sus reclamos patrióticos independentistas. Esta síntesis cristalizó el 10 de octubre de 1868 con la irrupción de la nación cubana. Frente a los esfuerzos de España por mantener a Cuba como colonia y los apetitos de los Estados Unidos y otros intereses internacionales de apoderarse de Cuba, emergió aquella mañana en el ingenio del dueño de esclavos que los liberó, Carlos Manuel de Céspedes, una nación que surgía aboliendo la esclavitud en forma radical.

José Manuel Mestre, uno de los principales hacendados reformistas llegó a afirmar, en carta de fecha 24 de octubre de 1868, dirigida a Miguel de Aldama, lo siguiente: “Nunca se ha encontrado —Cuba— más cerca de una verdadera revolución social y socialista”.

Esa nación es Cuba, la cual fue obra de una revolución social iniciada entonces y cuya continuidad es la de nuestros tiempos. Han existido naciones que han hecho revoluciones; en nuestro país, fue la revolución que comenzó en aquellos años y que hoy mantenemos en alto, la que hizo y desarrolló a la nación cubana. Cuba unió definitivamente su esencia

y destino a las aspiraciones de la redención universal del hombre y ésta tiene fundamentos objetivos económicos y sociales en la historia del país.

Para entender esta historia, y en especial la Cuba actual, es indispensable estudiar la dialéctica de las contradicciones entre las tendencias anexionistas, reformistas e independentistas. Los anexionistas acabaron naufragando política e históricamente ya que, por definición, negaban la posibilidad de que Cuba fuera una nación, y echaron su suerte a la incorporación del país a la nación estadounidense; los segundos, los reformistas, porque trataron de promover una evolución política que nos trajera gradualmente la independencia, mientras que el sistema dominante en España, al que teóricamente podría ser de interés estratégico este objetivo, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos. En España no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

En Cuba, la esclavitud necesitaba ser abolida para garantizar la independencia y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Existía en algunos el temor de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

A esta encrucijada se enfrentaba el movimiento reformista. Las tesis que presentaban eran aparentemente más sólidas y seguras en relación con las de los independentistas. Las de estos últimos parecían más románticas y cargadas de aventuras. En efecto, así era, pero lo interesante está en que la lógica de la historia les dio la razón a los independentistas y abolicionistas.

José Antonio Saco, el más brillante reformista, llegó a afirmar, en su exaltación de la racionalidad que, dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución podría ser útil si se garantizaba su victoria con la exactitud de una conclusión matemática. Es difícil encontrar una expresión más exagerada de pensamiento racionalista.

Los reformistas no pudieron concebir sobre tales premisas la nación que objetivamente surgió; les faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que muchos de ellos no fueran patriotas, es que para serlo de forma consecuente había que soñar con la justicia social entre los hombres. No alcanzaron a comprender que la integración nacional cubana presuponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud ni llegaron a comprender que la clave de la historia nacional estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país, y que esto sólo era posible por la revolución. Pero le temían a la revolución y era ella la única forma de integrar la nación.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de los reformistas, que era tan alta o superior a la del capitalismo de su época en el mundo, no logró alcanzar el sueño de una patria como la concibieron el pensar y actuar de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y José Martí, entre muchos otros: la patria que hoy tenemos, y que para desarrollarse hacia el siglo XXI no puede renunciar jamás al sueño de la libertad o igualdad universal del hombre. Si Cuba abandona esta utopía, dejará de ser; si la mantiene en alto, continuará siendo mientras exista la humanidad.

¿Cuál es la lección que nos dejó lo mejor y más patriótico del pensamiento reformista? Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal conocer, es tam-

bién necesario querer y soñar con la igualdad social entendida en su alcance universal, y ello no se logra exclusivamente con el apoyo de las ciencias naturales: son indispensables también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de los sentimientos y emociones y el fortalecimiento de la solidaridad humana. Esto último, aunque resulte más difícil de descubrir, posee fundamentos científicos e influye objetivamente en la historia. Es indispensable, pues, que vengan en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y de la cultura.

Los independentistas, sobre el fundamento de su cultura y sensibilidad ética, inspirada y acendrada en el ideal humanista en su expresión más revolucionaria, tendrían iniciativas más realistas, aunque a los reformistas les parecían imposibles o muy peligrosas.

Los que querían una Cuba libre radicalmente de España por las vías de la revolución se planteaban, a su vez, una gran transformación social: la abolición de la esclavitud.

El sentimiento ético que animaba a los que soñaban con la liberación del hombre en la Cuba decimonónica poseía más realismo histórico que el pensamiento capitalista y racionalista que proponía reformas graduales bajo la tutela de España. La historia demostró que el sueño irrealizable era en verdad el de los reformistas. Incluso, quizás habría sido más beneficioso a sus intereses estratégicos, pero las decisiones políticas no suelen adoptarse, la mayoría de las veces, en función de tales intereses estratégicos de un sistema social, sino de las aspiraciones inmediatas de los grupos que dentro de las clases dominantes las acaban por imponer. Es una meditación útil para que se analicen los retos que hoy tiene la civilización occidental en la etapa que han llamado “posmoderna”.

La ética, la utopía realizable hacia el futuro del pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, estaba ensamblada con las necesidades de una Cuba independiente y sin esclavos, y acabó mostrando todo su realismo en la revolución nacida el 10 de octubre de 1868. Es la misma que hoy, 130 años después, sigue defendiendo el pueblo de Cuba.

Un problema universal, el sistema esclavista, estaba planteado en el “crucero del mundo”, donde las ambiciones de las poderosas potencias del orbe se hallaban en acecho con la intención de apoderarse de Cuba, la Llave del Nuevo Mundo.

Cuba se había convertido en un elemento de importancia singular en el entrecruzamiento de los poderes de Occidente. Esta ha sido una constante en la historia del país, revelada con mayor nitidez y con profundidad revolucionaria por José Martí, y que sigue hoy presente como el reto esencial de la nación. Para cristalizar como tal, necesitábamos un pensamiento genuinamente humanista en favor de los pobres de la tierra; se requería de una visión ecuménica de la justicia y de la dignidad humana, sin ninguna de las trabas y restricciones que los intereses creados le habían impuesto a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad.

Estos sentimientos radicalmente democráticos, provenientes del mejor y más consecuente pensamiento liberal europeo, estuvieron presentes en la Asamblea Constituyente de Guáimaro cuando, meses después de iniciarse la contienda, en abril de 1869, se reunieron los patriotas para redactar una Carta Magna cubana en medio de la guerra. El principio del derecho ha estado siempre muy presente en nuestra tradición, pero orientado desde los decretos de abolición de la esclavitud a proteger los intereses del pueblo trabajador. Con su poder ejecutivo y su parlamento, aquellos hombres constituyeron una República en Armas en medio

de las contradicciones de una contienda bélica. Todas las reglas del parlamentarismo liberal estaban allí presentes.

El Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, quien había iniciado la contienda, no estaba de acuerdo con la fórmula. Aunque era un ilustrado jurista de sólida formación democrática, la consideró poco práctica para dirigir una guerra. En verdad, la fórmula aprobada no aseguraba la unidad del pueblo, sino que facilitaba la división entre los cubanos; sin embargo, era lo que intelectual o teóricamente se correspondía con la idea que todos ellos tenían sobre el Estado republicano que aspiraban a fundar. La mayoría de los asambleístas tenían el temor al caudillismo, de larga tradición militar autoritaria en el continente y en la metrópoli y vieron la solución en el estricto apego a las ideas liberales a que estaban adscritos, pero éstas no les brindaban las fórmulas posibles para resolver el problema. Ellas no pudieron, en toda la historia de Cuba, garantizar la cohesión popular y, por tanto, la democracia.

Debieron pasar cerca de 200 años para que, con el triunfo de la Revolución en enero de 1959, se abrieran las posibilidades de un sistema democrático como el que hoy tenemos, que asegura la participación y la unidad popular del país.

El sistema de gobierno basado en el liberalismo era insuficiente para enfrentar en la Cuba de hace 130 años los problemas de la guerra y del país. Esta dificultad se hizo evidente en medio de la lucha armada. La fragilidad de las soluciones planteadas en la Asamblea Constituyente de Guáimaro se puso de relieve cuando dicho sistema no resultó capaz de imponer su autoridad a todos los sectores y fuerzas revolucionarias: se comenzó por destituir al Padre de la Patria como presidente de la República, quien prácticamente quedó a merced de las tropas españolas y cayó combatiendo heroicamente.

El antagonismo entre los jefes militares mambises, producto precisamente de esas contradicciones, fue otro factor que influyó en el fracaso bélico. La falta de unidad popular condujo a la derrota. Y faltó esa unidad porque los principales representantes de las masas combatientes no eran quienes tomaban las más importantes decisiones políticas, entre ellas el Pacto del Zanjón (1878), que acordaba la paz sin independencia ni abolición, contra el que se rebeló Antonio Maceo, para convertirse de esta forma en el líder natural de las masas revolucionarias.

Desde finales de la contienda se venía produciendo el desplazamiento de la jefatura de la lucha armada, de manos de hacendados y criollos de cierta fortuna que la comandaron inicialmente, hacia hombres de extracción humilde. Maceo, mulato, campesino, y con excepcionales dotes de inteligencia y atractivo personal, encarna la figura más representativa de la gran masa de combatientes.

La metrópoli había enviado a Cuba al más inteligente y sagaz, políticamente, de sus generales: Arsenio Martínez Campos, quien, con una táctica doble, golpeaba militarmente a los patriotas y, a la vez, promovía la división entre ellos. Brindando garantía de algunas supuestas concesiones, logró minar las filas del ejército independentista y desmoralizar a nuestras tropas que venían peleando ejemplarmente durante diez años.

De esta forma, en 1878, los supuestos representantes de los cubanos en armas convinieron con España las condiciones de una paz sin independencia; no consultaron con muchos de los combatientes, y especialmente con Maceo, y aceptaron la liquidación de la contienda insurreccional. Pero Maceo era ya el general Antonio, respetado y temido, cuando se produce el Pacto del Zanjón.

La guerra no se perdió para los cubanos por falta de talento y capacidad militar, sino por factores políticos derivados del

quebrantamiento de la unidad entre los mandos de la Revolución. En esa época, España había perdido sus restantes colonias en América y concentraba su poder económico y militar en Cuba. Nuestro país libró esta epopeya solo, a 40 años de las luchas libertarias de Bolívar.

El estudio de estos problemas sirvió a Martí, a Gómez y al propio Maceo para elaborar su estrategia revolucionaria hacia la próxima etapa de la contienda bélica. Las ideas de José Martí, referidas a la creación de un partido que le diera alma y cohesión a la revolución están, en parte, relacionadas con el objetivo de superar la anarquía, la indisciplina, el caudillismo y el localismo dentro del movimiento revolucionario, que fueron, sin duda, las causas de fondo del trágico desenlace del conflicto que opuso durante diez años a cubanos y españoles.

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) no sólo mostró los puntos máximos de una época de gloria, de eterno y emocionado recuerdo, sino también evidenció que hacían falta otros hombres y otros métodos para dirigir la epopeya. Entre estos estaban Gómez y Maceo, surgidos de las masas populares.

El generalísimo Máximo Gómez fue el gran maestro y estratega militar. Su amor por nuestra patria y su lucha ininterrumpida de cerca de medio siglo lo colocaron en el corazón de nuestro pueblo como una de las grandes figuras de nuestra historia.

Tanto Gómez como Maceo se forman, pues, en la lucha armada, y tienen como basamento político y social las masas de esclavos liberados, de explotados campesinos y trabajadores del campo. Ellos eran sus más altos representantes. Su prestigio en el sector más humilde y expoliado de la sociedad cubana era la clave de su autoridad moral, política e histórica. Eran la más pura expresión del pueblo.

El enfrentamiento bélico requería, además, un genio de la política, un talento intelectual del más alto nivel, un hombre de acción, apasionado e imaginativo. Este fue José Martí (1853-1895), a quien Cintio Vitier llama “el poeta que asume la historia, el mito de la patria encarnado en un hombre”. Examinó, de manera crítica, la inmensa epopeya anterior, la historia de Cuba, la de América, y el peligro que significaba el imperialismo yanqui. Había nacido en el otro extremo de la Isla, en La Habana colonial. Y había abrazado, desde muy niño, los mismos objetivos y desarrollado idénticos amores a la patria y a los pobres.

Fue entre los años 1878 a 1895, que llamamos “la tregua fecunda”, cuando comenzó a brillar José Martí. La tarea de reconstruir el Ejército Libertador en el país requería un genio de la política con capacidad para unir. Había dicho que la esencia de lo humano estaba en la facultad de asociarse. No era fácil el empeño que se había propuesto, pues no tenía Martí la suficiente autoridad política en su comienzo para dirigir a los grandes héroes del 68. Tras el fin de la guerra de 1878, había que encontrar caminos para organizar la guerra, y estos los hallaron Gómez, Maceo y Martí. Entre ellos había una identidad esencial, pero también diferencias circunstanciales en cuanto a las formas de emprender y dirigir la lucha armada. Estas seguían girando en torno a las relaciones entre la autoridad política, el gobierno de la República en Armas y el Ejército Libertador.

Podemos apreciar que los tres estaban unidos en lo esencial. El propósito irrenunciable de que Cuba fuera independiente de España y de Estados Unidos y que era parte integral de nuestra América, lo poseían los tres por igual. Tampoco había divergencia alguna en cuanto a la necesidad de promover la unidad entre blancos y negros, cubanos y españoles y todos los componentes de nuestra sociedad. Por

esta razón, la historia los ha situado como el núcleo central de la epopeya independentista.

Sobre los puntos en discrepancia podemos señalar que el Apóstol había estudiado y superado con profundidad y rigor los reparos civilistas que obstaculizaron la Guerra Grande y que ni en Gómez ni en Maceo existían los gérmenes del caudillismo militar. Sin embargo, en las discusiones entre estos gigantes de la historia estaban presentes residuos de aquellas viejas cuestiones.

El gran mérito histórico de Martí fue el de unir todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, transmitirles una ideología y una proyección política. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar este objetivo.

Antonio Maceo y Máximo Gómez demostraron desde el inicio de la contienda hasta el final, un gran respeto a la ley y a la autoridad de las dirigencias en las cuales la Revolución había confiado su conducción. Alcanzaron timbres de gloria que los distinguen como ciudadanos de Cuba y de América y los presentan como ejemplos para todas las generaciones de revolucionarios cubanos.

Tras laboriosa preparación, José Martí fundó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, el cual agrupó a todos los hijos de nuestra tierra interesados en el derrocamiento del sistema colonial español con el propósito de coronar la obra iniciada a principios del siglo XIX por Simón Bolívar y plantearse la integración de nuestra América. Dice el artículo segundo de las Bases del Partido Revolucionario Cubano:

El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se

le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Desde Estados Unidos prepara Martí expediciones para entrar por tres puntos en el territorio nacional, a fin de iniciar una guerra que consideraba “necesaria” y que aspiraba fuera “humanitaria y breve”, con la aspiración de que el heroísmo juicioso de las Antillas promovería el trato justo de los pueblos y las naciones y ayudaría al equilibrio del mundo—para usar expresiones del propio Martí.

La guerra se inició el 24 de febrero de 1895, a pesar de que las expediciones preparadas para comenzarla fueron incautadas por el gobierno de Estados Unidos.

Gómez y Martí salieron de Montecristi, República Dominicana, y arribaron a Playita de Cajobabo, al sur de la provincia oriental de Cuba, el 11 de abril de aquel año. Se encontraron luego con Maceo en un lugar llamado La Mejorana. Allí se produjo una acre discusión entre las tres grandes personalidades, pero llegaron a conclusiones prácticas sobre el desarrollo de la guerra en sus relaciones con la política. Fue la última vez que se vieron.

Tras el encuentro, el Apóstol escribió en su diario: “Comprendí que debía enfrentarme a la acusación de ponerle trabas leguleyescas a la guerra de Cuba”, y continuó la marcha por los campos de Cuba junto a Máximo Gómez. Semanas después, el 19 de mayo de aquel año, cayó en su primer combate, el de Dos Ríos. No era un militar, pero quería enseñar con el ejemplo: su virtud educativa consistía en que no siéndolo, creyó necesario ejemplificar con su conducta. Había dicho: “Hacer es la mejor forma de decir”. Escribió con su sangre generosa la más hermosa y dramática lección.

La correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace; entre lo que se piensa y se lleva a vías de hecho, está expresada en aquel drama histórico. ¿Acaso esto le da la razón a

los que hablan de nuestra utopía? ¿Qué inspiró el ideal y la lucha a favor de las más nobles aspiraciones humanas en la milenaria historia de la cultura, de las ideas y del arte que el hombre ha ido creando sobre la tierra? Al talento, a la aspiración de perfeccionamiento y de justicia no se puede renunciar sin renunciar a ser hombre, y Martí lo era en el grado más alto. Gabriela Mistral, la gran poetisa chilena, pudo pensar en ello cuando expresó que era el hombre más puro de la raza.

Gómez y Maceo extendieron la guerra a todo el país y pusieron en crisis definitiva el poderío español en Cuba. La hazaña militar de la invasión para traer la guerra desde el oriente hacia el occidente del país constituye motivo de asombro y admiración dentro y fuera de Cuba. Sobre todo cuando se toma en cuenta la abrumadora superioridad de la maquinaria militar que España llegó a tener en Cuba, pues disponía del más moderno armamento de la época. Baste recordar que la metrópoli, despojada de sus inmensas colonias de América, acumuló contra nuestro país toda su fuerza militar y su resentimiento político de hondas raíces psicológicas. La idea de la invasión sólo podía asumirse en forma radical y llevarse a su realización práctica por el coraje, la inteligencia y cultura del generalísimo Máximo Gómez y su lugarteniente general, Antonio Maceo. Estos valores, integrados en una sola pieza, expresan lo mejor y más original de nuestra identidad nacional.

El 7 de diciembre de 1896 cae Antonio Maceo, el Titán de Bronce, a las puertas mismas de la ciudad de La Habana. Año y medio más tarde se produce el trágico acontecimiento cuyo centenario conmemoramos el pasado año.

Para enfocar lo sucedido en 1898, veamos la conclusión del mejor testigo de aquellos hechos dramáticos, el general Máximo Gómez Báez. Nadie puede disputarle su condición de haber sido el hombre vivo más significativo del 98. Dijo

entonces palabras que hoy estremecen nuestra conciencia patriótica:

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra paz y libertad no debe inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado, con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación, pues, que se le ha creado a éste pueblo, de miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Si cuando tan extraña situación terminase era posible que Estados Unidos no dejase en Cuba ni un adarme de simpatía, puedo asegurarles que ellos mismos—Maceo, Gómez y Martí—nos dejaron como legado el deber de sentir un infinito respeto por todos los pueblos del mundo, incluso el de Estados Unidos. Pero esta extraña situación a que se refería el generalísimo tiene que terminar de raíz y para siempre.

El ilustre jefe mambí conocía la enorme sabiduría y capacidad política de Martí y observó con tristeza que la desaparición física del Maestro impedía que pudiera servir en aquellos

instantes a la plena independencia del país. Por eso afirmó que aquel momento crucial hubiera sido la hora de Martí.

Años antes de la guerra, organizada por el Partido Revolucionario Cubano, alguien había dicho a Antonio Maceo que Estados Unidos podría intervenir en la contienda hispano-cubana, a lo que el general de Baraguá respondió tajantemente que sería esa la única manera que combatiría junto a los españoles. El propio Maceo había afirmado, refiriéndose a Estados Unidos, que quien intentare apoderarse de Cuba sólo recogería el polvo de su suelo anegado en sangre si no perecía en la lucha. Sólo la muerte pudo convertir a Martí y a Maceo en los grandes ausentes de 1898. Nadie puede saber cómo habrían sido las cosas de haber sobrevivido a la contienda, pero es evidente que habrían sido distintas.

En aquellos años tristes, el gobierno estadounidense le impuso a la Asamblea Constituyente de 1901 que aprobase una enmienda conocida por el nombre del senador Platt que le daba “derecho” a intervenir en nuestro país cuando lo estimasen necesario. La mayoría votó aceptándola por el temor fundado de que no alcanzarían ni siquiera la independencia formal. Una minoría lo hizo en contra.

El testimonio de uno de ellos, Salvador Cisneros Betancourt, es de una elocuencia y una enseñanza sobre las que vale la pena reflexionar en estos finales de siglo:

Los Estados Unidos, sosteniendo los principios justos y republicanos de sus antecesores, han prosperado y llegado al pináculo y a una grandeza inconcebible y seguirán así mientras tanto sustentan los principios y máximas que el Padre de la Patria, Washington, les legó.

Por desgracia, intentan apartarse de ellos, y su ruina empezará con la adquisición arbitraria de

Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentarán por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aún como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e independencia absoluta. Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo xx concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las naciones de primer orden. ¡Ojalá éste augurio que hago no salga tan cierto como parece que va a resultar con el que hice de Cuba, cuando los americanos desembarcaron en Santiago de Cuba, que predije la pérdida absoluta de nuestra independencia!

Para conocer el proceso ulterior que nos condujo al triunfo de la Revolución, pueden estudiarse diversos documentos. Recomiendo a dos autores. Uno de formación capitalista, Ramiro Guerra, de quien Carlos Rafael Rodríguez dijo que no podía escribir la historia de Cuba desde el punto de vista marxista, pero que no se podía conocer esa historia desde el punto de vista materialista histórico sin estudiar a Ramiro Guerra. Pueden también leerse las obras de Emilio Roig de Leuchsenring, hombre de ideas muy progresistas que ofrece copiosos detalles al respecto.

De la primera mitad del siglo xx es importante también conocer la labor del gran educador Enrique José Varona, muy influyente sobre la generación revolucionaria de 1930, y asimismo, los trabajos de Medardo Vitier, entre otros.

Hay que subrayar que en las dos primeras décadas del siglo xx, las esencias del pensamiento martiano fueron desvirtuadas por los gobiernos de turno, cuando no quedó subestimado. Fue la tradición patriótica antimperialista, socialista y de izquierda la que rescató las enseñanzas del Maestro a partir de la década de 1920.

La generación que llamamos del centenario, porque fue a cien años del natalicio del Apóstol que se inició la gesta del Moncada bajo la dirección de Fidel Castro, recibió todas esas influencias y muchas más. Recibió la influencia, en primer lugar, de las luchas independentistas de nuestra América y, desde luego, de todo el proceso descrito. Bolívar era y es uno de nuestros grandes paradigmas. Martí se consideró siempre continuador del Libertador. Influyó en nosotros la cultura europea más avanzada y obviamente el pensamiento socialista de la Revolución rusa de 1917, y también, de manera fundamental, la Revolución mexicana de 1910, los combates antimperialistas que simbolizamos en Augusto César Sandino y las luchas antifascistas, especialmente las de la España republicana. Con cuanta atención los adolescentes y jóvenes cubanos de los años 30 y 40 seguíamos el curso de la guerra que felizmente condujo a la derrota del nazismo.

En los años 50 existía un gran vacío ético en la superficie política de la sociedad cubana. Como consecuencia de la acción revolucionaria del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, se produjo un movimiento moral y cultural de vasto alcance social. Es que, como hemos insistido, la realidad no se halla sólo en los fenómenos que se aprecian a simple vista, sino también en las necesidades que se encuentran en el sustrato y las esencias de la vida social. Captarlas y asumirlas de forma práctica para satisfacerlas es el mérito de los grandes forjadores de la historia. Ante una pregunta de rutina del fiscal en el juicio por el asalto al cuartel Moncada, él ripostó con esta afirmación histórica: José Martí fue el autor intelectual. El Apóstol —dijo también Fidel— parecía que iba a morir en el año de su centenario, pero sus mejores hijos no dejaron que esto sucediera.

El asalto a la segunda fortaleza militar del país el 26 de julio de 1953 significó la réplica necesaria a las implicacio-

nes del golpe de Estado de Fulgencio Batista, quien contó con el beneplácito y apoyo estadounidense. La heroicidad y audacia de los combatientes repercutieron decisivamente en la situación política y social.

La génesis de la Revolución cubana que, en 1961, proclamó su carácter socialista, está en el asalto al Moncada. Aunque la gesta iniciada entonces no revelaba ese contenido, sí se hallaba en sus exigencias económicas, sociales y morales que, más tarde, desde 1959 y hasta 1961, sirvieron de presupuesto para un programa de esta naturaleza.

¿Cuál era el contenido presente en el programa y las aspiraciones del Movimiento 26 de Julio, que, como una constante, recorren la historia de la Revolución durante casi 45 años? Se halla en que se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con las necesidades de medidas emancipadoras, económicas y sociales.

Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social estuvieron presentes en la médula de aquellos acontecimientos que Fidel describió con magnífica prosa en el documento fundador *La historia me absolverá*. La necesidad de llegar a un gran público, tal como lo impone el quehacer político, obliga a una literatura que para ser consecuente con los objetivos propuestos debe poseer rigor intelectual.

Esta línea de pensamiento y sentimiento, muy relacionada con la necesidad de abrirle camino a la acción política, la tomó la Generación del Centenario de la tradición patriótica, literaria y moral que transmitieron, en medio de grandes obstáculos, la educación y la escuela cubana. Por ella, nos hicimos revolucionarios.

Esta historia que hemos descrito fue la que nos llevó al ideal socialista. Uno de los méritos principales del proceso de los últimos 45 años en Cuba fue insertar en esa tradición nacional el pensamiento socialista que viene del siglo pasado y que es para nosotros, con independencia de errores

y contingencias, la escala más alta de la cultura política y social universal.

Hay un hecho objetivo: la Revolución cubana fue la primera y hasta hoy la única de inspiración socialista que triunfó en Occidente. Si partimos del hecho objetivo de que las últimas cuatro décadas están marcadas por el declive del socialismo en Europa y en la URSS que condujera a la desaparición del Estado soviético y de los países socialistas de Europa, llegaríamos a la conclusión de que la proeza revolucionaria cubana y la sabiduría política con que se manejó por Fidel Castro todo este proceso es realmente singular. Pero lo es no sólo por los indiscutibles méritos personales del líder de la Revolución, sino porque él representa una tradición revolucionaria cubana y latinoamericana que es necesario tomar muy en cuenta. No lo estoy diciendo sólo hoy, lo hemos creído siempre así.

En noviembre de 1959, cuando se produjo una complejísima discusión en el Consejo de Ministros en relación al socialismo y cuando este aún no había sido declarado formalmente por la Revolución, dije: “Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la revolución socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y del pensamiento antimperialista y universal de José Martí”.

Cuba siempre ha insertado los valores universales de la cultura occidental a su propio desarrollo, pero los ha asumido con carácter propio y transformándolos y enriqueciéndolos a favor de la justicia, de la igualdad social con valor universal.

Así fue con el ideal cristiano, con la modernidad europea y así ocurrió también con el socialismo. Para entender a Cuba hoy y las razones de su capacidad de resistencia, hay que estudiar la evolución económico-social del país y cómo esta se reveló en el desarrollo de las ideas.

La significación internacional de nuestro país no se generó por una prepotencia ni por un ridículo nacionalismo estrecho, sino por la geografía, la economía y la historia de la Llave del Golfo. Ello está determinado por factores objetivos que no resultan simplemente coyunturales y que generaron una capacidad de resistencia en nuestro pueblo frente a las fuerzas que a lo largo de casi dos siglos se opusieron, primero, a que Cuba fuera nación, y después trataron de aplastarla o absorberla.

Esta nación se forjó con la oposición de los mayores poderes de la época: España, Estados Unidos e Inglaterra; irrumpió el 10 de octubre de 1868; libró una batalla de 30 años contra el poder colonial hispánico en América cuando la metrópoli concentró todas sus energías para evitar su independencia; fue escenario de la primera guerra imperialista moderna en 1898 y, por consiguiente, del ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, que aún cuando desvió y retrasó su desarrollo libre, no pudo aplastar, como mostró el proceso iniciado en el Moncada, la tradición patriótica que venía de la pasada centuria: en octubre de 1962 estuvo en el vórtice del suceso potencialmente más dramático y decisivo de la Guerra Fría, es decir, la “crisis de los cohetes”; y aunque se ha mantenido contra ella el acoso imperial más violento durante casi cuatro décadas, ha resistido y mantiene en alto las banderas de su soberanía e independencia.

Una nación que ha tenido esta capacidad de combate y resistencia para enfrentar tan graves obstáculos durante cerca de 150 años, saldrá victoriosa en los enfrentamientos sociales, económicos y políticos, generados por las novísimas formas de internacionalización de las riquezas. Estos son los problemas esenciales que se plantean a la Cuba de hoy y de mañana; pero, desde luego —séparse con claridad—, conciernen no sólo a nuestro país, sino que involucran a la moderna civilización capitalista y a la humanidad.

Estos retos los asumimos en la Cuba actual a partir de esta gran historia y, en particular, de la conciencia revolucionaria fortalecida en estas cuatro décadas en que el sentimiento universal e internacionalista del país creció en medio de innumerables dificultades. Cuando jóvenes, se nos decía que Cuba siempre tenía que depender de un país extranjero, que Cuba no podía mantenerse sola, aislada. Luego que se hizo la Revolución con nuestras propias fuerzas, con nuestros propios empeños, nos confirmamos que podíamos tener un destino realmente libre e independiente en el mundo. Pero, como ha dicho Fidel Castro, no escogimos el mundo en que triunfó la Revolución, y lo que pensábamos en 1959 es lo que deseamos esencialmente hoy con mayor experiencia.

Hay que recordar que en los umbrales de 1960 éramos un país sometido al neocolonialismo estadounidense, estábamos en un mundo dividido en esferas de influencia entre las potencias victoriosas de la segunda Guerra Mundial, con la singularidad de que la Revolución cubana se enmarcó en el conflicto ideológico, cultural y político entre el ideal socialista y el sistema capitalista mundial y en medio de la acentuada campaña anticomunista de los primeros 15 años de la guerra fría.

En contraste con este panorama internacional, rodó en todo el país una expresión popular que decía: “Si Fidel es comunista, que me pongan en la lista”. Esta frase sintetizó la evolución de forma natural de lo que estaba aconteciendo en la conciencia patriótica de la inmensa mayoría del pueblo. Ella marcó para siempre la originalidad de nuestro proceso a partir de la tradición revolucionaria que hemos descrito aquí, y hay que recordar que los conflictos políticos de entonces, cuando se crearon determinadas contradicciones con jerarquías eclesiásticas, Fidel postuló: “Quien

traiciona al pobre, traiciona a Cristo". Es decir, marchando por nuestro propio camino en un mundo en que las coyunturas políticas tenían que ser tomadas en cuenta y en que los enfrentamientos al imperialismo nos han obligado a considerarlas muy en serio.

Errores ha habido, pero no hemos cometido ninguno de carácter estratégico; por eso nuestro pueblo ha podido resistir. La hazaña de nuestro pueblo desde hace nueve años, cuando muchos creyeron que no resistiríamos, ha demostrado que podemos marchar solos, como quería Varela, y marchar en relación con el mundo, como quería Martí, injertándolo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas.

Cambios para mejorar y fortalecer esta tradición serán siempre necesarios. Pero debemos tener mucha cautela porque acercarnos a un mundo como el de hoy nos obliga a estudiar en qué forma lo vamos a hacer, porque hay una crisis muy profunda de la civilización occidental que puede perturbar nuestra realidad, y debe hacerse con base en una historia de las ideas, de hechos que estamos describiendo.

La historia de Cuba tiene un gran mito: José Martí. Lo es porque en él se sintetiza de modo ejemplar una larga legión de héroes, próceres y pensadores de un siglo de hechos e ideas que revela el carácter singular del proceso cubano y lo sitúa como la continuidad histórica, a finales del siglo XIX, de la epopeya independentista de nuestra América iniciada a comienzos del mismo siglo.

Es precisamente asumiendo esta tradición martiana y además el pensamiento social y filosófico más avanzado de la edad moderna, lo que nos permite hoy resaltar la importancia de los factores económicos y sociales y reconocer a su vez el valor de la psicología individual y colectiva. De aquí el acento en la transformación moral del hombre a

través de la educación y de su capacidad de asociarse en el trabajo y en el estudio. Asociarse es el secreto único de los hombres y de los pueblos y la garantía de su libertad, subrayó el Apóstol.

Los intelectuales cubanos de hoy asumimos el legado ético y cultural de Varela y, además, el pensamiento social y filosófico más avanzado de la edad moderna: tenemos el compromiso de honor de estudiar, a partir de Martí, los fundamentos científicos de la espiritualidad que se constatan en la actuación de los hombres en la historia de manera tan real y concreta como en el terreno económico.

Sin la espiritualidad que los hombres poseen como un atributo singular no habrían sido concebibles las más grandes creaciones de la historia universal. Ella alcanza escalas superiores en la cosmovisión martiana y nos puede orientar en el empeño de conocer y desentrañar prácticamente su papel en la vida social. Toma especial significación para tal propósito lo expresado por el Héroe Nacional cuando nos habló de la “ciencia del espíritu”. Esto constituye un punto esencial para la reflexión filosófica cubana hacia el siglo xx. Podemos encontrar por ese camino una síntesis posible que nos permita arribar a importantes conclusiones de interés práctico para la educación y la política culta.

Si los métodos electivos en la búsqueda del conocimiento y de los caminos de la acción que él nos enseñó los relacionamos con los principios lucistas—“todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela”, y de que “la justicia es el sol del mundo moral”—y con el propósito martiano de echar la suerte con los pobres de la tierra y sus ideas en relación con el “equilibrio”, tendremos un núcleo central del pensar filosófico cubano de incalculables consecuencias para fundamentar el quehacer pedagógico y la política culta. Nada de esto entra en antagonismo con las esencias del

pensamiento filosófico más avanzado de la edad moderna que los cubanos hemos asumido.

Desde luego, es necesario actualizarlo con los progresos de las ciencias naturales y sociales y las enseñanzas de los acontecimientos históricos del siglo xx.

La ferviente búsqueda del equilibrio indisolublemente relacionada con Martí y con la acción liberadora, la concreta en su escala universal cuando señala como deber de Cuba trabajar para, junto a las Antillas libres, servir de freno y evitar la guerra que calificó de “innecesaria” entre las dos secciones adversas del hemisferio. El proyecto suele ser acusado de utópico pero, en todo caso, lo honesto es plantearse como utopía realizable hacia el futuro porque constituye una necesidad de los pueblos desde Alaska a la Patagonia y, en definitiva, del mundo. Pero no lo olvidemos sino, que, por el contrario, tomémoslo como enseñanza: el equilibrio a que el Apóstol aspiraba requirió la “guerra necesaria, humanitaria y breve”, que garantizara la independencia de Cuba con respecto a España y Estados Unidos y la plena soberanía de los pueblos de las Antillas. Por esto último son tan importantes nuestros vínculos y relaciones, cada vez más fortalecidos, con el mundo del Caribe.

Este mismo propósito de equilibrio en el mundo lo concreta el Apóstol en su escala más profundamente humana e individual cuando postula que los hombres deben aspirar a lograr, cada uno de ellos individualmente, el equilibrio entre las facultades emotivas e intelectuales, y a desarrollar a partir de ello la voluntad creadora. Esto tiene hondas raíces psicológicas que deben servir a nuestra pedagogía y a nuestro quehacer político.

Emoción y razón, entender e imaginar, constituyen los polos de una contradicción que se da en el alma humana y que Martí, con las enseñanzas de Varela y De la Luz, exalta

en sus ideas sobre la ciencia del espíritu. El gran reto está cuando el problema se plantea en una amplia escala social.

Por muchos análisis y elaboraciones intelectuales que se hagan alrededor de las consecuencias de los procesos económicos, científicos y tecnológicos, y de ese inmenso laberinto que muestran los datos e informaciones económicas, si no se asume una conciencia genuinamente humanista, y con talento y amor se ponen en movimiento la voluntad individual y social, no se encontrarán los caminos de solución del drama de nuestra época que se visualiza de manera muy concreta en las contradicciones entre la identidad de las comunidades humanas, su derecho a alcanzar una civilización superior, y las exigencias que impone la universalización de las riquezas. Esto solo puede abordarse de una manera eficaz sobre el principio de un humanismo pleno, radical y genuinamente universal, fundamentado en una ética consecuente con el hombre y su historia, y cuyo valor intelectual superior está en sustentarla en la realidad y la ciencia. Esta manera de pensar nos viene del maestro Félix Varela, de sus continuadores y de la escuela cubana.

La maldad tiene sus raíces en la conciencia y en la subconsciencia humana. Son los hombres quienes la generan y mantienen a partir de sus instintos egoístas. Es importante asumir esta lección de la historia para no continuar creyendo que las concepciones sociales, políticas y filosóficas y los programas que de ellas se derivan, van a establecer por sí solas la moral y la justicia entre los hombres. Sólo la formación de un hombre nuevo podrá hacer prevalecer la moral en las relaciones sociales.

Para Martí, tenemos que liberarnos de la explotación del hombre por otro hombre, pero para lograrlo en forma radical, debemos hacerlo también de la fiera que todos tenemos dentro —expresión martiana— y asumir las riendas

adecuadas que el Apóstol aconsejó. El propio héroe de Dos Ríos advirtió que ello es factible a partir de la capacidad humana de asociarse. Cuando el hombre se siente asociado a los demás y trabaja por el bien común, se hace más feliz.

Sin el ascenso moral del hombre es prácticamente imposible la victoria plena de la justicia. Para el Apóstol, el carácter se alcanza con la armonía en lo individual entre la inteligencia y el modo que orienta y alienta la voluntad. Señalaba que “el hombre es la fiera educada”; aseguraba, además, que era un ser excelente que podía ponerle riendas a la fiera de forma que adquiriera la más alta categoría humana. El carácter “es el desnudo de obrar conforme a la virtud”. Lo más importante desde el punto de vista filosófico y más revolucionario en el orden político y educativo, es que esta aspiración de nuestro héroe no la divorcia de la naturaleza, sino que la fundamenta en ella y la exalta a un plano superior de la escala universal que “cuando falla, de nuevo empieza”, como dice en su poema “Yugo y estrella”.

Hombre en este sentido radicalmente vareliano es, en esencia, el que se plantea una misión, un trabajo en la sociedad, es decir, en relación con los demás hombres, que puede ser modesto, sencillo o de enorme complejidad y trascendencia histórica. Pero el que con humildad y sencillez se propone un trabajo útil para ayudar a los demás, es ya hombre o mujer en el cabal sentido vareliano y martiano. Consagrarse al trabajo creativo es sostén para esta escuela de pensamiento en la más simple o elaborada forma de hacer. Pero hay más. La felicidad que el hombre logra cuando pone en tensión inteligencia y amor en favor de la creación y de la práctica es fundamento esencial de la ética cubana. Este valor encierra la idea de que la felicidad se puede encontrar en la lucha en favor de la redención humana.

Si todo hombre responde a un interés individual, hay que orientar el mismo en forma en que se exprese a través

de la virtud de la creación con el propósito de ayudar y cooperar con los demás. Así será un hombre completo y podrá aspirar a la genuina felicidad. Este rumbo nos conduce, pues, por el tema de la ética y de la importancia de los factores subjetivos en la historia y, por consiguiente, al papel de la educación y la política culta que es desde donde debemos abordar los retos que se propusieron desde los años sesenta.

Como antecedentes de estos principios está la tradición pedagógica y educacional de nuestra América, que viene desde la época de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, y aún de antes. En Cuba, especialmente con Varela y Martí, se alcanzaron altísimos grados de la cultura espiritual de nuestra América. Por esto, el Apóstol podía aspirar a que nuestro país fuera universidad del continente. Tales corrientes de pensamiento, sentimientos e ideas filosóficas están como telón de fondo y antecedente de las ideas revolucionarias cubanas y explican su valor latinoamericano y universal, que forman parte integral de la cultura nacional desde sus orígenes hasta hoy, lo cual debe ser siempre así en el futuro.

Las raíces de este pensar y sentir se encuentran en haber relacionado ciencia, amor y poesía en un saber y un actuar sobre el fundamento de una composición social donde no cristalizó una clase burguesa poseedora del ideal nacional.

Razones económicas, sociales, culturales e incluso geográficas hicieron que en “el crucero del mundo”, en la antesala de las dos Américas, surgiera esta nación que ha sido capaz de hacer la última gran Revolución social que ha tenido lugar en el siglo xx.

Las nobles aspiraciones de la Ilustración y el humanismo de los siglos xviii y xix llegaron a nuestro país, pero en las condiciones de la sociedad cubana evolucionaron hacia la defensa de los sectores y capas desposeídas de la población.

Ellas se plantearon y crecieron en Cuba sin las mistificaciones que le impusieron las desigualdades clasistas de las sociedades estadounidense y europea.

Carece de sentido práctico elaborar alternativas acerca de lo que pudo ser y no fue. Solo tenemos derecho a realizar utopías hacia el mañana. Únicamente es válido esto último para entender mejor el pasado y extraer lecciones provechosas hacia el porvenir.

¿Y cuál es el valor actual de la utopía martiana para el siglo venidero? Para algunos puede ser irrealizable. Quienes sentimos a Cuba al modo martiano no vamos a renunciar al sueño. No encontramos otra forma de ser cubanos, no apreciamos otra manera de ser hombres. En todo caso estamos hablando de la utopía del hombre que la humanidad de hoy necesita para salvarse del infierno de una civilización que, tras los dramáticos acontecimientos que nos simbolizamos en la caída del muro de Berlín, se acabó por imponer con el más vulgar y feroz materialismo, hermano gemelo de una espiritualidad que en muchas ocasiones la historia de Occidente había situado en antagonismo con la ciencia. En la cultura cubana no existe ese antagonismo.

El colapso de las civilizaciones ha ocurrido a lo largo de la historia y uno de los síntomas de tales catástrofes ha estado, precisamente, en la pérdida de valores éticos sin los cuales no pueden perdurar.

Los esquemas éticos en las distintas etapas históricas pueden ser insuficientes o, incluso, conducir a graves tragedias humanas. Pero no hay civilización sin cultura ética y sin paradigmas morales y culturales. O los hombres encuentran nuevos paradigmas o la humanidad estará perdida.

Ante estas encrucijadas, los cubanos nos abrazamos con más fuerza que nunca al legado ético y político de José Martí, que ha sido durante el siglo xx, y con mayor consecuencia

y profundidad a partir de los heroicos sucesos del Moncada en la fuente esencial que nutre y explica la existencia de la nación.

Cuba tiene que enfrentarse a ese mundo y lo hace fortaleciendo y enriqueciendo la tradición espiritual y moral que he descrito, perfeccionando su cultura jurídica y las instituciones que le sirven de fundamento, a cuya cabeza se encuentra la Constitución Socialista de la Revolución y los métodos y formas de hacer política que nos enseñó Martí y que Fidel Castro ha llevado en este siglo a su plano más alto. Estas formas y maneras de hacer política superan radicalmente la vieja consigna “divide y vencerás” para exaltar el principio revolucionario de “unir para vencer”. Es el mensaje que la historia de la patria de Martí transmite al mundo.

ARMANDO HART DÁVALOS

JOSÉ MARTÍ EN LA MIRADA DE ...

RUBÉN DARÍO

Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso es que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios —ese majestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin que no ha tenido aún nacimiento en nuestras repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América; la primera en un hombre ilustre de esta tierra, la segunda en José Martí. Y no era José Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Méndez, incapaces de comunicarse con los hombres porque sus alas les levantan sobre las cabezas de éstos, e incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza y aún tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era «un hombre». Más aún; era como debería ser el verdadero super hombre, grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la naturaleza.

[Rubén Darío, “Los raros”, en Revista Cubana, julio 1951-diciembre 1952, pp. 478-488.]

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal.

[Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, en Obras, Buenos Aires, 1900, t. XVI, pp. 166-167.]

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho; Martí en cuyo estilo mágico nos solemos perder de cuando en cuando, como Reynaldo en el jardín de Armida, o como el viajante intrépido en una selva virgen; Martí, para escribir *La Edad de Oro*, ha dejado de ser río y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido. Lo diré en una frase. Se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalia: es Hércules jugando con la reina Mab.

Y no parece que escribe para los muchachos, como si temiera que los muchachos no supiesen leer aún. Parece que se los sube a las rodillas y que allí les habla. Los instruye, los educa, y para que no se vayan, para que estén contentos les da los mil juguetes primorosos que él sabe hacer con su palabra. Se olvida de que ha vivido; deja que el arrapiezo se le monte en el cuello y retoza en la alfombra. Afuera será el luchador, el combatiente: aquí es el padre.

¡Qué obra tan buena y qué buena obra es *La Edad de Oro*!

[Manuel Gutiérrez Nájera, “*La Edad de Oro de José Martí*”, en *El Partido Liberal*, México, 25 de septiembre de 1889, p. i.]

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Amó siempre su obra. He aquí el secreto de sus grandes éxitos. Era cada una la hija predilecta, en las horas de preparación y labor, y la concebía y la quería la más gallarda, la más hermosa, la más acabada. No colocó su ideal en un mundo inaccesible. Quiso y logró esculpirlo en la roca de la realidad.

Dio valor a cada situación de su vida, precio a cada trabajo. Hizo cada vez y en cada caso lo más y lo mejor que pudo. No hay regla de la vida más alta, ni más fecunda.

[...]

Peregrinó por el mundo con una lira, una pluma y una espada. Cantó, habló, escribió, combatió, dejó por todas partes chispas de su numen, rasgos de su fantasía, pedazos de su corazón, pero en cualquier ruta, por todos los senderos su vista estaba siempre fija en la solitaria estrella, que simboliza su honda y perpetua aspiración de hogar y patria. De su poesía se exhala en perfume sutil la nostalgia del desterrado. Cuando su pluma corre sin freno sobre el papel, cuando su palabra se desborda desde la tribuna, se adivina que lo aguija, que lo impulsa la visión distante de Cuba que lo llama, y le pide que escriba para ella y que hable por ella y alumbre las conciencias y encienda los corazones. Aquí está la nota profunda de su alma y ésto constituye la unidad perfecta de su vida. Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fue en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre nada es tan adecuado como considerar su labor política. Ésta es la esencia; las demás fases de su vida pública son detalles y accidentes.

[Enrique José Varona, "Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, el 14 de marzo de 1896", en *Crítica literaria*, Letras Cubanas, La Habana, 1979, pp. 323-335.]

FRANCISCO PI Y MARGALL

El partido separatista tenía su cerebro en Martí.

[...]

Viajó Martí constantemente y puede asegurarse de él que consagró todas las energías de su existencia a la causa de la libertad de su patria.

[...]

...característica de la política de Martí en su propósito firmísimo de que la República cubana no perdiese en momento alguno su condición de pueblo eminentemente latino. Por eso temía siempre la intervención de los Estados Unidos y procuró desviarla. Desconfiaba Martí de los Estados Unidos. ¿Acaso no era este recelo mismo una nueva manifestación de lo acendrado de su patriotismo?

[...]

La muerte de Martí representó una gran pérdida para Cuba [...] Era la inteligencia de la revolución y hubiera podido prestar grandes servicios a su patria.

[Francisco Pi y Margall, Introducción a La historia de España en el siglo XIX, Barcelona, 1902.]

PABLO IGLESIAS

Los ardientes documentos panfletarios de José Martí, joven dedicado que siempre anduvo en las reuniones obreras y republicanas, en las redacciones de los periódicos avanzados, en el Ateneo y en las sesiones de las Cortes, produjeron mucho efecto en los medios políticos de España: en unos, removiendo odios contra los revolucionarios cubanos; en los federales de Pi y en nosotros, los socialistas, predisponiéndonos cada vez más a favor de aquellos hermanos que sufrían en las Antillas como nosotros sufríamos en la misma España: esos docu-

mentos nos hicieron ver definitivamente claros los horrores coloniales, los anhelos de emancipación de los cubanos, y nos llevaron años más tarde a federales y socialistas a oponernos a la guerra de Cuba, a la marcha de Weyler para aquella isla, y a pedir que se resolviera de una vez el grave problema antillano. Claro que nos estrellamos contra el ambiente, y Pi y yo fuimos tildados de antipatriotas; nuestros periódicos fueron secuestrados varias veces, a pesar de que Pi había sido presidente de la República y sus prestigios de todo orden eran inmensos. Lo mismo fuimos desoídos cuando la guerra con los Estados Unidos y se achacó a miedo lo que era justicia y sano juicio.

[Francisco Domenech Vinajeras, "Martí y las clases trabajadoras" (fragmentos), en Obras, Editorial Hispano-Americana, La Habana, s. f., t. III, pp. 19-20.]

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Como los artistas que, dominadores de la técnica de su arte, la revolucionan porque les resulta para sus nuevas concepciones, Martí realizó la reforma del estilo armado con un conocimiento profundo de la lengua y de los clásicos. Su estilo no ofrece semejanzas con el estacionario de la mayoría de sus contemporáneos de España: en ocasiones tiene la intensidad emocional de Teresa de Jesús, el mesurado y sugestivo donaire de Gracián, la maestría no forzada de los Siglos de Oro, siglos en que el castellano evolucionando en armonía con las tendencias coetáneas reflejaba mejor que hoy el espíritu y la vida de la raza. Pero el estilo de Martí quería ser y era moderno, «actual», como el de los escritores modernos de los países activos y fecundos en que el idioma evoluciona, como todo: expresión de la vida múltiple y complicada de la época. Estilo sabio para la estructura,

claro en el concepto, original en las imágenes, infinitamente variado en la expresión y con todo y sobre todo, personal y «humano» y siempre rico de pensamiento.

[Pedro Henríquez Ureña, Páginas escojidas, Secretaría de Educación Pública, México, Biblioteca Enciclopedia Popular, núm. 109, mayo de 1946, pp. 26-49.]

MIGUEL DE UNAMUNO

En efecto, si como algunos enseñan que ni lo orgánico brotó de lo inorgánico ni esto es una reducción de aquéllo, sino ambas diferenciaciones de un estado primitivo de la montaña, estado inestable y caótico, es muy fácil que ni el verso sea una sistematización de cierta prosa ritmoide, ni la prosa una reducción del verso —pues hay quienes sostienen que el verso fue anterior a la prosa, porque a falta de escritura se fiaban mejor de la memoria con el ritmo de las fábulas, consejas y leyendas— sino que prosa y verso sean diferenciaciones sistematizadas de una forma primitiva de expresión, protoplasmática, por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman y también la de los versos libres de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo del endecasílabo, el más libre, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua. Y más que un freno, es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado.

[...]

El estilo es el hombre, se ha dicho, y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía un estilo, todo un estilo.

[Miguel de Unamuno, “Sobre el estilo de Martí”, en Germinal (Cárdenas, Cuba), agosto de 1921, pp. 2-4, tomado del Boletín Oficial de la Academia de la Lengua, La Habana, octubre-diciembre de 1922, t. 1, núm. 4, pp. 500-505.]

MANUEL ISIDRO MÉNDEZ

España no tuvo nunca en contra un contenido más notable ni más ilustre que José Martí. Y nosotros que somos españoles, al ensalzar el nombre de este ínclito hermano de América, ensalzamos también el de nuestra amada España augusta madre de todos.

Leyendo lo que escribió o dijo Martí vituperando u obstando nuestro desgobierno y nuestra imprevisora política colonial, parece que leemos a algunos de nuestros clásicos —Gracián o Saavedra, Quevedo o Larra— cuando objeta el derroche infructuoso de nuestras guerras y el desencause nacional de nuestras empresas; parece que pasan ante nuestra vista los cívicos apóstrofes de nuestros grandes repúblicos Pi y Margall o Costa, Estébanez o Picavea.

[Manuel Isidro Méndez, José Martí, estudio biográfico, Agence Mondiale de Libraire, París-Madrid-Lisboa, 1925.]

FERNANDO DE LOS RÍOS

Infamar a un hombre es infamar a Dios.

Cuando descuelga escudo y armas de caballos del ideal terreno, hay, en su canto un ritornello con sabor de epifanía. ¡Libertad! ¡Justicia! Por esto sería erróneo deducir de la apología del dolor, tan cara a Martí, una doctrina de renuncia; el hombre de acción evita el equívoco; Martí pertenece al grupo de los que consideran, ante el gran problema de la relación entre el ideal y vida, que no es la vida la que ha de enfeudarse al ideal sino que es el ideal quien debe penetrar la vida; posición que representa la bisectriz de las dos direcciones; la ascética y la hedonista.

[Fernando de los Ríos, Reflexiones en torno al sentido de la vida, Editorial Librería Martí, La Habana, 1953, p. II.]

GABRIELA MISTRAL

El secreto de Martí orador consiste tal vez en que manejando un género de virtudes falsas él lo sirve con virtudes verdaderas. Mientras el orador corriente simula la fogosidad y gesticula con llamitas pintadas, él está ardiendo de veras; mientras el arrendador de todas partes sube la cuesta del periodo largo por una especie de hazaña de gimnasta, para hincar al final la pica de una buena conclusión, él trepa el periodo temblando; a cada proposición sube en temblor de pulsos y al terminar echa la exaltación genuina del que remató un repecho; mientras el orador embusterillo junta en frío las metáforas para echarlas después en chorro y encandilar el millón de ojos que le mira, a él le sale el borbotón de metáforas en cuanto el asunto lo calienta y lo funde, y así viene a ser el volcán de verdad que vomita brasas de veras y lava de cocer. Con todo lo cual él se vuelve espectáculo natural, un espectáculo que los demás aderezan, y realiza la rara hazaña de darse él en pasto a una operación destructora que nadie verifica así, por no hacerse pedazos.

[...]

Martí veía, vivía lo trascendente mezclado con lo familiar. Suelta una alegoría que relampaguea, y sigue con una frase de buena mujer cuando no de niño; hace una cláusula ciceroniana de alto vuelo y le neutraliza la elocuencia con un decir de todos los días; corrige a veces, y ésto es muy común, unos cuantos vocablos con un adjetivo ingenuo, del más lindo sabor popular.

[...]

La soberana naturaleza tropical de América se ha quedado al margen de nuestra literatura, sin influencia verdadera sobre el escritor, como aventajada por él. Ojos, orejas y piel, hemos enderezado hacia Europa; paisaje europeo, cadencia, española o francesa; clima europeo, desabrido o neutro, es

lo que se puede ver en nuestra literatura. Antes y después de José Martí, ninguno se ha revolcado en la jugosidad y en las esencias capitosas de este suelo. Hay que llamar a este hombre, entre otras cosas, el gran leal. Lo será por muchos capítulos, pero principalmente por este de haber llevado a la expresión hablada y escrita el resuello entero, caliente y oloroso, de su atmósfera circundante y haber vaciado en ella la cornucopia de su riqueza geográfica.

La abundancia del estilo de Martí viene de varias causas, y es una especie de conjunción de vitalidades. Hervía de ideas al revés del escritor que ha de seguir una sola como hilito de agua en tierra pobre; el corazonazo caliente le echaba sobre la garganta el borbotón de la pasión constante; el vocabulario pasmoso le entregaba a manos llenas las expresiones ahorrándole esa búsqueda de la frase tan acusada en otros. ¡Cómo no había de ser abundante! Lo hicieron en grande y no veo yo por qué una criatura hecha en rango ciclópeo rechace lo suyo, reniegue de los bloques de que dispone, y se esfuerce a penitencia, a dieta de palabras, y a sobriedades chinas de arroz.

Corrijámosle la abundancia, y el Marta se nos va, como se nos acaba la montaña si decidimos partirla en colinetas.

[...]

Tengo para terminar la mejor cosa que no he dicho, habiendo dicho tantas. Tengo sin alabar al luchador sin odio. El mundo moderno anda muy alborotado con esa novedad del Mahatma Gandhi, combatiente sin odiosidad. El fenómeno tan difícil de combatir sin aborrecer, apareció entre nosotros, en esta Cuba americana, en este santo de pelea que comentamos. Pónganle si quieren un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar una mancha ni una peca de odio. Metido en esa profesión de aborrecer que es el combate, empujado a esa cueva de fieras hediondas que ha solido

ser en la historia la guerra, constreñido a enderezarse, a rechazar, a buscar fusil y a echarse al campo, este extraño combatiente con cara que echa de sus planos resplandores, va a pelear sin malas artes, sin lanzar interjecciones feas, sin que se le ponga sanguinoso el lagrimal, sin que tiemble del temblor malo de los Luzbeles o los Gengis-Kan. Posiblemente hasta los luchadores de la *Ilíada* han dejado escapar algún terno que Homero se guarda, en lo apretado de la angustia. Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana, que le quema la espalda, y mirando delante al montón de los enemigos de ella, impersonal, sin cara que detestar, casi sin nombre, con el solo apelativo abstracto de tiranía de ineptitud.

[Gabriela Mistral, Boletín Oficial de la Academia de la Lengua, La Habana, octubre-diciembre, 1952, t. 1, núm. 4, pp. 508-527.]

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Desde que, casi niño, leí unos versos de Martí, no sé ya dónde:

Sueño con claustros de mármol
Donde en silencio divino
Los héroes, de pie, reposan:
¡De noche, a la luz del alma.
Hablo con ellos: de noche!

“pensé” en él. No me dejaba. Lo veía entonces como alguien raro y distinto no ya de nosotros los españoles sino de los cubanos, más finos, más secretos, más nacional, más universal. Ante muy otro que su contemporáneo Julián del Casal (tan cubano, por otra parte, de aquel momento des-

orientado, lo mal entendido del modernismo, la pega) cuya obra artificiosa nos trajo también a España, Darío luego Salvador Rueda y Francisco Villaespesa después. Casal nunca fue de mi gusto. Si Darío era muy francés, de lo decadente, como Casal, el profundo acento indio, español, elemental de su mejor poesía, tan rica y gallarda, me fascinaba. Yo he sentido y expresado, quizás, un preciosismo interior, visión acaso exquisita y tal vez difícil de un proceso psicológico, “paisaje del corazón”, o metafísico “paisaje del cerebro”; pero nunca me conquistaron las princesas exóticas, los griegos y romanos de medallón, las japonerías “caprichosas” ni los hidalgos “edad de oro”. El modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior. No, Martí fue otra cosa, y Martí estaba, por esa “otra cosa”, muy cerca de mí. Y, cómo dudarle, Martí era tan moderno como los otros “modernistas” hispanoamericanos.

[Juan Ramón Jiménez, Boletín Oficial de la Academia de la Lengua, La Habana, octubre-diciembre, 1952, t. 1, núm. 4, pp. 536-539.]

JUAN MARINELLO

Se ha señalado agudísimamente el primitivismo de ciertos clásicos españoles que mezclan en visión directa e ingenua lo real y lo fingido, lo inmediato y lo lejano, lo contemporáneo y lo arcaico. Parece Martí el último momento de este singular modo en que el molde culto no agobia las potencias libérrimas de la alusión y de la vecindad arbitraria y eficaz. Sólo que en Martí la singular tradición se enaltece en el natural impulso heroico y hay sustancia propia, y manera nueva aun cuando le salga la voz teñida de los tonos magistrales de España. Martí es más él, por fiel a la tradición y

triunfador de ella, cuando medita como Gracián, adoctrina como Quevedo o siente como Santa Teresa.

[Juan Marinello, "La españolidad literaria de José Martí", en Archivo José Martí, La Habana, diciembre de 1941, año II, núm. 2, p. 50.]

FERNANDO ORTIZ

Al fin, es cierto que no hay razas puras y que todos los seres humanos sin excepción somos mestizos de incontables cruzamientos. Martí, como todo hombre, no era sino una gota de sangre, de las sangres derramadas en todos los cruces donde las parejas en amor clavaron su humanidad eterna, y, además, como todo genio, llevaba en su mente la esencia de todos los mestizajes de las ideas, las cuales se engendran en los abrazos de las culturas del mundo.

¡Que ante los peligrosos problemas de los racismos, todos los cubanos sean inspirados siempre en las enseñanzas y las emociones de José Martí! Con razón su pueblo le llama apóstol. Él nos dio la doctrina amorosa y sabia, nos la santificó con su sacrificio y desde su gloria sigue protegiendo a Cuba; más ahora, en estos tiempos de reco-lonizadoras agresividades, cuando tantos extranjeros tenebrosos, los enemigos que Martí tuvo siempre, quieren envilecer los destinos de nuestra patria y hacernos apostatar de nuestra fe.

[Fernando Ortiz, "Martí y las razas", en Letras. Cultura en Cuba, selección y notas de Ana Cairo Ballester, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989, pp. 99-124]

ALFONSO REYES

Al leer a Martí, en verso o en prosa, es imposible libertarse de la imagen del verduguillo, de la hoja fina y rígida que nos

atraviesa el corazón. Pero cualquiera que sea la importancia de su verso, su prosa de orador, ensayista y polemista es incomparablemente superior. La lengua española alcanza aquí nuevas conquistas. Martí es una de las naturalezas literarias más dotadas de América, pero gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su apostolado de libertad. Su arte de relámpago; cada relámpago revela y esconde inexplorados paisajes. Hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa. Era bravo como león y no se avergonzó de sus lágrimas. En él podemos a un tiempo admirar al escritor y venerar al hombre, deleite siempre apetecible.

[Alfonso Reyes, "José Martí...", en Archivo José Martí, La Habana, enero-junio de 1945, año v, núm. 1, pp. 114-115.]

ALEJO CARPENTIER

"No hay más que medio de vivir después de muerto: haber sido un hombre de todos los tiempos, o un hombre de su tiempo." Acaso, cuando decía a Gonzalo de Quesada, poco antes de morir, que ni una página escrita por él sobre Cuba le parecía digna de ella, pensaría Martí que sólo había sido "un hombre de su tiempo", y que aún le faltaba cumplir la obra que pudiera hacerlo "un hombre de todos los tiempos"... Pero, por un milagro de su propio genio, Martí, caído en Dos Ríos, había de erigirse, a la vez, en hombre de su tiempo y de todos los tiempos; en definidor del presente y anunciador de lo futuro; porque su obra sigue respondiendo, en este centenario de su nacimiento, a todas las preguntas que sobre nuestra América nos hacemos cada día.

Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar. Y en ese servir hablando, en ese hablar sirviendo, estaba precisamente la clave de la eternidad de José Martí.

[Alejo Carpentier, "Tres artículos en el Centenario", en El Nacional, de Caracas, 28, 29, 31 de enero de 1953, Fondo Alejo Carpentier, Biblioteca Nacional "José Martí".]

FEDERICO DE ONÍS

La prueba más convincente de que Martí es el primero de los modernistas está en el hecho de que Rubén Darío y Unamuno, que aparentemente no coincidían en nada, coincidieran en ser los iniciadores de la valoración de Martí. Ambos se sienten afines a él, lo cual demuestra que la personalidad de Martí contiene en unidad lo que en la época que él inicia, el modernismo, va a dividirse en tendencias que se nos aparecen como contradictorias, aunque nacidas de la misma actitud y de la misma raíz. Que Darío y Unamuno, los dos polos del modernismo hispánico, están contenidos potencialmente en Martí, se vería, mejor aún que en su testimonio, en el examen de sus obras respectivas. Al esfuerzo hecho hasta ahora para encontrar la semejanza de Martí con Darío habría que añadir el que no se ha hecho para encontrar las semejanzas aún más palmarias con Unamuno. Aunque ya he dicho que en esta época tienen más valor las diferencias.

[Federico De Onís, Memorias del Congreso de Escritores Martianos, La Habana, 1953, pp. 431-446.]

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

Basta haber leído una sola vez, un solo texto de José Martí, para entender lo que la lengua significaba para este hombre

que, a lo largo de una vida trepidante y desesperada, no tuvo más arma que su verbo. Decir lo que el idioma fue en su voz y en su pluma, es abarcar la totalidad del esfuerzo humano. Desde el balbuceo lírico infantilizado, hasta la gran pieza retórica perfectamente vertebrada, las cuatro mil páginas de la obra martiana hacen recorrer al lector toda la gama de los sentimientos: desde la ternura al asombro. Fue por la palabra y para la palabra. Oírle debió de ser estremeceador. Leerle, es gozar del más prodigioso espectáculo que la inteligencia del hombre pueda depararnos.

Cuando se escribe sobre Martí, se siente como nunca la necesidad de ser sólo un sencillo y devoto antólogo. Tiene para cada cuestión, tan claras y resonantes palabras, que el crítico las profana si intenta comentarlas o reducirlas. Una cuidadosa labor de espiguelo basta para dar con la expresión definitiva como suya. Cumple así, además, el crítico que ésto hace, la labor fundamental de enlace y altavoz, que no es función desdeñable.

Por otra parte, la amplitud de la obra y el arrebato lírico que la informa, de punta a punta, son la más estupenda auto-epopeya que imaginarse pueda. Y así, los biógrafos de Martí tejen sus libros con las palabras mismas del biografiado. Si la frase no se nos hubiese quedado hueca, diríamos para definir a José Martí: el hombre que escribe con el corazón en la mano.

[Guillermo Díaz-Plaja, "Lenguaje, verso y poesía en José Martí", en Memorias del Congreso de Escritores Marianos, La Habana, 1953, pp. 617-618.]

ERNESTO CHE GUEVARA

Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta patria..., porque José Martí es mucho más que cubano; es americano: pertenece a todos los veinte países de nuestro continente y su voz se escucha y se respeta no sólo aquí en Cuba sino en toda la América. [...]

Nosotros sabíamos también, por Martí, que no importaba el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente.

[...]

De todas las frases de Martí, hay una que creo que define como ninguna el espíritu del Apóstol. Es aquella que dice: “Todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre”.

Eso era, y es, el ejército rebelde y la Revolución cubana. Un ejército y una revolución que siente en conjunto y en cada uno de sus miembros, la afrenta que significa el bofetón dado a cualquier mejilla de hombre en cualquier lugar de la tierra.

[Ernesto Che Guevara, “José Martí”, en Siete enfoques marxistas sobre José Martí, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, La Habana, 1978, p. 75.]

HERMINIO ALMENDROS

Por ese camino del progreso y la adaptación de la escuela a los nuevos tiempos, incide Martí en la necesidad de cambiar la enseñanza teórica en práctica, de formal en cien-

tífica. Con esa misma visión avanzada, proyectada sobre la lamentable realidad y las necesidades de América Latina, se levanta la previsión y el consejo elocuente de Martí, el cual señala el deber de sacar de su estado la agricultura rudimentaria con enseñanzas y técnicas modernas, de promover en general el carácter de la enseñanza para ponerlo al servicio de lo que requiere el cambio de la vida y de los ideales.

[José Martí, Ideario pedagógico, prólogo de Herminio Almen-
dros, Ministerio de Educación, La Habana, 1961, pp. 27-28.]

NICOLÁS GUILLÉN

Martí amó, padeció, vivió, en fin, en carne y espíritu. ¿A qué desfigurarle rostro y alma? Antes que engrandecerle se le achica y rebaja con ello, porque pierde su dimensión más preciosa, lo que lo hizo hombre ante todo. En la hermosa crónica que dedicó a los mártires del Jeannette hay estas palabras suyas que bien pudiéramos repetir pensando en él: “Los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa familiar”.

[Nicolás Guillén, “Martí, propiedad humana”, en La Gaceta de
Cuba, La Habana, 20 de mayo de 1964.]

JOSÉ LEZAMA LIMA

Quevedo y Gracián son un tanto sombríos. Góngora se entera de que Quevedo quiere pintar y le dice que su pintura será como su poesía, bajo los tonos, triste los colores. Gracián es pesimista. Martí representa todo lo contrario, por su padre, que era de Valencia, hereda y siente como suya la tradición levantina, color, ambiente frutal, luminosidad.

Ese levante es un paso previo a la exuberancia de color de lo cubano. Pocos escritores han alcanzado la luminosidad de Martí. Su paleta es muy abundante, su prosa lo mismo se arremolina en la mayor riqueza, que adquiere tonos de sobriedad y nitidez incomparables. Desde los grandes momentos oratorios, hasta la precisión que adquiere en su Diario, escrito meses antes de su muerte, se muestra en ambos estilos como un verdadero maestro. Sus crónicas enviadas a La Nación, de Buenos Aires, en las que describe los más importantes sucesos de esa época en los Estados Unidos, ofrecen la culminación de su estilo. Como orador, Martí ocupa lugar aparte en los fastos de la elocuencia española. Nada de fáciles melopeas castelánicas, su lenguaje es el de la pasión. Así pudo conmover, exaltar, apasionar, hasta provocar de nuevo la revolución.

[...]

La raíz de los Versos sencillos está en antiguas y perdurables maneras expresivas de lo popular. Se han señalado numerosos romances españoles y coplas sudamericanas, que tienen alguna semejanza con los Versos sencillos. Eso se debe a que Martí poseía una de las más grandes intuiciones que han existido en nuestro idioma para llevar la palabra a su plenitud. Las formas y estilos que había alcanzado esa palabra, eran dominadas a cabalidad por él. La fuerza pura y plena del verbo, la había captado desde su raíz. Ése fue su gran aporte a la poesía y a la prosa. Por eso inauguró nuevas formas de expresión.

[...]

Los aportes de Martí al verso de su época, fueron de una decisiva importancia. En el manejo de las formas más antiguas y populares, demostró cuanto se podía expresar aún en esos moldes que muchos consideran exhaustos. Fue uno de los precursores del modernismo, pero sin limitarse a escuelas. Ejerció una influencia sobre Rubén Darío que éste fue el primero en reconocer. En los Versos libres, se adelanta a la poesía del porvenir, con una expresión libre, inaugural,

fuerte. Sin duda, es el más grande creador que hemos tenido, es también el poeta de obra más honda y bella, más eterno.

[José Lezama Lima, "José Martí", en Antología de la poesía cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, t. III, pp. 579-589.]

FIDEL CASTRO RUZ

Aquella guerra engendró numerosos líderes de extracción popular, pero también aquella guerra inspiró a quien fue sin duda el más genial y el más universal de los políticos cubanos: José Martí.

Martí era muy joven cuando se inició la Guerra de los Diez Años. Padeció cárcel, padeció exilio; su salud era muy débil, pero su inteligencia extraordinariamente poderosa. Fue en aquellos años de estudiante paladín de la causa de la independencia y fue capaz de escribir algunos de los mejores documentos de la historia política de nuestro país cuando prácticamente no había cumplido todavía 20 años.

Derrotadas las armas cubanas, por las causas expresadas, en 1878, Martí se convirtió sin duda en el teórico y en el paladín de las ideas revolucionarias. Martí recogió las banderas de Céspedes, de Agramonte y de los héroes que cayeron en aquella lucha de diez años, y llevó las ideas revolucionarias de Cuba en aquel periodo a su más alta expresión. Martí conocía los factores que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, analizó profundamente las causas y se dedicó a preparar la nueva guerra. Y la estuvo preparando durante casi 20 años, sin desmayar un solo instante, desarrollando la teoría revolucionaria, juntando voluntades, agrupando a los combatientes de la Guerra de los Diez Años, combatiendo de nuevo —también en el campo de las ideas— a la corriente autonomista que se oponía a la corriente revolucionaria,

combatiendo también las corrientes anexionistas que de nuevo volvían a surgir en la palestra política de Cuba después de la derrota y a la sombra de la derrota de la Guerra de los Diez Años.

Martí predica incesantemente sus ideas, Martí organiza a los emigrados; Martí organiza prácticamente el primer partido revolucionario, es decir, el primer partido para dirigir una revolución, el primer partido que agrupara a todos los revolucionarios. Y con una tenacidad, una valentía moral y un heroísmo, sin otros recursos que su inteligencia, su convicción y su razón, se dedicó a aquella tarea.

[Fidel Castro, El autor intelectual, Editora Política, La Habana, 1983, pp. 145-180.]

TEXTOS DE JOSÉ MARTÍ

LA REPÚBLICA ESPAÑOLA ANTE LA REVOLUCIÓN CUBANA*

La gloria y el triunfo no son más que un estímulo al cumplimiento del deber. En la vida práctica de las ideas, el poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia, la voluntad firme ante todos los consejos de la crueldad o del orgullo.—Y cuando el acatamiento a la justicia desaparece, y el cumplimiento del deber se desconoce, infamia envuelve el triunfo y la gloria, vida insensata y odiosa vive el poder.

Hombre de buena voluntad, saludo a la República que triunfa, la saludo hoy como la maldeciré mañana cuando una República ahogue a otra República, cuando un pueblo libre al fin comprima las libertades de otro pueblo, cuando una nación que se explica que lo es, subyugue y someta a otra nación que le ha de probar que quiere serlo.—Si la

* José Martí. Obras completas. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1975, t. 1, pp. 89-98. (En lo sucesivo, las referencias a Obras completas se remiten a esta edición.)

libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad repugna, estremece, espanta.

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre. La República española abre eras de felicidad para su patria: cuide de limpiar su frente de todas las manchas que la nublan,—que no se va tranquilo ni seguro por sendas de remordimientos y opresiones, por sendas que entorpezcan la violación más sencilla, la comprensión más pequeña del deseo popular.

No ha de ser respetada voluntad que comprime otra voluntad. Sobre el sufragio libre, sobre el sufragio consciente e instruido, sobre el espíritu que anima el cuerpo sacratísimo de los derechos, sobre el verbo engendrador de libertades álzase hoy la República española. ¿Podrá imponer jamás su voluntad a quien la exprese por medio del sufragio? ¿Podrá rechazar jamás la voluntad unánime de un pueblo, cuando por voluntad del pueblo, y libre y unánime voluntad se levanta?

No prejuízo yo actos de la República española, ni entiendo yo que haya de ser la República tímida o cobarde. Pero sí le advierto que el acto está siempre propenso a la injusticia, sí le recuerdo que la injusticia es la muerte del respeto ajeno, sí le aviso que ser injusto es la necesidad de ser maldito, sí la conjuro a que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.

Engendrado por las ideas republicanas entendió el pueblo cubano que su honra andaba mal con el Gobierno que le negaba el derecho de tenerla. Y como no la tenía, y como sentía potente su necesidad, fue a buscarla en el sacrificio y el martirio, allí donde han solido ir a encontrarla los republicanos españoles. Yo apartaría con ira mis ojos de los republicanos mezquinos y suicidas que negasen a aquel pueblo vejado, agarrutado, oprimido, esquilado, vendido, el derecho de insurrección por tantas insurrecciones de la República española sancionado. Vendida estaba Cuba a la ambición de sus

dominadores; vendida estaba a la explotación de sus tiranos. Así lo ha dicho muchas veces la República proclamada. De tiranos los ha acusado muchas veces la República triunfante. Ella me oye: ella me defienda.

La lucha ha sido para Cuba muerte de sus hijos más queridos, pérdida de su prosperidad que maldecía, porque era prosperidad esclava y deshonrada, porque el Gobierno le permitía la riqueza a trueque de la infamia, y Cuba quería su pobreza a trueque de aquella concesión maldita del Gobierno. ¡Pesar profundo por los que condenen la explosión de la honra del esclavo, la voluntad enérgica de Cuba!

Pidió, rogó, gimió, esperó. ¿Cómo ha de tener derecho a condenarla quien contestó a sus ruegos con la burla, con nuevas vejaciones a su esperanza?

Hable en buen hora el soberbio de la honra mancillada,—tristes que no entienden que sólo hay honra en la satisfacción de la justicia:—defienda en buen hora el comerciante el venero de riquezas que escapa a su deseo:—pretenda alguno en buen hora que no conviene a España la separación de las Antillas. Entiendo, al fin, que el amor de la mercancía turbe el espíritu, entiendo que la sinrazón viva en el cerebro, entiendo que el orgullo desmedido condene lo que para sí mismo realza, y busca, y adquiere; pero no entiendo que haya cieno allí donde debe haber corazón.

Bendijeron los ricos cubanos su miseria, fecundóse el campo de la lucha con sangre de los mártires, y España sabe que los vivos no se han espantado de los muertos, que la insurrección era consecuencia de una revolución, que la libertad había encontrado una patria más, que hubiera sido española si España hubiera querido, pero que era libre a pesar de la voluntad de España.

No ceden los insurrectos. Como la Península quemó a Sagunto, Cuba quemó a Bayamo; la lucha que Cuba quiso humanizar, sigue tremenda por la voluntad de España, que

rechazó la humanización; cuatro años ha que sin demanda de tregua, sin señal de ceder en su empeño, piden, y la piden muriendo, como los republicanos españoles han pedido su libertad tantas veces, su independencia de la opresión, su libertad del honor. ¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreva a negar para un pueblo derecho que él usó para sí?

Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia. Y luchan, y mueren. Y mueren tanto los hijos de la Península como los hijos de mi patria. ¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?

Ella ha querido que España respete su voluntad, que es la voluntad de los espíritus honrados: ella ha de respetar la voluntad cubana que quiere lo mismo que ella quiere, pero que lo quiere sola, porque sola ha estado para pedirlo, porque sola ha perdido sus hijos muy amados, porque nadie ha tenido el valor de defenderla, porque entiende a cuánto alcanza su vitalidad, porque sabe que una guerra llena de detalles espantosos ha de ser siempre lazo sangriento, porque no puede amar a los que la han tratado sin compasión, porque sobre cimientos de cadáveres recientes y de ruinas humeantes no se levantan edificios de cordialidad y de paz. No la invoquen los que la hollaron. No quieran paz sangrienta los que saben que lo ha de ser.

La República niega el derecho de conquista. Derecho de conquista hizo a Cuba de España.

La República condena a los que oprimen. Derecho de opresión y de explotación vergonzosa y de persecución encarnizada ha usado España perpetuamente sobre Cuba.

La República no puede, pues, retener lo que fue adquirido por un derecho que ella niega, y conservado por una serie de violaciones de derecho que anatematiza.

La República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo.

Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es su martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa más firmemente un pueblo sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?

Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole una vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?

El Presidente del Gobierno republicano ha dicho que si las Cortes Constituyentes no votaran la República, los republicanos abandonarían el poder, volverían a la oposición, acatarían a la voluntad popular. ¿Cómo el que así da poder omnímodo a la voluntad de un pueblo, no ha de oír y respetar y acatar la voluntad de otro? Ante la República ha cesado ya el delito de ser cubano, aquel tremendo pecado original de mi patria amadísima de que sólo lavaba el bautismo de la degradación y de la infamia.

¡Viva Cuba española! dijo el que había de ser Presidente de la Asamblea, y la Asamblea dijo con él.—Ellos, levantados al poder por el sufragio, niegan el derecho de sufragio al instante de haber subido al poder; maltrataron la razón y la justicia, maltrataron la gratitud los que dijeron como el señor Martos.—¡No!—En nombre de la libertad, en nombre del respeto a la voluntad ajena, en nombre de la voluntad soberana de los pueblos, en nombre del derecho, en nombre de la conciencia, en nombre de la República, ¡no!—¡Viva Cuba española, si ella quiere, y si ella quiere ¡viva Cuba libre!

Si Cuba ha decidido su emancipación; si ha querido siempre su emancipación para alzarse en República; si se arrojó a lograr sus derechos antes que España los lograrse; si

ha sabido sacrificarse por su libertad, ¿querrá la República española sujetar a la fuerza a aquella que el martirio ha erigido en República cubana?—¿Querrá la República dominar en ella contra su voluntad?

Mas dirán ahora que puesto que España da a Cuba los derechos que pedía, su insurrección no tiene ya razón de existir.—No pienso sin amargura en este pobre argumento, y en verdad que de la dureza de mis razones habrá de culparse a aquellos que las provocan. —España quiere ya hacer bien a Cuba. ¿Qué derecho tiene España para ser benéfica después de haber sido tan cruel?—Y si es para recuperar su honra ¿qué derecho tiene para hacerse pagar con la libertad de un pueblo, honra que no supo tener a tiempo, beneficios que el pueblo no le pide, porque ha sabido conquistárselos ya?—¿Cómo quiere que se acepte ahora lo que tantas veces no ha sabido dar? ¿Cómo ha de consentir la revolución cubana que España conceda como dueña derechos que tanta sangre y tanto duelo ha costado a Cuba defender?—España expía ahora terriblemente sus pecados coloniales, que en tal extremo la ponen que no tiene ya derecho a remediarlos.—La ley de sus errores la condena a no aparecer bondadosa. Tendría derecho para serlo si hubiera evitado aquella inmensa, aquella innumerable serie de profundísimos males. Tendría derecho para serlo si hubiera sido siquiera humana en la prosecución de aquella guerra que ha hecho bárbara e impía.

Y yo olvido ahora que Cuba tiene formada la firme decisión de no pertenecer a España: pienso sólo en que Cuba no puede ya pertenecerle. La sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres.—No vive sobre los cadáveres amor ni concordia;—no merece perdón el que no supo perdonar. Cuba sabe que la República no viene vestida de muerte, pero no puede olvidar

tantos días de cadalso y de dolor. España ha llegado tarde; la ley del tiempo la condena.

La República conoce cómo la separa de la Isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos;—la República oye como yo su voz aterradora;—la República sabe que para conservar a Cuba, nuevos cadáveres se han de amontonar, sangre abundantísima se ha de verter;—sabe que para subyugar, someter, violentar la voluntad de aquel pueblo, han de morir sus mismos hijos.—¿Y consentirá que mueran para lo que, si no fuera la muerte de la legalidad, sería el suicidio de su honra?—¡Espanto si lo consiente!—¡Miseros los que se atrevan a verter la sangre de los que piden las mismas libertades que pidieron ellos! ¡Miseros los que así abjuren de su derecho a la felicidad, al honor, a la consideración de los humanos!

Y se habla de integridad del territorio.—El Océano Atlántico destruye este ridículo argumento. A los que así abusan del patriotismo del pueblo, a los que así le arrastran y le engañan, manos enemigas pudieran señalarle un punto inglés, manos severas la Florida, manos necias la vasta Lusitania.

Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fue gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos

amados que los unan. El espíritu cubano piensa con amargura en las tristezas que le ha traído el espíritu español; lucha vigorosamente contra la dominación de España.—Y si faltan, pues, todas las comunidades, todas las identidades que hacen la patria íntegra, se invoca un fantasma que no ha de responder, se invoca una mentira engañadora cuando se invoca la integridad de la patria.—Los pueblos no se unen sino con lazos de fraternidad y de amor.

Si España no ha querido ser nunca hermana de Cuba, ¿con qué razón ha de pretender ahora que Cuba sea su hermana?—Sujetar a Cuba a la nación española sería ejercer sobre ella un derecho de conquista, hoy más que nunca vejatorio y repugnante. La República no puede ejercerlo sin atraer sobre su cabeza culpable la execración de los pueblos honrados.

Muchas veces pidió Cuba a España los derechos que hoy le querrá España conceder. Y si muchas veces se negó España a otorgarlos, a otorgar los que ella tenía, ¿cómo ha de atreverse a extrañar que Cuba se niegue a su vez a aceptar como don tardío, honor que ha comprado con la sangre más generosa de sus hijos, honor que busca hoy todavía con una voluntad inquebrantable y una firmeza que nadie ha de romper?

Por distintas necesidades apremiados, dotados de opuestísimos caracteres, rodeados de distintos países, hondamente divididos por crueldades pasadas, sin razón para amar a la Península, sin voluntad alguna en Cuba para pertenecer a ella, excitados por los dolores que sobre Cuba ha acumulado España, ¿no es locura pretender que se fundan en uno dos pueblos por naturaleza, por costumbres, por necesidades, por tradiciones, por falta de amor, separados, unidos sólo por recuerdos de luto y de dolor?

Dicen que la separación de Cuba sería el fraccionamiento de la patria. Fuéralo así si la patria fuese esa idea egoísta y

sórdida de dominación y de avaricia. Pero, aun siéndolo, la conservación de Cuba para España contra su más explícita y poderosa voluntad, que siempre es poderosa la voluntad de un pueblo que lucha por su independencia, sería el fraccionamiento de la honra de la patria que invocan. Imponerse es de tiranos. Oprimir es de infames. No querrá nunca la República española ser tiránica y cobarde. No ha de sacrificar así el bien patrio a que tras tantas dificultades llega noblemente. No ha de manchar así honor que tanto le cuesta.

Si la lucha unánime y persistente de Cuba demuestra su deseo firmísimo de conseguir su emancipación; si son de amargura y de dolor los recuerdos que la unen a España; si cree que paga cara la sonoridad de la lengua española con las vidas ilustres que España le ha hecho perder, ¿querrá esta España nueva, regenerada España que se llama República española, envolverse en la mengua de una más que todas injusta, impía, irracional opresión? Tal error sería este, que espero que no obrará jamás obra tan llena de miseria.

Y en Cuba hay 400 000 negros esclavos, para los que, antes que España, decretaron los revolucionarios libertad —y hay negros bozales de 10 años, y niños de 11, y ancianos venerables de 80, y negros idiotas de 100 en los presidios políticos del Gobierno,—y son azotados por las calles, y mutilados por los golpes, y viven muriendo así. Y en Cuba fusilan a los sospechosos, y a los comisionados del Gobierno, y a las mujeres, y las violan, y las arrastran, y sufren muerte instantánea los que pelean por la patria, y muerte lenta y sombría aquellos cuya muerte instantánea no se ha podido disculpar. Y hay jefes sentenciados a presidio por cebarse en cadáveres de insurrectos,—y los ha habido indultados por presentar en la mesa partes de un cuerpo de insurrecto mutilado,—y tantos horrores hay que yo no los quiero recordar a la República, ni quiero decirles que los estorbe,—que son

tales y tan tremendos, que indicarle que los ha de corregir es atentar a su honor.

Pero esto demuestra cómo es ya imposible la unión de Cuba a España, si ha de ser unión fructífera, leal y cariñosa,—cómo es necesaria resolución justa y patriótica;—que sólo obrando con razón perfecta se decide la suerte de los pueblos, y sólo obedeciendo estrictamente a la justicia se honra a la patria, desfigurada por los soberbios, envilecida por los ambiciosos, menguada por los necios, y por sus hechos en Cuba tan poco merecedora de fortuna.

Cuba reclama la independencia a que tiene derecho por la vida propia que sabe que posee, por la enérgica constancia de sus hijos, por la riqueza de su territorio, por la natural independencia de éste, y, más que por todo, y esta razón está sobre todas las razones, porque así es la voluntad firme y unánime del pueblo cubano.

Si la conservación de Cuba para España ha de ser, y no podrá conservarse sino siéndolo, olvido de la razón, violaciones del derecho, imposición de la voluntad, mancilla de la honra, indigno será quien quiera conservar la riqueza cubana a tanta costa; indigno será quien deje pensar a las naciones que sacrifica su honra a la riqueza.

Hoy que la virtud es sólo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heroica, no consienta su mengua la República, sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno, no rija a un pueblo contra su voluntad—ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes;—no luche contra sí misma, no se infame, no tema, no se pliegue a exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; reconozca, puesto que el derecho, y la necesidad, y las Repúblicas, y la alteza de la idea republicana la reconocen, la independencia de Cuba; firme así su dominación sobre esta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia, sería, sin embargo, la más

inmarcesible de sus glorias.—Harto tiempo han oprimido a España la indecisión y los temores;—tenga, al fin, España el valor de ser gloriosa.

¿Temerá el Gobierno de la República que el pueblo no respete esta levantada solución? Esto sería confesar que el pueblo español no es republicano.

¿No se atreverá a persuadir al pueblo de que ésto es lo que le impone su honor verdadero? Esto significaría que prefiere el poder a la satisfacción de la conciencia.

¿No pensará como pienso el Gobierno republicano? Ésto querría decir que la República española ni acata la voluntad del pueblo soberano, ni ha llegado a entender el ideal de la República.

No pienso yo que cederá al temor.—Pero si cediera, esta enajenación de su derecho sería la señal primera de la pérdida de todos.

Si no obra como yo entiendo que debe obrar, porque no entiende como yo, ésto significa que tiene en más las reminiscencias de sus errores pasados que la extensión, sublime por lo ilimitada y por lo pura, de las nuevas ideas;—que turban aún su espíritu orgullo irracional por glorias harto dolorosas, deseo de retener cosas que no debió poseer jamás, porque nunca las supo poseer.

Y si como yo piensa, si encuentra resistencia, si la desafía, aunque no premiase su esfuerzo la victoria,—si acepta la independencia de Cuba,—porque sus hijos declaran que sólo por la fuerza pertenecerán a España, y la República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir a la República,—no pierde nada, porque Cuba está ya perdida para España;—no arranca nada al territorio, porque Cuba se ha arrancado ya;—cumple en su legítima pureza el ideal republicano;—decreta su vida, como si no la acepta, decretará su suicidio;—confirma sus libertades, que no ha de merecer gozarlas quien niega la libertad de gobernarse a un pueblo que ha sabido ser libre;—evita el derramamiento

de sangre republicana, y será, si no lo evitase, opresora y fratricida;—reconoce que pierde, y la pérdida ha tenido lugar ya, la posesión de un pueblo que no quiere pertenecer a ella, que ha demostrado que no necesita para vivir en gloria y en firmeza su protección ni su Gobierno,—y trueca, en fin, por la sanción de un derecho, trueca, evitando el derramamiento de una sangre virgen y preciosa, un territorio que ha perdido, por el respeto de los hombres, por la admiración de los pueblos, por la gloria inefable y eterna de los tiempos que vendrán.

Si el ideal republicano es el universo, si él cree que ha de vivir al fin como un solo pueblo, como una provincia de Dios, ¿qué derecho tiene la República española para arrebatar la vida a los que van adonde ella quiere ir?—Será más que injusta, será más que cruel, será infame arrancando sangre de su cuerpo al cuerpo de la nacionalidad universal.—Ante el derecho del mundo ¿qué es el derecho de España?—Ante la divinidad futura ¿qué son el deseo violento de dominio, qué son derechos adquiridos por conquista y ensangrentados con nunca interrumpida, siempre santificada, opresión?

Cuba quiere ser libre.—Así lo escribe, con privaciones sin cuento, con sangre para la República preciosa, porque es sangre joven, heroica y americana.—Cobarde ha de ser quien por temor no satisfaga la necesidad de su conciencia.—Fratricida ha de ser la República que ahogue a la República.

Cuba quiere ser libre.—Y como los pueblos de la América del Sur la lograron de los gobiernos reaccionarios, y España la logró de los franceses, e Italia de Austria, y México de la ambición napoleónica, y los Estados Unidos de Inglaterra, y todos los pueblos la han logrado de sus opresores, Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia.

Y se dirá que la República no será ya opresora de Cuba, y yo sé que tal vez no lo será, pero Cuba ha llegado antes que España a la República.—¿Cómo ha de aceptar de quien en

son de dueño se la otorga, República que ha ido a buscar al campo de los libres y los mártires?

No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba.—Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez Gobierno liberticida.

Madrid, 15 de febrero de 1873.

DIPUTADO*

Hombre encargado por el pueblo para que estudie su situación, para que examine sus males, para que los remedie en cuanto pueda, para que esté siempre imaginando la manera de remediarlos.

La silla curul es la misión: no es la recompensa de un talento inútil, no es el premio de una elocuencia incipiente, no es la satisfacción de una soberbia prematura.

Se viene a ella por el mérito propio, por el esfuerzo constante, por el valer real; por lo que se ha hecho antes, no por lo que se promete hacer.

Los privilegios mueren en todas partes, y mueren para alcanzar una diputación. No es que las curules se deban de derecho a los inteligentes: es que el pueblo las da a quien se ocupa de él y le hace bien.

De abajo a arriba: no de arriba a abajo.

El ingenio no merece nada por serlo; merece por lo que produce y por lo que se aplica.

* Artículo descubierto y presentado como «supuesto» por Paul Estrade al final de su ponencia “Un socialista mexicano, José Martí”, en José Martí, Ediciones Bière, Burdeos, 1974, pp. 279-280.

Debemos el ingenio a la naturaleza: no es un mérito, es una circunstancia de azar: el orgullo es necio, porque nuestro mérito no es propio. Nada hicimos para lograrlo: lo logramos porque así encarnó en nosotros.

¿Es la inteligencia adquirida casualmente, título para la admiración y el señorío? Diputado es el que merece serlo por obra posterior y concienzuda; no el que por méritos del azar se mira inteligente y se ve dueño.

El talento no es más que la obligación de aplicarlo. Antes es vil que meritorio el que lo deja vagar, porque tuvo en sí mismo el instrumento del bien, y pasó por la vida sin utilizarlo ni educarlo.

El talento es respetable cuando es productivo: no debe ser nunca esperanza única de los que aspiran a altos puestos. Diputado es imagen del pueblo: óbrese para él, estúdiense, propáguese, remédiese, muéstrese afecto vivo, sea el afecto verdad. El talento no es una reminiscencia del feudalismo: tiene el deber de hacer práctica la libertad.

No se arrastra para alzarse: vive siempre alto, para que nada pueda contra él.

Se enseña y se trabaja: luego se pide el premio.

Se habla, se propaga, se remedia, se escribe; luego se pide la comisión a los comitentes a quienes se hizo el beneficio.

El beneficio no es aquí más que el deber: todavía se llama al deber bien que se hace.

La diputación no se incuba en el pensamiento ambicioso: se produce por el asentimiento general.

Todos creen útil a uno: uno es nombrado por todos: nombrado realmente por el bien hecho, por la confianza inspirada, por la doctrina propagada, por la esperanza en lo que hará.

El hombre útil tiene más derecho a la diputación que el hombre inteligente. El inteligente puede ser azote: el útil hace siempre bien.

Se cree que es el talento mérito nuestro, y que él da derecho de esperarlo todo: él impone la obligación de aprovecharlo: cuando se busca la comisión ajena, ajeno ha de haber sido el provecho.

La inteligencia no es la facultad de imponerse; es el deber de ser útil a los demás.

Revista Universal, México, 9 de julio de 1875.

(José Martí: Obras completas, Edición crítica, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, La Habana, 1983, t. II, pp. 116-117.)

ESCASEZ DE NOTICIAS ELECTORALES.—DI-
PUTADOS NOVELES.—COMERCIO
E INDUSTRIA.—INTELIGENCIA DE
CREACIÓN Y DE APLICACIÓN.—
TEÓFILO GAUTIER*

Con ir ya para tres días, ni en México se sabe aún lo que en todos los Estados Unidos ha sucedido, ni nada se conoce todavía de aquellos lugares cuyo movimiento electoral preocupa más la atención pública. Cara simpática ha visto Orestes que ha adelgazado en los días últimos, y sabe ya de más de un buen talento recompensado, de más de un diputado novel salido en estas últimas elecciones a plaza. Y a fe que vienen siempre briosos los primerizos de curul: paréceles la pobre patria cosa tan manejable como su buena voluntad, y cuál quisiera llegar a las entrañas de la tierra sin laboreadores, cuál inspirar vida a la desventurada raza indígena con el mágico encanto de una ley, cuál cruzar

* José Martí: Obras completas, t. 6, pp. 267-271.

de ferrocarriles el suelo mexicano, cosa ciertamente bella para cuando haya algo que llevar por los nuevos caminos de hierro.

Bueno en pensar en lo que ha de dar al país vida y renombre: mejor y más prudente realizar primero los medios de llevar a término feliz estas empresas.

En vano es que la tierra mexicana brinde a las manos laboriosas sus entrañas de plata y de oro: antes es desventura que las abra, porque confiada en los exuberantes dones de la tierra, a ellos fía la perezosa naturaleza de los mexicanos un porvenir que un día ha de extinguirse con lo accidental que la enriquece y alimenta. La tierra es perpetua; séanlo las fuerzas que a vivir en la tierra se apliquen. Fuerzas constantes y productoras, elementos creadores, industrias transformadoras de los elementos que hoy existen. Nada pone la industria extractiva en el lugar de lo que arranca. La industria fabril crea y transforma, en cambio, de un modo siempre nuevo productos fijos y constantes, en los que se asienta el verdadero bienestar de una nación.

México es rico en demasía; pero no es todavía útilmente rico. Sus fuerzas esenciales están dormidas: gracias sean dadas a la naturaleza pródiga, que dio aquí a la corva espalda de la tierra lujosísimo manto de plata y de oro.

Con él parece que andan los noveles dueños de curules. Paréceles que ha de venirles estrecho el cómodo sillón que el octavo Congreso les prepara. Verdad es indudable que los que vienen, tendrán este premio honroso trabajado y merecido: ni lo ocuparían sin remordimiento los que por aventura de la suerte los hubieren logrado, ni la misión de diputado es tal que permita en su ejercicio ignorancia y tibieza.

No se viene al logro fácil: se viene al examen de los males, a la proposición de los remedios, al estudio incesante, a la contemplación práctica de las actuales fuerzas de la patria y de la manera de guiarlas por el camino de sólida prosperidad y de positiva y durable riqueza.

México no es útilmente rico: se ha asentado ya en este boletín esta grave verdad.

Su riqueza minera comenzará a ser útil al país, cuando pueda aplicarse en beneficio de él mismo, y no haya de llevarse fuera de la patria en pago de las más sencillas necesidades materiales y domésticas. Las minas no son hoy un alimento de la riqueza nacional: sus productos se exportan, en pago de los efectos de consumo que se importan a México y que por su naturaleza y la actual constitución social, han menester renovación pronta y constante.

Fuerza es ante todo alentar y premiar, aun de manera extraña y desusada, todos los ramos de la industria nacional.

Cuando perturbaciones y errores anteriores han alejado de su cauce natural a un país, sucede frecuentemente que necesita éste para su bienestar la comisión de algunos errores útiles. Ordena la Economía, por más que hiciera bien en limitarse a aconsejar, que sea franco y libérrimo el comercio de todos los efectos extranjeros.

Brioso empuje ha cobrado en la presente era de paz la riqueza minera mexicana: es ésta, por su naturaleza, riqueza insegura y vacilante; pero, si no de una manera equitativa, ello es que aumentan sus productos, y el laboreo de minas adelanta. Abiertos los puertos mexicanos al comercio extranjero libre; siendo verdad innegable que no abastece la industria nacional las necesidades numerosas de la vida, no ya rica, sino modesta y holgada, se comprarán siempre en México los productos extranjeros; se comprarán con tanta más razón cuanto que la riqueza,—siquiera sea accidental—está creciendo. Abandonadas a su esfuerzo propio las industrias nacionales, fuerza es que presenten en su infancia todos los caracteres de imperfección que es ley presente aquello que trabajosa y lentamente se forma. Morirán nuestras industrias por falta de mercado. Nadie comprará lo imperfecto cuando tiene lo perfecto a mano: a esta desconsoladora y natural

verdad ayuda al alto precio que, con no ser bueno, ha de pagarse por los productos de nuestras industrias incipientes.

Utilísima es para un país formado la libertad absoluta de comercio: ¿es de la misma manera útil para un país que se forma?

La libertad comercial es, a más de conveniente, justa. Cuando han constituido la vida de un país injusticias esenciales, ¿no será todavía necesario el cumplimiento de injusticias transitorias?

El comercio libre es bueno; pero realizado en nuestro país, extinguiría en su nacimiento las abandonadas industrias nacionales.

Fuera impolítico y erróneo cerrar hoy los puertos a los efectos extranjeros: parece necesario limitar su introducción con derechos relativamente crecidos; pero sólo una manera se ofrece de destruir la vacilante situación actual de la riqueza: la competencia es esta manera única; la competencia que no podrá establecerse con los arbitrios generales de la hacienda, que de la misma manera gravan al efecto de consumo que se introduce, que al instrumento de trabajo que nada debería pagar.

Si se asegurara a las industrias nacionales una demanda relativa; si cuando pudiera contribuir a ellas pudiese ser introducido sin gravámenes ni derechos; si los compradores mexicanos se resignasen a comprar para su servicio los productos de nuestra industria propia, siquiera no fuesen al comenzar como los que del extranjero vienen hoy, esta libertad de introducción, esta protección franca y decidida, este primer consumo que resarciera a la industria naciente de sus gastos en poco tiempo despertarían y fomentarían centros de producción, a cuyo adelanto y mejoramiento están llamadas la fertilísima tierra mexicana y la hábil y aún perezosa inteligencia de sus hijos. Es, en esencia, ac-

tiva nuestra aptitud intelectual; despiértese hoy en todas las clases de anhelo de una situación práctica y propia: el individuo americano necesita principalmente una buena suma de goces, y con placer trabajaría por acomodarlos y saborearlos en una vida holgada.

La inteligencia tiene dos fases distintas: la de creación y la de aplicación: cuando aquélla no se une a ésta, hace desventurados y mártires, enfermos incurables del dolor perpetuo de la vida: la de aplicación, con ser menos noble, es más adecuada y necesaria a la existencia: una y otra mezcladas, son el germen escondido del bienestar de un país.

Más dadas son a crear que a aplicarse las inteligencias de tierra americana; pero como no tienen medios de realización, su potencia creadora busca en vano lo práctico, vaga por lo único que es suyo, vuela errante por lo improductivo y lo ilímite y hace de la vida oficio de poeta, el que tiene el deber formal de hacerla oficio de hombre.

La naturaleza humana tiene un enemigo en sí misma: verdad que la naturaleza humana no es más que la lucha entre dos formidables e irreconciliables enemigos.—El egoísmo es la consecuencia de la riqueza: toda la vida práctica consiste en que a las inteligencias vagabundas se les señale el punto de aplicación, y se enseñe el medio de aplicarse.

No se viene a la vida para disfrutar de productos ajenos: se trae la obligación de crear productos propios.

Es ya axioma añejo, que aquí viene, sin embargo, como natural consecuencia: cuando todas las inteligencias tienen aplicación en la vida propia y práctica, no fermentan errantes en el seno de la que, una vez lograda la libertad fundamental, es accidental vida política. La paz viene como necesaria consecuencia del trabajo: pero el trabajo no se alimenta cuando no puede tener la esperanza de realizar y mejorar sus productos.

La generación actual es eminentemente individualista: la única manera de concebir el bien general es halagar y proteger el trabajo y el interés de cada uno.

Y aquí llegaba Orestes de su disertación grave y severa, cuando ve cerca de sí una faz cariacontecida y como recién mojada por las lágrimas. Esperanza ida, candidato olvidado, sueño aplazado para elecciones próximas, brazos caídos con desaliento como de quien sabe que no ha de apoyarnos en los amorosos brazos de la queridísima curul: todo ésto trae en sí la desanimada y dolorosa figura que, para bien de sus lectores, ha distraído a Orestes de su manía de pensar en cosas graves.

¡Pobrecillo candidato! Buenas cosas dijo en vida el elegante Teófilo Gautier: más lo querría Orestes si no hubiese escrito su insoportable “Mlle. De Maupin”; pero no puede olvidar ahora un verso suyo que cuadra ciertamente al cariacontecido candidato. Dijo bien el poeta francés en la Comedia de la Muerte:

Chacun est le cercueil d' une illusion morte.

Revista Universal, México, 14 de julio de 1875.

EL POEMA DEL NIÁGARA*

¡Pasajero, detente! ¡Este que traigo de la mano no es zurcador de rimas, ni repetidor de viejos maestros—que lo son porque a nadie repitieron—, ni decididor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio,

* José Martí: Obras completas, t. 7, pp. 223-238.

como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas, y sus sagrados lamentos como pueriles futilidades! Éste que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito el Poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro,—porque éste es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira—y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de cómo es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! ¡Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos, mas luego que se han abrazado a la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—ino para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables reveladores y veedores, hi-

jos de la paz y padres de ella, para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar, —como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las águilas:—pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni en qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas,—hombres magños,—por la confusión que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma. De aquí esos poetas pálidos y gеме-

bundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado, como el pavón del plumaje brillante, del don del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar, coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebetes, el falerno meloso que sazónó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad,

la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. ¡Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra,—y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite del alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobreza de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquéllas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, año sobre año, en el reposo

de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón de cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y éste es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce,—por sentimiento culminante y vehemente, cuya tensión fatiga y abrumba,—obra de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructifi-

cando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, deجو natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias en amor trabadas entre las cazoletas de la espada y velos del guardainfante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la mareja-

da, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, magulladas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas; se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas, de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también, que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad gloriosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y ésta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaban antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los

antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asítese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placera a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy,—auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa,—la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen. La corte, antes albergue de bardos de arquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a las breñas agrestes de Inglaterra, y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones; y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron

la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladrones; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses,—la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas:—ivación de sus copas de preciosas piedras el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fue, en más o en menos, poeta personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epepeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; mas él a sí propio; no hay ahora mendruño más denteado que un

alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún y harto confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí,—porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años,—elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luz bélica; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Más, cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable,—alimentada. No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatal; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar el ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que

se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada. ¡He ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que, so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio. ¡Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre! ¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana,—que es orden magna de caballería,—el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que

movió al cielo las manos generosas en tono de plegaria y las sacó de la oración a modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos! El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjuagar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios, en otro tiempo, la espada exterminadora! ¡El poema está en la naturaleza, madre de senos pródigos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! ¡Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza!

¡El poema del Niágara! Lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido, que pide a su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y encala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora, el tierno desposorio con lo eterno y el vertimiento deleitoso en la creación del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido rey de la naturaleza.

¡El poema del Niágara! El halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos frágosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de

un hálito, como ógro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y rugé; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vio en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de todas armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estrados animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. ¡Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Pérez Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su toro, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vio solo; catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para pos-

trarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio del análisis que las reprime cuando no las prohíbe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada;—en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el corpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienas; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, itodo es castillo solitario y armadura vacía!; lo presente, itodo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo!; lo venidero, itodo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fue el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta su gemido de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente, surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la

sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. ¡Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfríase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el hosanna! La Luz es el gozo supremo de los hombres. Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero, ora columnas de fuego, ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Ícaro. Es nuestro tiempo, enfrente de nuestra naturaleza. Ser eso es dado a pocos. Contó a la Naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fue pujante, porque fue sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fue impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, raptó súbito. Vese aún a trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la Naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma, pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla; el consonante magulla siempre; allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centellante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fue esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empuja, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá enseñoreándose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la

arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fue jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como éste de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por decontado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otro, frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y

perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fue hecho de una pieza.

¡Oh! ¡Esa tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque de plectro del poeta por el bisturí del di-sector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paso no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el

verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieran rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ¡ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda el sol, y acata al monte. Éstas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fe absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice.

Saca fe en lo eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el eco que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dio,—le responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. Ni hay torrente como nuestra alma. ¡No! ¡la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—¿y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? ¿Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo, y sale íntegro y no empleado de la tierra? Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante.

Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? ¡Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce, como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado, que te alimentas de ti mismo. ¡He aquí una lira que vibra! ¡He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! ¡He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno! Él no persigue a la poesía, breve espuma de mar hondo, que sólo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus caprichos. Él aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias quietadoras de la sagrada naturaleza. Fue libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrojan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de

sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar del ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el ser humano? ¿Quiénes son esos búhos que vigilan la cuna de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaldes de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrás blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? ¡Oh Libertad! ¡No manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido! ¡Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la Libertad! ¡Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé qué vale esta palabra que te digo! ¡Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

Nueva York, 1882.

EL TRATADO COMERCIAL ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO*

No ha habido en estos últimos años—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América Latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada—se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablemos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros intereses afecta: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

* José Martí: Obras completas, t. 7, pp. 17-22.

Los artículos 1º, 2º, 6º, 7º y 8º, son los más notables del proyecto. En el primero se establecen todos los artículos de producción mexicana que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos, en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga a admitir libres de derechos. En el sexto se estipula que ni una ni otra nación gravará con derechos, a su paso por ella, ninguno de los productos declarados de entrada libre en el país, cuando hayan de consumirse en la misma nación; aunque por el séptimo artículo se autorizan mutuamente ambos pueblos contratantes a gravar estos productos, a su paso por su territorio, siempre que pasen por él, no para quedarse en alguna comarca de él, sino para ser consumidos en otro país. Y el octavo fija en doce meses el tiempo en que, después de la aprobación del tratado por ambos países con arreglo a sus constituciones y cambio consiguiente de ratificaciones, han de tomarse las medidas y dictarse las leyes necesarias para que el tratado entre en vigor.

Nada dará una idea tan efectiva de la magnitud del suceso en proyecto como la enumeración de los artículos que cada uno de ambos países se obliga a aceptar en su territorio libres de derechos.

Los Estados Unidos libertan de toda contribución de entrada por sus puertos o fronteras a cuanto México exporta, puesto que apenas hay producto del suelo mexicano que no quede exento de derechos en este proyecto. Y es de notar que ha puesto mano en el tratado, de parte de México, hombre previsor, puesto que en la exención se incluyen ramos que no existen aún en México sino en porción insignificante, pero que, por la obra del tratado mismo, han de cobrar pronto desarrollo e importancia. Quedan exentos de derechos los animales vivos, la cebada, si no es de la que llaman perla; carne de vaca, café y huevos, esparto y otras gramíneas, que en los Estados Unidos usan, entre otras cosas, como materia

prima del papel; toda clase de flores, toda clase de frutas, las cuales son comercios llamados al desenvolvimiento notable e inmediato, no bien haya ferrocarriles que enlacen, sobre todo del lado del Atlántico, ambos pueblos; pieles de cabra sin curtir; todas las variedades del henequén y cuantos puedan sustituir al lino; cuerdas de cuero; cuero sin curtir; pieles de cabra de Angora, sin curtir y sin lana, y pieles de asno; goma de la India; el índigo tan bueno en México; el ixtle, o fibra de Tampico, susceptible de aplicaciones tan varias; jalapa, maderas de tinte y todo grano o insecto de teñir; mieles, aceite de palma y de coco; mercurio, zarzaparrilla cruda y substancias similares; paja no trabajada, azúcar que no exceda del número 16, holandés en color, tabaco en rama, no elaborado; cuantas legumbres produce el país y cuantas maderas de fábricas—aunque no han de estar trabajadas—pueblan sus bosques; exención, esta última, de marcada valía, si se tiene en cuenta cuánto abundan las costas de México en muy buenas maderas empleables en la construcción de los buques, y la posibilidad de que, cediendo al fin al clamor nacional, se deroguen pronto en los Estados Unidos las leyes que hacen ahora punto menos que imposible, por lo excesivamente cara, la construcción de buques en astilleros de la nación.

En cambio de estas ventajas, México abre sus puertas a todos los productos de hierro que por la mala obra y falaz beneficio del sistema proteccionista sobrecarga hoy a los mercados americanos, enfermos de plétora; a cuanto se necesita para levantar pueblos, como por obra de magia; para desmontar selvas, para quebrar montes y echar, por donde andaban sierpes y fieras, ferrocarriles. Sin más que pocos productos del suelo, para dar de comer a los nuevos habitantes, con lo que este artículo permite libre de entrada en México, puede construirse, como por obra de sople fantástico, toda una nación. La lista es tan numerosa, que

absorbería todo nuestro espacio: ¿qué necesitamos decir, si a lo que va dicho añadimos que el artículo permite la entrada en México de cuanto un pueblo necesita para arar toda su tierra, y sembrarla toda, y alimentar a los agricultores mientras produce, y remover y exprimir las aguas de los ríos, y penetrar y hacer saltar las ricas minas de todos sus montes?

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase ni aumentaría en cantidad sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría a coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como éste, merced a su perfume y vigor, no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan, para el súbito crecimiento a que están llamados, más vías por donde ser conducidos—las cuales están haciendo—y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones agitadas y antipáticas de bolsa, por las que comienza a haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo mercado para muchos productos que les sobran y se ayudan

a mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde a competir con las más perfectas europeas. Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan a esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables—fatal consecuencia del sistema de la protección—introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos—ilos más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, y no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente—dejando por un momento a un lado su tabaco, el que no cuida como debe—de los azúcares que envía, por mar y con derechos graves de exportación e importación a los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna; tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba;

pero azúcar sí puede producirlo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente e inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra y la facilidad de la colocación del fruto, producirá México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, a cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y Estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del comercio libre con México, ahogarán los clamores de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción. ¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles, y producibles de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirían, aun con igualdad de derechos? Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centro América y de la América del Sud, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con

la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, el país más cercano.

Tales apuntes nos sugiere hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos de tanta valía como el “Sun”, de New York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas,—se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir y a abandonar, acaso, sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

La América, Nueva York, marzo de 1883.

EXPOSICIÓN DE ELECTRICIDAD*

Edouard Fournier, que fue a la par escritor de Francia muy galano, buscador infatigable de hechos olvidados, halló singulares analogías entre las cosas de ciencia que posan ahora plaza de nuevas, y otras de antaño olvidadas de las que las nuestras no son más que como hallazgo y renuevo.—Le Vieux Neuf se llama el libro de Edouard Fournier, que no ha de faltar en mesa alguna de hombre pensador. La ciencia del espíritu, menos perfeccionada que las demás por estar formada de leyes más ocultas y hechos menos visibles, ha de construirse sobre el descubrimiento, clasificación y codificación de los hechos espirituales. Para estudiar las posibilidades de la vida futura de los hombres, es necesario dominar el conocimiento de las realidades de su vida pasada. Del progreso humano se habla tanto, que a poco más va a parecer vulgaridad hablar de él. No se puede predecir cómo progresará el hombre, sin conocer cómo ha progresado. Aquel buen libro de Fournier, cuyo saber vasto y pintoresco envidió tanto Balzac, muestra, como tantos otros libros, que en todo tiempo, al aparecer el hombre en la vida, ha aparecido con todas e iguales armas, y que esta ansia de saber, a veces coronada, que consume y engrandece a los hombres de ahora, consumió y engrandeció y solió coronar a los de antaño.

Pero en época alguna, por no haber vivido aún bastante los hombres para ser dueños completos de sí, y por no haber transcurrido aún tiempo suficiente para acumular todos los hechos que la ciencia prudente necesita como base, han sacado los hombres de sí propios tanto empuje, tanto afán, tal movilidad, aptitud de analizar hechos aislados, poder de clasificarlos y capacidad de deducir leyes de ellos. El siglo

* José Martí: Obras completas, t. 8, pp. 347-349.

xviii fundó la Libertad: el siglo xix fundará la Ciencia. Así no se ha roto el orden natural: y la Ciencia vino después de la Libertad, que es madre de todo.

Los hombres parecen estatuas de oro que juegan con fango. Tienen celos unos de otros, y con el ruido que hacen sus querellas, no se oyen las voces pacíficas del ejército de sabios. Pero éstos crecen, como el sonido en la onda del aire, y van llenando ya toda la tierra. Será el día de la paz, hija última, y todavía no nacida, de la Libertad.

Años hace, la electricidad era fuerza rebelde, destructora y confusa. Hoy obedece al hombre, como caballo domado. De lo que hace decenas de años era apenas grupo oscuro de hechos sueltos, se hace ahora muchedumbre de familias de hechos, cada cual con campo y tienda propios, que tienen aires ya de pueblo y ciencia. Ya no basta a los descubridores del elemento nuevo la Exposición de Sydenham, ni la de Munich, ni la de París, que fue tan brillante, ni la de Londres, que lo está siendo hoy. Ya anuncian para agosto de este año la Exposición nueva. Será en Viena, la ciudad del Prater, paseo vasto y solemne, donde de un lado envuelven la tierra las brumas alemanas, y cuanto de místico y fantástico viene con ellas,—y de otro haces de luz del mediodía, que llenan las venas de chispas de fuego y espíritus alados.—Será en Viena, ciudad de hombres corteses, y mujeres esbeltas y mágicas.

Se averigua tanto, se acumula cada nuevo día tanto hecho nuevo, dan de sí tanta luz los hechos cuando se acumulan—como cuando chocan espadas bien templadas,—que los investigadores de las maravillas de la Electricidad auguran buen éxito a la Exposición de agosto, que durará hasta el 31 de octubre. Habrá menos celos que en la de París, porque no habrá premios: y no querellarán tan ásperamente sobre la propiedad de uno y otro descubrimiento norteamericanos y franceses. No habrá jurado, como no lo hubo en Munich;

una comisión de hombres de ciencia hará experimentos con los inventos presentados, y extenderá certificados de los resultados obtenidos. Así, pues, el premio irá en el hecho, y no en el favor de los jueces. La disposición de los objetos anuncia ya el hermoso desenvolvimiento y futura amplitud de la Ciencia Eléctrica. Parece, leyéndola, que se ven los cimientos de un gran edificio luminoso. En un grupo irán las máquinas magnetoeléctricas y dinamoeléctricas. En otro, las entrañas fecundas donde se elabora la electricidad: las pilas y todos sus accesorios. Lo de telegrafía, en otro departamento, y en otro, lo de telefonía. El sexto grupo será el de la luz eléctrica. Ya el séptimo comprende mayor maravilla: el modo de encerrar en una botella de cristal el rayo: todos los medios conocidos de mover la electricidad, almacenarla y llevarla de un lado a otro. De cables, hilos y cuanto haga relación a ellos, será otro grupo. Se reunirán, en división especial, todas las aplicaciones de la electricidad a la Química, a la Metalurgia y a la Galvanoplastia. Luego, las aplicaciones de la electricidad al arte militar, que llegarán a ser tantas, que harán la guerra de puro excesiva y tremenda, imposible.—Luego, las aplicaciones de la electricidad a los caminos de hierro, en lo que no se ha adelantado a la par de los demás ramos. El departamento en que hemos de tener puestos con más cuidado los ojos los latinoamericanos, es el de las aplicaciones de la electricidad a las minas y a la agricultura: en este departamento entrarán también los inventos aplicables a la navegación. De un lado se verán los usos de la electricidad en la medicina y en la cirugía: de otro, todos los modos de servir de la fuerza eléctrica a la Meteorología, a la Astronomía y a la Geodesia. Curiosísimo va a ser el departamento de aplicaciones de electricidad a las cosas de la casa, a las menudencias domésticas de alumbrado y de cocina, a ciertos objetos de arte, y a modos de

adorno. La mecánica en junto, las calderas, las máquinas de vapor, las de gas, los motores hidráulicos, y cuanta luz echan sobre ellos las investigaciones en la ciencia nueva, atraerán grandemente la atención en agrupación aparte. Y al fin, como índice y fuente, y como ejes de mayores vueltas de esta rueda de fuego que nos gira en la mente, cuanto va escrito sobre Ciencia Eléctrica, y sobre el modo de enseñarla, y tocarla en industria, y en beneficio práctico del hombre.

Los expositores nada pagarán por el local que ocupen sus inventos: la fuerza motriz que necesiten para hacer funcionar sus aparatos les costará sólo cincuenta céntimos por caballo y por hora. El primero de junio comienzan a recibir los objetos: el 15 de julio se cerrará la recepción. El primero de agosto se abrirá al público el nuevo Palacio de tantas maravillas.

La América, Nueva York, marzo de 1883.

HONORES A KARL MARX, QUE HA MUERTO*

[...]

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La

* José Martí: Obras completas, t. 9, pp. 388-389.

Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista entornece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoza ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas.

New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierva, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestión natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.

Aquí está un Lecovitch, hombre de diarios: vedlo cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakunin: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: “¡ida! ¡ida!” responden entusiasmados desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la reforma: mas no, ino son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador.

Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates. Aquí está el alemán John Most, voceador insistente y poco amable, y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra. Tanta gente ha ido a oírles hablar que rebosa en el salón, y da en la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tanto hombre, hay muchas mujeres. Repiten en coro con aplauso frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella: “La libertad ha caído en Francia muchas veces: pero se ha levantado más hermosa de cada caída”. John Most habla palabras fanáticas: “Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos”. Dice un Magure: “Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de lo que fue en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores reunidos de Francia y de Inglaterra.” Habla un bohemio. Leen carta de Henry George, famoso economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo, y aquí y en Inglaterra famoso. Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea, en tanto que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz.

La Nación, Buenos Aires, 13 y 16 de mayo 1883.

EDUCACIÓN CIENTÍFICA*

¿Cómo no hemos de ver con placer que aquello por que La América desde hace meses aboga, está siendo hoy confirmado por la calurosa discusión y especial atención de los más notables periódicos de Industria, Mecánica y Comercio de los Estados Unidos? Se han hecho dos campos: en el uno, maltrechos y poco numerosos, se atrincheran los hombres acomodados y tranquilos, seguros de goces nobles y plácidos, que les dan derecho de amar fervientemente el Griego y el Latín; en el otro, tumultuosos y ardientes limpian las armas los hombres nuevos, que están ahora en medio de la brega por la vida, y tropiezan por todas partes con los obstáculos que la educación vieja en un mundo nuevo acumula en su camino, y tiene hijos, y ven a lo que viene, y quieren libertar a los suyos de los azares de venir a trabajar en los talleres del siglo XIX con los útiles rudimentarios e imperfectos del siglo XVI.

De todas partes se eleva un clamor, no bien definido acaso, ni reducido a proposiciones concretas, pero ya alto, imponente y unánime; de todas partes se pide urgentemente la educación científica. No saben cómo ha de darse; pero todos convienen en que es imprescindible, e improrrogable, que se dé. No hallan remedio al mal todavía, pero ya todos saben donde reside el mal, y están buscando con vehemente diligencia el remedio.

Bradstreets, el más acreditado y sesudo periódico de Hacienda y Comercio que New York publica; Mechanics, el más leído por los que se dedican a las artes del hierro; The Iron Age, “La Edad de Hierro”, excelente revista de los intereses mecánicos y metalúrgicos de los Estados Unidos, abogan en este mes de agosto con vivísimo empeño porque se haga de manera que llegue a ser general, común, vulgar,

* José Martí: Obras completas, t. 8, pp. 277-278.

la educación técnica. El orador en una fiesta de Universidad, de esas muy animadas con que los colegios celebran en junio su apertura de cursos, dijo, con palabras que han recorrido entre aplausos toda la nación, algo semejante a esto: en vez de Homero, Haeckel; en vez de griego, alemán; en vez de artes metafísicas, artes físicas.

Y esta demanda es hoy como palabra de pase, y contraseña de la época, en todo diario bueno y notable revista. Se sabe un hecho, que basta a decidir la contienda: de cada cien criminales encerrados en las cárceles, noventa no han recibido educación práctica. Y es natural: la tierra, llena de goces, enciende el apetito. Y el que no ha aprendido en una época que sólo paga bien los conocimientos prácticos, artes prácticas que le produzcan lo necesario para satisfacer sus apetitos, en tiempos suntuosos fácilmente excitados,—o lucha heroica e infructuosamente, y muere triste, si es honrado; o se descorazona, y mata, si es débil, o busca modo de satisfacer sus deseos, si éstos son más fuertes que su concepto de virtud, en el fraude y en el crimen.

Mal pelean los reclutas novicios en las batallas contra los veteranos aguerridos: quien ha de batallar, ha de aprender muy de antemano, y con suma perfección, el ejercicio de las armas.

Se siente la necesidad, pero no se da aún con el remedio. Ya Inglaterra ha nombrado sus Comisionados Reales para el estudio de la educación técnica y ha establecido muy fructuosas escuelas científicas; pero que haya escuelas buenas donde se pueda ir a aprender ciencia, no es lo que ha de ser. Que se trueque de escolástico en científico el espíritu de la educación; que los cursos de enseñanza pública sean preparados y graduados de manera que desde la enseñanza primaria hasta la final y titular, la educación pública vaya desenvolviendo, sin merma de los elementos espirituales, todos aquellos que se requieren para la aplicación inmediata

de las fuerzas del hombre a las de la naturaleza.—Divorciar el hombre de la tierra, es un atentado monstruoso. Y éso es meramente escolástico: ese divorcio.—A las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres que viven en la Naturaleza, el conocimiento de la Naturaleza: ésas son sus alas.

Y el medio único de ponérselas es hacer de modo que el elemento científico sea como el hueso del sistema de educación pública.

Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública.—Que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la tierra.

Esto piden los hombres a voces:—¡armas para la batalla!

La América, Nueva York, septiembre de 1883.

EDUCACIÓN POPULAR*

I.—Instrucción no es lo mismo que educación: aquélla se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos. Sin embargo, no hay buena educación sin instrucción. Las cualidades morales suben de precio cuando están realzadas por las cualidades inteligentes.

II.—Educación popular no quiere decir exclusivamente educación de la clase pobre; sino que todas las clases de la nación, que es lo mismo que el pueblo, sean bien educadas. Así como no hay ninguna razón para que el rico se eduque, y el pobre no, ¿qué razón hay para que se eduque el pobre, y no el rico? Todos son iguales.

* José Martí: Obras completas, t. 19, pp. 375-376. Fragmento sin fecha (Nota del E.)

III.—El que sabe más, vale más. Saber es tener. La moneda se funde, y el saber no. Los bonos, o papel moneda, valen más, o menos, o nada: el saber siempre vale lo mismo, y siempre mucho. Un rico necesita de sus monedas para vivir, y pueden perdersele, y ya no tiene modos de vida. Un hombre instruido vive de su ciencia, y como la lleva en sí, no se le pierde, y su existencia es fácil y segura.

IV.—El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento, y en la dirección de los sentimientos. Un pueblo instruido ama el trabajo y sabe sacar provecho de él. Un pueblo virtuoso vivirá más feliz y más rico que otro lleno de vicios, y se defenderá mejor de todo ataque.

V.—Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.

VI.—A un pueblo ignorante puede engañársele con la superstición, y hacérsele servil. Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre. Un hombre ignorante está en camino de ser bestia, y un hombre instruido en la ciencia y en la conciencia, ya está en camino de ser Dios. No hay que dudar entre un pueblo de Dioses y un pueblo de bestias. El mejor modo de defender nuestros derechos, es conocerlos bien; así se tiene fe y fuerza: toda nación será infeliz en tanto que no eduque a todos sus hijos. Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres.—La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud. Tan repugnante es un pueblo que es esclavo de hombres de otro pueblo, como esclavo de hombres de sí mismo.

A APRENDER EN LAS HACIENDAS*

Nuestras tierras feracísimas, ricas en todo género de cultivos, dan poco fruto y menos de lo que debían por los sistemas rutinarios y añejos de arar, sembrar y recoger que aún privan en nuestros países y por el uso de instrumentos ruines.

Surge de ésto una necesidad inmediata: hay que introducir en nuestras tierras los instrumentos nuevos; hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos.

¿Qué valla quedará en pie, qué competencia no será vencida, qué rivales mantendrán sus fueros cuando los instrumentos modernos, y las mejores prácticas ya en curso, fecunden las comarcas americanas? Buenos Aires sabe de esto, Buenos Aires que está sacando cada mes de estos puertos cuatro o seis buques cargados de instrumentos de agricultura.

Mas ni todos nuestros pueblos gozan de la misma próspera condición que el de la Plata, ni en todos es posible la introducción cuantiosa de los nuevos y, por el tiempo y labor que ahorran, generosos aperos de labrar; ni la mera introducción de ellos en tierras no preparadas para recibirlos y hacerlos útiles, basta a cambiar como por magia, el estado rudimentario de nuestros cultivos.

Ni se tienen en todas partes los capitales importantes que la compra de nuevos aprestos de cultivo necesitan; ni es suficiente que se entren por las tierras los instrumentos si no entra con ellos quien los maneje y acondicione el suelo para aprovecharlos; ni aun con los especiales halagos que las Exposiciones brindan, se atreven siempre los fabricantes

* José Martí: Obras completas, t. 8, pp. 275-277.

de ellos a enviar sus productos a pueblos donde temen que la venta no compense los costos del envío.

Si los instrumentos no van, pues, es preciso venir a buscarlos.

Pero ya lo dijimos: aun cuando los instrumentos vayan, no van con ellos las nuevas prácticas agrícolas que los hacen fecundos. Ésto no se aprende o se aprende mal, en libros. Ésto no puede exhibirse en las Exposiciones. Ésto, sólo en parte, y con grandísimo dispendio, podría enseñarse en las Escuelas de Agricultura. Hay que venir a aprender ésto donde está en pleno ejercicio y curso práctico. Se manda—locamente acaso—a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra, a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que,—en el conflicto de la civilización infantil, pero delicada que viene con ellos,—y la civilización viril, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera,—salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíuticos, descoloridos, deformes y enfermos.

Pues así como se manda a los niños de Hispanoamérica a aprender lo que en sus tierras, por elementales que sean, aprenderían mejor, con riesgo de perder aquel aroma de la tierra propia que da perpetuo encanto y natural y saludable atmósfera a la vida; así como se sirve en oficinas de comercio, a adquirir tras largos años un puñado de prácticas vulgares que caben en una cáscara de nuez, y que se aprenden de igual modo en la casa propia, sin perder lo que se pierde, siempre en la ajena, así sin tanto riesgo y con mayor provecho, deben enviar los Gobiernos a agricultores ya entendidos; y los padres, a los hijos, a quienes quieran

hacer beneficio verdadero con enseñarles en el cultivo de la tierra la única fuente absolutamente honrada de riqueza; y los hacendados, a hombres capaces de llevar luego a sus haciendas las mejoras que en las de acá vean, a estudiar la agricultura nueva en los cultivos prósperos, a vivir durante la época de una a varias cosechas en las haciendas donde se siguen los sistemas recientes, a adquirir en todos sus detalles, sin lo que no es fructífero, el conocimiento personal y directo de las ventajas de los métodos e instrumentos modernos.

Urge cultivar nuestras tierras del modo que cultivan las suyas nuestros rivales.

Estos modos de cultivo no viajan.

Hay que venir a aprenderlos, puesto el ancho sombrero y la blusa holgada del labrador, al pie de las labranzas.

Es acaso el único medio fácil, fecundo y perfecto de importar en nuestros países las nuevas prácticas agrícolas.

Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria, en lo que se hace bien: mándense, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas.

La América, Nueva York, agosto de 1883.

LA FUTURA ESCLAVITUD*

Tendencia al socialismo de los gobiernos actuales.—La acción excesiva del Estado.—Habitaciones para los pobres.—La nacionalización de la tierra.—El funcionarismo

La Futura Esclavitud se llama este tratado de Herbert Spencer. Esa futura esclavitud, que a manera de ciudadano griego que contaba para poco con la gente baja, estudia Spencer,

* José Martí: Obras completas, t. 15, pp. 388-392.

es el socialismo. Todavía se conserva empinada y como en ropas de lord la literatura inglesa; y este desdén y señorío, que le dan originalidad y carácter, la privan, en cambio, de aquella más deseable influencia universal a que por la profundidad de su pensamiento y melodiosa forma tuviera derecho. Quien no comulga en el altar de los hombres, es justamente desconocido por ellos.

¿Cómo vendrá a ser el socialismo, ni cómo éste ha de ser una nueva esclavitud? Juzga Spencer como victorias crecientes de la idea socialista, y concesiones débiles de los buscadores de popularidad, esa nobilísima tendencia, precisamente para hacer innecesario el socialismo, nacida de todos los pensadores generosos que ven como el justo descontento de las clases llanas les lleva a desear mejoras radicales y violentas, y no hallan más modo natural de curar el daño de raíz que quitar motivo al descontento. Pero ésto ha de hacerse de manera que no se trueque el alivio de los pobres en fomento de los holgazanes; y a ésto sí hay que encaminar las leyes que tratan del alivio, y no a dejar a la gente humilde con todas sus razones de revuelta.

So pretexto de socorrer a los pobres—dice Spencer,—sácense tantos tributos, que se convierte en pobres a los que no lo son. La ley que estableció el socorro de los pobres por parroquias hizo mayor el número de pobres. La ley que creó cierta prima a las madres de hijos ilegítimos, fue causa de que los hombres prefiriesen para esposas estas mujeres a las jóvenes honestas, porque aquéllas les traían la prima en dote. Si los pobres se habitúan a pedirlo todo al Estado, cesarán a poco de hacer esfuerzo alguno por su subsistencia, a menos que no se los allane proporcionándoles labores el Estado. Ya se auxilia a los pobres en mil formas. Ahora se quiere que el gobierno les construya edificios. Se pide que así como el gobierno posee el telégrafo y el correo, posea los ferrocarriles. El día en que el Estado se haga constructor, cree Spencer que, como que los edificadores sacarán

menos provecho de las casas, no fabricarán, y vendrá a ser el fabricante único el Estado; el cual argumento, aunque viene de arguyente formidable, no se tiene bien sobre sus pies. Y el día en que se convierta el Estado en dueño de los ferrocarriles, usurpará todas las industrias relacionadas con estos, y se entrará a rivalizar con toda la muchedumbre diversa de industriales; el cual raciocinio, no menos que el otro, tambalea, porque las empresas de ferrocarriles son pocas y muy contadas, que por sí mismas elaboran los materiales que usan. Y todas esas intervenciones del Estado las juzga Herbert Spencer como causadas por la marea que sube, e impuestas por la gèntualla que las pide, como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres casa limpia, que sana a la par el cuerpo y la mente, no hubiera nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares; y como si esa otra tentativa de dar los ferrocarriles al Estado no tuviera, con varios inconvenientes, altos fines moralizadores; tales como el de ir dando de baja los juegos corruptores de la bolsa, y no fuese alimentada en diversos países, a un mismo tiempo, entre gentes que no andan por cierto en tabernas ni tugúrios.

Teme Spencer, no sin fundamento, que al llegar a ser tan varia, activa y dominante la acción del Estado, habría éste de imponer considerables cargas a la parte de la nación trabajadora en provecho de la parte páupera. Y es verdad que si llegare la benevolencia a tal punto que los páuperos no necesitasen trabajar para vivir—a lo cual jamás podrán llegar,—se iría debilitando la acción individual, y gravando la condición de los tenedores de alguna riqueza, sin bastar por eso a acallar las necesidades y apetitos de los que no la tienen. Teme además el cúmulo de leyes adicionales, y cada vez más extensas, que la regulación de las leyes anteriores de páuperos causa; pero ésto viene de que se quieren legislar las formas del mal, y curarlo en sus manifestaciones; cuando en lo que hay que curarlo es en su base, la cual

está en el enlodamiento, agusanamiento y podredumbre en que viven las gentes bajas de las grandes poblaciones, y de cuya miseria—con costo que no alejaría por cierto del mercado a constructores de casas de más rico estilo, y sin los riesgos que Spencer exagera—pueden sin duda ayudar mucho a sacarles las casas limpias, artísticas, luminosas y aireadas que con razón se trata de dar a los trabajadores, por cuanto el espíritu humano tiene tendencia natural a la bondad y a la cultura, y en presencia de lo alto, se alza, y en la de lo limpio, se limpia. A más que, con dar casas baratas a los pobres, trátase sólo de darles habitaciones buenas por el mismo precio que hoy pagan por infectas casucas.

Puesto sobre estas bases fijas, a que dan en la política inglesa cierta mayor solidez las demandas exageradas de los radicales y de la Federación Democrática, construye Spencer el edificio venidero, de veras tenebroso, y semejante al de los peruanos antes de la conquista y al de la Galia cuando la decadencia de Roma, en cuyas épocas todo lo recibía el ciudadano del Estado, en compensación del trabajo que para el Estado hacía el ciudadano.

Henry George anda predicando la justicia de que la tierra pase a ser propiedad de la nación; y la Federación Democrática anhela la formación de “ejércitos industriales y agrícolas conducidos por el Estado”. Gravando con más cargas, para atender a las nuevas demandas, las tierras de poco rendimiento, vendrá a ser nulo el de éstas, y a tener menos frutos la nación, a quien en definitiva todo viene de la tierra, y a necesitarse que el Estado organice el cultivo forzoso. Semejantes empresas aumentarían de terrible manera la cantidad de empleados públicos, ya excesiva. Con cada nueva función, vendría una casta nueva de funcionarios. Ya en Inglaterra, como en casi todas partes, se gusta demasiado de ocupar puestos públicos, tenidos como más distinguidos que cualesquiera otros, y en los cuales se logra remuneración amplia y cierta por un trabajo relativamen-

te escaso; con lo cual claro está que el nervio nacional se pierde. ¡Mal va un pueblo de gente oficinista!

Todo el poder que iría adquiriendo la casta de funcionarios, ligados por la necesidad de mantenerse en una ocupación privilegiada y pingüe, lo iría perdiendo el pueblo, que no tiene las mismas razones de complicidad en esperanzas y provechos, para hacer frente a los funcionarios enlazados por intereses comunes. Como todas las necesidades públicas vendrían a ser satisfechas por el Estado, adquirirían los funcionarios entonces la influencia enorme que naturalmente viene a los que distribuyen algún derecho o beneficio. El hombre que quiere ahora que el Estado cuide de él para no tener que cuidar él de sí, tendría que trabajar entonces en la medida, por el tiempo y en la labor que pluguiese al Estado asignarle, puesto que a éste, sobre quien caerían todos los deberes, se darían naturalmente todas las facultades necesarias para recabar los medios de cumplir aquellos. De ser siervo de sí mismo, pasaría el hombre a ser siervo del Estado. De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios. Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él; y en ese sistema socialista dominaría la comunidad al hombre, que a la comunidad entregaría todo su trabajo. Y como los funcionarios son seres humanos, y por tanto abusadores, soberbios y ambiciosos, y en esa organización tendrían gran poder, apoyados por todos los que aprovecharían o esperasen aprovechar de los abusos, y por aquellas fuerzas viles que siempre compra entre los oprimidos el terror, prestigio o habilidad de los que mandan, este sistema de distribución oficial del trabajo común llegaría a sufrir en poco tiempo de los quebrantos, violencias, hurtos y tergiversaciones que el espíritu de individualidad, la autoridad y osadía del genio, y las astucias del vicio originan pronta y fatalmente en toda organización humana. “De mala humanidad—dice

Spencer—no pueden hacerse buenas instituciones.” La miseria pública será, pues, con semejante socialismo a que todo parece tender en Inglaterra, palpable y grande. El funcionarismo autocrático abusará de la plebe cansada y trabajadora. Lamentable será, y general, la servidumbre.

Y en todo este estudio apunta Herbert Spencer las consecuencias posibles de la acumulación de funciones en el Estado, que vendrían a dar en esa dolorosa y menguada esclavitud; pero no señala con igual energía, al echar en cara a los páuperos su abandono e ignominia, los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas.

Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra.

La América, Nueva York, abril de 1884

MAESTROS AMBULANTES*

“¿Pero cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de La América, del año pasado que tengo a la vista?”—Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

* José Martí: Obras completas, t. 8, pp. 288-292.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partírselos con los demás, y sólo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera,—insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejerci-

cio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en éstas se encuentra sabor.—Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: “¡Hasta verte, Cristo mío!” ¡Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos

mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar su trabajo para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del África, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras días tras días de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob: ¡qué hermosas poesías tiene la Biblia! Si acurrucado en una cumbre se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie,

como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturdidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Éso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesen llegar, de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre, de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarle lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y esta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés;—que quien intente mejorar al hombre no ha de

prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruida que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen éstas y demostraran aquéllos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

La América, Nueva York, mayo de 1884.

LIBRO NUEVO Y CURIOSO*

“Registro de las facultades de la familia”.—Caracteres transmisibles.—La ley de heredación.—Vanidad de la nobleza

Se intenta en estos tiempos lo que parece posible conseguir: la reducción del hombre, con todas sus facultades espirituales y agencias físicas, a un ente regular científico; la predicción exacta de lo futuro por el conocimiento exacto de lo pasado; la previsión de las acciones humanas, como se prevén ya las tormentas y el curso de los astros; la supresión de lo maravilloso y extrarregular en la existencia; la reducción a leyes fijas de los movimientos humanos.

La filosofía materialista, que no es más que la vehemente expresión del amor humano a la verdad, y un levantamiento saludable del espíritu de análisis contra la pretensión y soberbia de los que pretenden dar leyes sobre un sujeto cuyo fundamento desconocen; la filosofía materialista, al extremar sus sistemas, viene a establecer la indispensabilidad de estudiar las leyes del espíritu. De negar el espíritu—la cual negación fue provocada en estos tiempos, como ha sido en todos, por la afirmación del espíritu excesiva,—viene a parar en descubrir que el espíritu está sujeto a leyes y se mueve por ellas, aceleradas o detenidas en su cumplimiento por las causas mecánicas y circunstancias rodeantes que influyen en la existencia y suelen ser tan poderosas que la tuercen o determinan.

No hay contradicción entre reconocer las leyes generales que se deducen de la observación de los actos de los hombres, y la hermosa majestad, originalidad fructífera y fuerza propia y personal que hace interesante, novadora y sorprendente la persona humana.

Observando a los hombres, se ve que no es cada uno una entidad definitivamente aislada y con un carácter exclusivo, que venga a ser una combinación original de los elementos humanos comunes; sino un tipo de una de las varias especies en que los hombres se dividen, según exista en ellos domi-

* José Martí: Obras completas, t. 15, pp. 395-398.

nante el amor de sí, o no exista, o coexista con el amor a los demás, y según, de los accidentes usuales que influyen en los hombres, les haya tocado vivir entre algunos determinados que en personas de cierta manera constituidas han de producir una conocida impresión cierta.

La gran división que pone de un lado a unos seres humanos, y conserva a otros, como ornamentos, de otro lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio y el pequeño grupo de seres que dependen directamente de ellos, egoístas estos últimos en grado menor y con circunstancia atenuante; y aquéllos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.

Y siendo una en todos los hombres la naturaleza humana, y uno siempre en torno de ellos el resto de la naturaleza en que el hombre influye, y que influye en él, unos han de ser los actos humanos cada vez que el mismo grupo de datos, el mismo estado nacional, la misma penuria económica, la misma irregularidad política, la misma concurrencia en el espíritu de elementos semejantes se presenten.

Los arrebatos mismos de magnífica genialidad con que esa especie de hombres acumulados a quienes se llama grandes hombres rompen en los momentos supremos de angustia, por entre los más duros obstáculos, y ponen de un solo golpe a mucha mayor distancia en el camino de la altura la bandera humana, son también una ley del espíritu; que jamás, cuando hay condiciones generales que hagan posible y necesaria la intervención del grande hombre, deja de levantarse debajo de algún pecho a su natural eminencia el espíritu humano.

La vida espiritual es una ciencia, como la vida física. Esta época nuestra es grande, no por lo que ha aprendido, sino porque ha descubierto lo que se tiene que aprender. En cuanto el hombre, nacido en 1793, aunque venía ya encinta desde tres siglos antes, comenzó a entender la libertad y a

ejercitarla, comenzó a ser luminoso. Ha tomado con mano segura la razón, y la está paseando, absorto y jubiloso, ante las bellezas que descubre, por las profundidades de sí mismo.

Esas líneas que van delante las hemos escrito pensando en el título de un libro nuevo, inglés, que acaba de reimprimir un editor norteamericano. El autor del libro cree demasiado en aquello en que hay que creer bastante: en la heredación de las cualidades de familia. “Dadme —dice— tres generaciones de parientes, y os daré todas las cualidades de su descendiente.”

Esta teoría es errónea, puesto que se ven surgir, sin transición ni antecedencia, sin progresión ni acumulación visible, de vientres bastos como una cueva de troglodita, espíritus lucientes como un diamante, acabados como una empuñadura florentina, blandos y calurosos como una boca que el amor enciende. Quedan en el espíritu del hombre las huellas del carácter de sus padres; pero, ¿quedan porque las traiga del germen paterno o las entrañas maternas, desde antes de salir a la vida, o porque los adquiera en el íntimo roce con sus padres después de haber nacido? ¿Y las muestras constantes de carácter enteramente original, y ruda y hurañamente desligado de toda virtud paterna? ¿Y las muestras sublimes de poderosísimo amor y bríos heroicos, nacidas de antegenitores notoriamente groseros de uno y otro lado, y padres egoístas? ¿Y todos esos ejemplos, más numerosos que las angustias de un hombre virtuoso en la vida diaria, de criaturas dotadas de cualidades excelsas opuestas a las ruines de sus padres, como si fueran indignaciones vivas de la naturaleza y enseñanza de que las criaturas no engendran sus semejantes, sino sus opuestos? Las cualidades de los padres quedan en el espíritu de los hijos, como quedan los dedos del niño en las alas de la fugitiva mariposa.

Francis Salten quiere que su libro sea una especie de prontuario de profecías, merced al cual, dados los caracteres

de nuestros abuelos y los nuestros propios, podemos predecir cómo serán nuestros hijos. ¡Y nosotros, que vemos a los nuestros oscilar a nuestros ojos como la superficie del mar a diversos vientos, según sea amorosa u odiadora la persona que va ejerciendo en ellos dominante influencia! “Para los que deseen conocer de antemano las facultades mentales y corporales de sus hijos, y contribuir al adelanto de la ciencia de la heredación”, está dispuesto el Registro de las facultades de la familia, de modo que puedan escribirse en el libro la descripción y actos de los quince antecesores directos que constituyen las tres generaciones que inmediatamente preceden a una familia de hijos. Hay espacio también para descripciones de los hermanos y hermanas de estos antecesores, y de otros parientes más lejanos cuyo influjo pueda haberse hecho sentir en su descendencia. Describense en el Registro, en las casillas correspondientes, el modo de vida de cada persona, en cuanto pudo afectar el desarrollo o la salud; sus aptitudes mentales y morales, y su energía, y el grado en que las tuvo, y si fue mayor o menor que el grado en que se tienen comúnmente; sus padecimientos menores y enfermedades graves; la causa y fecha de la muerte y edad en que vino a morir. Y con todos esos datos, cree Salten que se podrá predecir cómo serán los hijos; de lo cual no importa tener conocimiento previo para saber que serán de este modo o aquél, sino para dirigir su educación conforme a las cualidades que en ellos existan, o a las virtudes de que carezcan; con lo que viene la filosofía materialista a reconocer que el espíritu viene a la tierra con carácter marcado prehecho, y a aceptar en una de sus formas la verdad de la preexistencia, que arguye la necesidad y racionalidad de postexistir.

Tiene el autor del Registro de las facultades de la familia tal opinión de la conveniencia de estudiar los caracteres de los antecesores, como medio de conocer y guiar el de nuestros descendientes, que a los ingleses que antes de determinado día le entreguen los mejores extractos de los

caracteres de sus familias propias, ofrece un regalo de 500 libras esterlinas. Y entre otras cosas buenas, dice una el libro, para castigo de las gentes que en Europa y América andan fabricándose ascendencias de conquistadores; como si un soldado humilde y pobre, que ha engendrado y criado a un hijo bueno, no fuera igual, o superior, por la virtud de ese último mérito difícil y excelencia del resultado, al descendiente de mejor casa que en condiciones naturales y holgadas, y sin sacrificio ni trabajo, logra educar bien a su hijo. Dice esto el libro, a propósito de los que se enorgullecen en Inglaterra de su abolengo noble: “¿No ha de ser pueril pretender que hay alguna virtud especial en descender de alguno de los conquistadores normandos, si, dado el caso de que no hayan venido celebrando matrimonios entre su propia parentela, enseña la ciencia de la heredación que sólo tiene cada conquistador normando una parte en dieciséis millares de partes en la producción de un hombre de estos tiempos?”

De manera que no es irracional suponer que con el germen de vida el padre transmite al hijo sus cualidades primitivas y esenciales; ni es cuerdo exagerar esta doctrina hasta afirmar que con el germen se transmiten, no sólo las sutiles esencias y peculiaridades del espíritu, sino todas aquellas meras accidencias que van amoldándolo en su vida por la tierra como los dedos del escultor el yeso blando, y llegan por lo común, si no dan con un individuo prominente, a ofuscar y oscurecer con las preocupaciones adquiridas y cóleras y simpatías de contagio, el vigor y la originalidad del espíritu nativo. La individualidad es el distintivo del hombre. Se pueden conocer las leyes de la vida, como se conocen las de los astros, sin poder por eso ni añadir ni quitarles luz, ni torcerlos de su curso.

La América, Nueva York, mayo de 1884.

INAUGURACIÓN DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS*

Cleveland.—Sucesos varios y desatendidos: huelga de los empleados de ferrocarriles.—La estatua de la Libertad.—Grant moribundo.—La guerra en Centroamérica.—La nueva administración y los empleados.—Escenas en Washington antes de la inauguración.—La mañana del 4 de Marzo.—Ceremonias y fiestas.—Arthur y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio.—El Senado y el juramento del Vicepresidente.—El discurso inaugural de Cleveland.—La majestuosa escena.—“¡Conciudadanos!”—Como fue dicho y oído el discurso.—Líneas generales de la política de Cleveland.—La procesión enorme.—El Sur abrazado en las calles con el Norte.—Ovación a las tropas confederadas.—El gran baile de inauguración.—Los confederados en el Gabinete.—El nuevo Gabinete y su política.—Bocetos de los nuevos Secretarios.—Bayard, de Estado; L'Amar, de lo Interior; Garland, de Justicia; Vilas, Whitney y Endicott.—Cómo nombró Cleveland su Gabinete.—Nueva política de los Estados Unidos en la América española.

Nueva York, Marzo 13 de 1885

Señor Director de La Nación

Un acontecimiento ha de llenar esta correspondencia, como ha llenado al país desde un mes hace, sin que aún hoy le deje espacio para ocuparse de otro asunto: la inauguración del Presidente Cleveland. Ya está sentado en su mesa de trabajo, del alba de un día a la madrugada del otro, el hombre cuerdo y entero que hace cinco años era por completo

* José Martí: Obras completas, t. 10, pp. 165-180.

desconocido en la política americana; un abogado honrado era, sin miedo a hablar la verdad, y sin paces con pícaros, por lo que lo hicieron mayor de su ciudad de Buffalo; fue mayor íntegro, sin sumisión en los intereses bajos y personales de su propio partido. ni a los de las corporaciones que viven del favor del Gobierno, y lo hicieron gobernador del Estado de Nueva York; fue gobernador tan imparcial que, gobernando con su partido, se captó la voluntad del partido hostil,—y lo hicieron Presidente. De Presidente, ya ha comenzado a hacer lo que. como gobernador y como mayor. Basta que le pidan un empleo, para que no lo dé al que lo pide. Apenas sabe que en las oficinas públicas sobra un empleado, que cobra una paga que no gana, lo cercena. Le preguntan, contra lo que piensa la mayoría de su partido, si convendrá al país que el Gobierno siga imponiendo la circulación, con valor de diez centavos, de los pesos de a ochenta y dos, y él, sin temor a la opinión de la mayoría, responde que el Gobierno tiene antes que nadie el deber de ser honrado, y que la moneda pública debe tener un valor real.

Como ha venido al más alto puesto de la nación por su imparcialidad e independencia, en ellas se mantiene, no con alarde excesivo de virtud, que ofendería a los que no la poseen, y aun a los que la poseen parecería de mal tono, por cuanto hasta en el ejercicio de la virtud se debe ser cauto y artista; sino como quien cumple una función natural, con tan sencilla determinación y tan claras razones que desarma aun a los más enconados enemigos. Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo. Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa La admirable aristocracia que consumó la independencia estuvo gobernando desde ella hasta la guerra de separación, los

Estados Unidos; los representantes del estado de guerra, ya en principios, como Lincoln, ya en armas, como Grant, ya en agios o combinaciones políticas, gobernaron por derecho y consecuencias naturales la nación que habían organizado; hasta que, vuelto a sí en un momento de crisis el país que se había abandonado a los que le defendieron bien ha veinte años, vio que a poco más lo sacaban del mando de sí mismo; y en la persona de Cleveland, regular e incontrastable como una fuerza, ha recobrado su propio gobierno. No ofrece la política moderna fenómeno ni persona más interesantes que los que en carta inmediata estudia, para La Nación, la pluma que pergeña ahora ésta. En Cleveland están fundidos el espíritu neinglés, adusto y neto, y el del neoamericano, que ni teme ni ceja.

De cabo a cabo están llenos de Washington los diarios de los Estados Unidos. Y suceden, sin embargo, muchas cosas interesantes:—los empleados de los ferrocarriles del Oeste, en formidable revuelta, capitaneada con tino, se niegan a servir a los ferrocarriles en las condiciones que éstos les imponen: y hay un Congreso de los directores de las vías, y otro de representantes de los empleados, y truecan términos, y debaten un contrato de avenimiento, y los ferrocarriles no andan hasta que las compañías cedan a las peticiones de sus trabajadores, lo que hace pensar inevitablemente en cuánto es cierto lo dicho en estas cartas numerosas veces: que acá se van agrupando los dos bandos de la gran batalla venidera, y que acá se ha de resolver, antes de que fine el siglo, la cuestión industrial, acaso ¡oh, maravilla! sin guerra.

El general Grant, con un cáncer en la garganta, escribe sus últimas memorias, y expira. Revuélvese inútilmente con las manos tendidas, la comisión encargada de recoger fondos para acabar el pedestal de la estatua de la Libertad, que ya se embarca en Francia generosa, en un buque de la nación, y que aún aquí no tiene pie. Sentencian en Washington por

falsario, y disfrutador de forrajes para más caballos de los que tenía, al rico general Swain, que ayudó a morir a Garfield y fue su íntimo amigo. Surgen, como por ensalmo, en los teatros, en los circos, en las iglesias mismas, salas de patinar con ruedas; y con celo de las compañías teatrales, alarma de las madres y escándalo del púlpito, no hay niño, ni damisela que de siete a diez de la noche no se deje llevar por las ruedas amables, de lo que muchos amoríos se enzarzan, y muchos niños, estragados, mueren. Se desata, ya mal contenida en muros flojos, la guerra en Centroamérica, que Barrios quiere entre para sí, contra el Salvador, que pide auxilio a México con éxito; contra Costa Rica, cuyo Presidente ha fallecido hoy de muerte súbita; contra Nicaragua, que por un plato de lentejas quería vender a este país su primogenitura; contra Honduras misma, que sólo en fuerza de su pequeñez va a la zaga de Barrios; mas conserva en su seno nobles rebeldes que no estarán, apenas lo puedan, del lado de esta bárbara persona, mantenida en el poder más por la corrupción de sus conciudadanos que por cualidad alguna suya. Sabe Barrios que los hombres son viles, y se venden, y los paga; y ellos, por tener puesto asegurado, y por vivir en lujos, o por miedo, le sirven; y con sus ideas íah, prostitutas! cubren los atentados brutales de su dueño: ¡estatuas de fango!—Pues decíamos que ni este suceso, que por de contado destruye toda posibilidad de que el proyecto de canal con Nicaragua sea aprobado, basta a sacar los ojos de la gente del escritorio de Cleveland, que sin más que dos criados a la puerta de la Casa Blanca, recibe afablemente a los que le quieren ver, con tal que no sea en busca de empleos; que ya la caterva hambrienta de solicitantes sabe que si bien, como es de ley, una administración democrática necesita para realizar sus fines, agentes democráticos en los puestos de iniciativa y representación nacional, ésto no arguye que los empleados menores que cumplen bien con su deber, sean removidos,

en mero provecho de los peticionarios democráticos, por el pecado de ser republicanos. Y a cada peticionario, aunque cuando venga, como suelen, provisto de cartas y recomendaciones de gente de viso, lo envía, como un pedidor común al Jefe del Departamento en que solicita empleo: sólo que los nuevos Secretarios, más que a cambiar de empleados, se muestran dispuestos a destituir a todos los que no tienen oficio real, de cuya clase de parásitos remunerados así por turbios servicios políticos, estaba poblado el árbol gubernamental en tiempo de los republicanos Cuarenta empleados de una vez ha suprimido el Secretario de Hacienda; el coronel Lamont, personaje silencioso y astuto, que hace de Secretario particular de Cleveland, y es como él honrado hasta el hueso, ha reducido a la mitad el número de servidores de la Casa Blanca. Seis porteros había, y hay dos. Un caballero había empleado en recortar de los periódicos, y conservar en grandes volúmenes, los elogios a la Administración; y han quedado sin oficio las tijeras del buen caballero. Unos invasores de tierras indias tenían muy cercado a Cleveland, en la esperanza de que, como que los republicanos les vedaron ocupar un territorio reservado a los indios por tratado, la administración democrática, por serlo, volvería contra la decisión republicana; pero a ésto Cleveland responde confirmando, con un énfasis que ha confundido a los rufianes, la necesidad humana y política de respetar la tierra propia de los indios vencidos. Se habla a menudo, cuando se quiere dar idea de gran destrozo, de un torete en una tienda de porcelana:—gárboso, y pujante y sobrancero en bríos, aquí ensarta, allá vuelca; todo lo echa por tierra el torete:—pues ésto parece que será aquí dentro de poco la caterva de agiotistas y mendicantes políticos: porcelana rota.

Ya está, sí, Cleveland, como un llano caballero, sentado, después de almorzar, a las ocho y media de cada mañana,

en su mesa de trabajo. Su inauguración fue un júbilo. Su discurso inaugural, ingenuo y sensato, con sabor de cosa nueva, como aquellas intrépidas manifestaciones de los fundadores de la República, que trajeron el hombre al gobierno, y con él el calor y hermosura de la naturaleza. La procesión y el baile con que celebró el suceso Washington, enormes. El Gabinete nuevo, invulnerable.

Jamás monarquía alguna celebró fiesta de reyes con más brillo. Imagínese: en la ciudad donde Washington en mármol ofrece su espada desnuda a la Casa de las leyes, el sol radiante, en un día azul de invierno, sobre trescientos mil hombres, dueños de sí mismos.

Desde el día 3, la ciudad toda era gente. Cuanto demócrata tuvo bolsa y tiempo, fue a ver la entrada en el Gobierno del Presidente demócrata.

Todo el Sur, vuelto por primera vez al mando y a la discusión leal de sus destinos con el triunfo de Cleveland, se vació sobre Washington. En las calles donde hace veinte años era castigado como felón el negro que portaba armas, ahora, con sus vestidos viejos de guerrear, y con mosquetes y banderas, alegraban la noche los soldados negros, y cuando hallaban a su paso a un anciano de elevada estatura, privado de una pierna, de gran barba blanca, que le caía, como un testimonio de nobleza, sobre el pecho de su uniforme de confederado, los negros vitoreaban al que fue su enemigo, y a la sombra de la bandera desplegada de la Unión, que abrazaba el anciano, celebraban, ante la multitud que se descubría la cabeza, el olvido de aquél mal entendimiento de ha veinte años, de cuyos resultados se enorgullecen hoy tanto los que pretendieron evitarlo como los que lo defendieron. ¿No están hoy, sin escándalo de nadie, sino con aplauso público, Lamar y Garland, dos confederados ardientes e ilustres, en el Gabinete de Cleveland,—Garland, que fue diputado al Congreso de la Confederación,—Lamar que mandó sus

tropas y fue a Rusia a abogar por ella? En esos reconocimientos, músicas y preparativos, pasó la ciudad de Washington la noche. Todas las ventanas estaban encendidas. En las aceras, la gente acurrucada. En los teatros y las iglesias, ocupados todos los asientos, como en función. Un tren cada minuto. Al paso de los forasteros salía una “Comisión de Comodidad”, encargada de hallarles alojamiento y comida a precio ínfimo. Las compañías de milicia, las diputaciones de asociaciones democráticas, las avalanchas de habitantes de las comarcas vecinas, derramábanse a toda hora de la noche por las anchas calles, todas más ganosas de ver el alba que de sueño. Ya Cleveland, que a la callada había salido de Albany, a la callada había llegado a Washington; y cuando salió el sol, salió sobre este espectáculo:—en los momentos en que volvía al poder un partido privado de él por veinte años, y salía de él otro partido acostumbrado a mirarlo como cosa suya, y era puesto en el gobierno de la nación el bando del Sur que luchó temerariamente por dividirla,—ni un soldado había en la casa del Presidente que cesaba, ni un soldado en el hotel en que se alojó el Presidente nuevo.

¿A qué hablar del número inmenso de gente militar que desde por la mañanita buscaba su sitio en la procesión, a no ser para decir que no eran los del Gobierno, ni pagados en modo alguno por él sino gente voluntaria, venida de los Estados a dar brillo a la fiesta, y cada una de las cuales, ya de su bolsa, ya de la de sus asociaciones políticas, se pagó sus propios gastos? ¿A qué pintar el apretarse de las gentes en las aceras de la avenida por donde debían pasar los Presidentes; los tablados, de seis pisos algunos, levantados sobre sus cabezas y desde las diez henchidos de espectadores: las ventanas, acariciadas por el sol, repletas de gente; los árboles, cargados de fruta humana, y las lámparas, y los postes de telégrafo, y los techos? Músicas, cuchicheos, el sol en las banderas, en los penachos y en los cascos; edecanes

cercando el paso a los carruajes; pequenuelos pacíficamente sentados en el brazo de mármol de Colón, sobre la cabeza iracunda de la Guerra, a los pies de la estatua de Washington. Ya vienen, en su carruaje tirado por cuatro caballos, frente a un senador del Norte y otro del Sur, los Presidentes Arthur y Cleveland. Los vitorean, pero más con cariño que con estruendo; Arthur que ama el poder, le deja con pena profunda, que no se le nota, sin embargo, en el disciplinado rostro. Cleveland viene sereno, regocijado de verse querido, y visiblemente contento de sí; mas sin aquel exceso de cortesanía con que los hombres ambiciosos semejan acatar al pueblo de quien anhelan constantes honores.

Al Capitolio llegan, donde la Casa, en sesión tumultuosa, acaba de cerrar sus sesiones aprobando la ley que coloca a Grant con sueldo de General en Jefe en la lista de retiro; donde el Senado presenta a Arthur la ley, que él firma con júbilo. Solemne está el Senado. Le entra la luz por altos cristales de colores. Cabezas calvas de barbas luengas se destacan como cabezas sacerdotales, de detrás de los escritorios de pulida caoba. En sus sillones de cuero están sentados los jueces de la Suprema Corte, cuyas togas de seda negra caen en pliegues sobre la alfombra verde. Damas y caballeros de pro llenan los asientos todos de la sala. Entra Arthur entre los dos senadores y resuena un aplauso nutrido. Entra de los mismos senadores acompañado, Cleveland: al redoblado aplauso, el rostro se le enrojece, saluda a un lado y otro, y sonríe.

De manos de Edmunds, de barba blanca y larga, toma juramento como vicepresidente de la República y Presidente del Senado el venerable Hendricks, a quien lo fino de la inteligencia ha ennoblecido y aguzado el rostro; sobre la nariz agüileña se levanta la frente cuadrada: sus dos ojos penetran; los labios delgados y apretados enseñan firmeza. Ya está el Vicepresidente en su puesto. Ya afuera se ha ido llenando

el tablado levantado a la intemperie en el pórtico del este del Capitolio, siguiendo el uso de Washington, que al aire libre prestó la primera vez su juramento. De diplomáticos, de senadores atildados, de diputados menos cultos, de los jueces de la Suprema Corte está ya lleno el tablado. ¡Qué hurra, cuando aparecen ante la muchedumbre de la plaza, Arthur y Cleveland!

Conversan un instante: renuévase el vocerío; pónese en pie Cleveland de súbito, y alzando la mano derecha, en que en una tarjeta lleva apuntadas las palabras iniciales de los párrafos de su discurso, dice, con penetrante voz juvenil y halagadora: “¡Conciudadanos!” Y el magistral discurso empieza. Lo sabe de memoria, como todos los suyos, y lo recita.

La cabeza echa atrás, como quien es honrado, y no lo teme. Su grata voz corrige el imperio de este gesto. La mano izquierda no la saca de la espalda. A cada término de frase, una ola de hurras. Tiene delante, rematados en cuatro ríos de acero que no se pierden por las colosales avenidas, cincuenta mil hombres, con la cabeza descubierta. ¿Qué se dirá en estas ocasiones, que no llegue al cielo? Se entiende por qué los reyes se han creído a veces de buena fe enviados divinos. Eso ha de consagrar, y en el alma ha de haber, en momentos tales, prostramientos e inundaciones de luz; y ha de parecer como que, en una sombra solemne, desciende sobre la cabeza una hostia.

Cleveland, a quien una mano amiga había acercado un vaso con un líquido turbio, que bebió de un aliento, dice con entereza sus propósitos nobles. Ni un vuelo de retórica, ni una pompa de estilo, ni un puntal de frase. Todo ello es verdad fuerte, dicho de la manera augusta y sencilla que es el natural lenguaje de los principios fundamentales. Parecía bien aquel discurso, de líneas sobrias y grandiosas en aquel día tan claro. “Aquí no vengo como dueño, sino como encargado de los intereses del pueblo de mi tierra.

Nuestra doctrina democrática, que con esta elección agitada se confirma, no necesita apología: pero todo ciudadano es un miembro del Gobierno, y si éste ha de obrar bien, aquél ha de entender a tiempo cuando es ocasión de que el calor del partidario político se trueque en el patriotismo del ciudadano. Recuerdos de la guerra y pequeñeces de partido han solido dividirnos; es hora ya de que armoniosamente trabajemos por el bien de todos y gobernemos de un modo práctico esta nación práctica, y aseguremos por firme determinación al pueblo de esta tierra, el beneficio entero de la mejor forma de gobierno que haya sido jamás gozada por el hombre”.

Cada palabra iba cargada de sentido: caía sobre las heridas, como un bálsamo; sobre los errores, como una reprimenda discreta y cariñosa: sobre los buenos, como una iluminación. “Por amistad y concesión mutua se hizo la Constitución: ipues así se mantenga! ¿Qué importa que acá se lastime un interés privado, y allá se sacrifique una preocupación local? Piensen honradamente los legisladores en lo que conviene al bienestar general, y hallarán compensados esos sacrificios. Seré buen guardador de la Constitución, y de los deberes del poder ejecutivo, y de aquellos prudentes límites que mantienen en roce y sin choque al gobierno federal y los Estados. Pero no seré más, ni siento ser más siendo Presidente, que lo que todo labrador, todo artesano, todo mercader, todo hombre de honor de la República es en ella: vuestro es todo aquello que yo tengo que guardar y hacer guardar: vuestra es la Constitución; vuestro el gobierno que me dais; vuestro el sufragio: y todas las leyes, y toda nuestra mecánica administrativa, desde el municipio hasta el Capitolio de Estado, y el Capitolio Nacional, son vuestros:—de modo que tenéis el mismo deber que yo de cuidarlos, y de vigilar a sus servidores: ése es el precio de

nuestra libertad, ése el derecho de nuestra fe altiva en la República”.

Lo aplaudían punto menos que a cada palabra, y rogaba con la mano que no lo aplaudiesen. Con líneas seguras, apuntó su política doméstica y extranjera. “No se gaste más en el gobierno que lo que estrictamente necesite, administrado con modestia; y viva todo el mundo sencilla y económicamente, que ésta es tierra de gente trabajadora: vivan sobre todo con discreción y sin vanidad los funcionarios públicos.

“Querellas extranjeras, no las tengamos con nadie. Ni nosotros en la casa ajena, ni en nuestra casa nadie. Sea nuestra política de independencia y de neutralidad: la política de Monroe, de Washington y de Jefferson: “Paz, comercio y honrada amistad con todas las naciones; alianzas comprometedoras, con ninguna”.

Aquí el aplauso fue tal, para reposo de nuestra América y honor de ésta, que parecía sacar a los circunstantes de su juicio.

“La Hacienda, procuraremos arreglarla de manera que los negocios se sientan seguros, ni el trabajador tenga que temer por sus salarios, y la tarifa será compuesta de modo que el país no pague tributos innecesarios, sin comprometer por eso los intereses de los capitalistas y obreros empleados en las industrias americanas; ni permitir tampoco la acumulación de un exceso en el erario que convida a la prodigalidad y extravagancia: ni la propiedad de la Nación ha de ser distribuida entre usurpadores y agiotistas.—Los indios han de ser tratados con lealtad La poligamia ha de ser perseguida sin descanso. La reforma del servicio de empleos públicos no admite espera ni debilidad; por mérito y competencia se dan los empleos; no por favor político, ni en cambio de apostasías y servicios ocultos. A los negros emancipados pertenece de hecho todo lo que de derecho se les tiene acordado. Al Gobierno refluirán y el Gobierno con

imparcialidad y honradez atenderá los varios contrapuestos clamores de los intereses diversos que en constante brega labran juntos, aunque en apariencia divididos, esta fuerte Nación; que no sólo a nuestra laboriosidad y vigilancia y al cuidado infatigable de nuestras libertades debe fiar sus destinos; sino que, reconociendo humildemente el poder y la bondad de Dios Todopoderoso, que preside sobre los pueblos, y se ha revelado en todas ocasiones en la historia del nuestro, ha de invocar, como yo invoco ahora, su ayuda y bendición sobre nuestros trabajos”.

El Justicia Mayor se puso en pie; tendió abierta al Presidente, que ayudó a sostenerla con la mano derecha, una Biblia pequeña y muy usada, de cubierta de cuero y con ribetes dorados, que fue la misma que dio a Cleveland su madre cuando salió de mozo a buscar suerte por el mundo; recitó el Justicia el juramento, y lo selló el Presidente con un beso en la Biblia.

La procesión comenzó entonces del Capitolio a la plataforma erigida para el cortejo presidencial cerca de la Casa Blanca. ¿Que fueron Arthur y Cleveland, ambos descubiertos, llevados, más que por los cuatro caballos, por los vítores,—y Hendricks tras ellos en otro gran carruaje? ¿Que iban Arthur y Cleveland vestidos de paño modesto, y sin insignia, ni banda, ni joyas siquiera? ¿Que las asociaciones democráticas de Nueva York, no todas amigas de Cleveland en los días de su elección, acudieron en masa, con trajes de calle uniformados:—Tammany Hall, cuyo nombre viene de un caudillo indio, con unos cuantos politicastros rubios a la cabeza, pintados los rostros con colores a la manera salvaje,—y Irving Hall con sus ancianos de peluca de cola y gran bastón,—y la Democracia del Condado con sus viejecillos Knickerbockers, en memoria de los holandeses que fundaron a New York, los cuales iban encorvados, como los vejetes del coro de “Fausto”, golpeando acompasadamente con sus

báculos el asfalto de las avenidas de la procesión? ¿Que bajo la bandera federal, al mando del general confederado Lee, sobrino del jefe militar de la rebelión, iba, con sus vestidos de guerra, toda una división en uniforme confederado,—y que el general Lee recibió, en aplausos, en saludos, en on-deos de pañuelo y en flores, una ovación más entusiasta y significativa que la que a los Presidentes mismos se estaba tributando? ¿Que detrás de ellos, con sus ropas desgarradas de combate, venían los negros invencibles de Filadelfia, que decidieron en pro del Norte muchas batallas dudosas contra los rebeldes,—y los gloriosos irlandeses del Regimiento 69, con su uniforme verde, como su bandera, y sus hazañas? ¿Que los Estados todos enviaron sus más gallardos jefes, hombres mejores y mejores tropas? ¿Que dondequiera que asomaba, acudían mujeres y hombres a saludar y festejar al anciano confederado de la barba y de la pierna rota? ¿Que fue todo el día 4 de Marzo, día de asombro, en que los vencedores magnánimos del Norte instalaron con júbilo indecible en el Gobierno a los vencidos decorosos? ¡Así el hermano ofuscado por cierto tiempo con nimias discordias de familia, aprieta al fin a su hermano contra su pecho, en un abrazo en que parece que quiere recobrar de un solo ímpetu todos los años de amor perdidos!

Los federales eran los que hacían los honores de Washin-gton a los confederados.

Así, pues, resultó una fiesta nacional, y confirmación definitiva de la paz, la vuelta de los confederados al Gobierno, que los republicanos agoreros pregonaban como una calamidad pública: los republicanos mismos, arrebatados por la grandeza del suceso, salían en tropel de las aceras para estrechar la mano afable del general Lee, que detenía al paso de los vencedores el de su hermoso caballo obediente, y con antigua gracia recibía los honores de la derrota. Sin convulsión, pues; sin insolente remoción de empleados; sin

peligro, antes bien con provecho de la Unión, han vuelto al poder los demócratas, y los confederados con ellos.

Porque, no bien había reposado Cleveland del baile con que en el edificio enorme de Pensiones le obsequiaron las asociaciones democráticas, que en la fiesta emplearon sesenta y tres mil pesos, y decoraron con inusitada riqueza de pabellones de seda las columnas, de plantas tropicales los recodos de flores valiosas el gigantesco sillón presidencial, de escudos las paredes de emblemas florales, altos como un hombre, en representación de las diversas Secretarías el salón reservado a Cleveland; no bien; asomó el día 5,—el nuevo Presidente envió al Senado, a que la aprobase, la lista de los que ha elegido como sus consejeros y entre ellos, para representante de la ley nacional, Garland, que se rebeló contra ella; y para Secretario de lo Interior, Lamar, que pocos días hace, como herido en la médula, se levantó con elocuente indignación en el Senado a anunciar que ¡jamás permitiría que en su presencia se llamase traidor a Jefferson Davis! Y Cleveland, sin miedo, ha traído a estos dos hombres, que de persona no conocía, a su consejo íntimo. Y la Nación lo ha aplaudido por ello unánimemente-

Así se vence de veras: honrando al vencido. Acaba, por tanto, con este atrevimiento generoso, la época de suspicacia y recriminaciones, que sigue siempre a una guerra; y comienza, de buena fe y de lleno, el trabajo acordado de las dos secciones del país, la agrícola y la manufacturera, en busca de una prosperidad durable, que no haya menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas. Querían los republicanos, so capa de comercio y humanidad, una política acometedora y alejandrina, y soñaban en Roma y en Cartago, y ya se veían señores de toda la América. Con hombro desdeñoso echan por tierra los demócratas esta fantasía, y como símbolo de la política de neutralidad que restauran, viene a la Secretaría de Estado Thomas Francis

Bayard, que capitaneó con éxito en el Senado la resistencia al proyecto del canal de Nicaragua—¡y cómo ha venido a darle razón ahora, y a hacer que de Tiro como de Troya le feliciten, la guerra que Barrios mueve en Centro América, tomando excusa de estas tentativas de alianza con los Estados Unidos, que en ley de honor, y antes de sacar fruto del canal, se habrían visto en el empeño de mantenerlo; y amparar a la pequeña nación que por tratar con ellos se ve en tal disturbio!

La artística hermosura del lenguaje, que le censuran por exceso de perfección, realza en Bayard la moderada firmeza de sus opiniones, que no reprime, cuando el caso lo quiere, el fuego sagrado y el acometimiento. Se ve ya en el timón de la nave una mano segura.

Daniel Manning es el Secretario de Hacienda. Con decir que Tilden le quiere entrañablemente, está dicho su elogio: Tilden,—que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter. De modo que el que Tilden estima, bueno ha de ser. Como organizador político, como ojeador del campo hostil, como lidiador de recursos rápidos y sorprendentes, como penetrador de los hombres, Manning no vale menos que como perito en Hacienda,—y como cajista: que parando letras y atando galeras empezó su camino en el Argus, de que hoy es dueño. El político brillante que a Tilden en 1876 y a Cleveland ahora, aseguró sobre disensiones en el campo propio y maldades del ajeno, el triunfo.

De lo Interior, el secretario es Lamar, a quien acusan de distraído, sin más razón que la de no estar nunca lejos de su sesuda frente las ideas graves. La pasión, ordenada y

artística, acalora en él las deducciones rigurosas del juicio, que suelen sugerirle imponentes arranques oratorios. Con él van llama y peso. Le cuelga sobre los hombros la mekana, que no está mal a su rostro robusto y ponderoso. En la confederación, su espada fue buena, y su palabra tan buena como su espada. En el Senado, pocos le han aventajado en elocuencia e influjo. En el Gabinete, todos le miran como el carácter más pintoresco e interesante. La mirada triste alivia la expresión severa de su rostro, y hay en el hombre cierta natural majestad que a sus amigos fascina, e impone respeto a los extraños. Abuso no verá que no cercene. Hará pasar el río por los establos. Representa en el Gabinete la voluntad leal del Sur de cooperar sin reservas con el Norte al engrandecimiento nacional, y a la pureza más estricta en la administración doméstica.

Y a su lado se sienta William F. Vilas, que para venir a ser Secretario ha tenido que abandonar la cátedra en que le oían con respeto sus discípulos, y en los tiempos de la guerra alzó una compañía, se vio de capitán a su frente, y de coronel muy pronto, y luego de vencer en Vicksburg, se retiró a enseñar historia:—como Arthur ahora, que acaba de ser Presidente, y ha tomado ya, en un edificio de pórvido y bronce, una oficina de abogado! Puesto de peculiar importancia es el de Secretario de Correos que tiene Vilas; porque los empleos de correos son muchos, y por tanto, las ocasiones de favorecer; y porque, en paga del puesto, y con las relaciones en que pone, cada administrador de correos ha venido siendo agente eficacísimo del Gobierno, en manos hasta hoy de los republicanos.

Pero sin administradores de correos triunfó Cleveland, y contra ellos: de modo que para gobernar y volver a vencer, no ha de necesitar revertir a usos legítimos las funciones de los administradores, que no contando ya en el Gobierno con la impunidad que les aseguraban sus servicios políticos,

atenderán con más empeño, si han podido conservar sus puestos, al servicio público. Luce, como una gala, el coronel Vilas, a su muy discreta esposa. Crece un hombre bien casado. El mal casado, decrece. O si se mantiene en alto, será con agonía, y sobre puntales.

Garland es el Secretario de Justicia. Reacio al principio a seguir a los confederados, no resistió al fin a ellos, y fue su diputado. Ni en firmeza, ni en honestidad, ni en manera clara y galana de exponer le vencen fácilmente. Cuando escribe, suele parecer que graba. Presenta con método, y deduce en justicia; por lo que se le tiene como muy apropiado para su puesto, donde están bien la palabra elocuente, juicio frío y no seco, voluntad firme y talento elegante que le adornan.

El Ministro de la Guerra es un juez, el juez Endicott, de prosapia puritana. No lo tomó Cleveland en atención a que es en Massachusetts prominente, y a que figuró con honor hace un año como candidato demócrata al Gobierno del Estado; ni porque viene de Gobernadores y Secretarios ilustres, y su elección había de halagar al hidalguío de Nueva Inglaterra, sino porque Endicott tiene, con todas estas ventajas sociales y el cariño de su bando y del opuesto, aquella actividad en la labor, tesón en el empeño, y honradez incommovible que a Cleveland placen. No hay miedo de que en manos de Endicott vaya el ejército a la corrupción y a la tiranía,—¡a donde iba yendo!

Ministro de Marina es Whitney, otro abogado, ya notable porque con tacto singular ha salido sin manchas de peligrosos puestos públicos, por lo que se espera que realce el que ahora le asegura, tanto como sus méritos, la amistad personal de Cleveland.

Y para venir a este Gabinete, ¡cuánto ir y venir de comisiones por ríos y tierras; cuánto entrar y salir de gente ansiosa en la oficina y la casa de Cleveland; cuánto apretarse, en ominosa hilera, frente a la puerta de su aposento,

cuando días antes de su entrada en Washington, vino, para oír pareceres, a New York! Todos los Estados le enviaron comisiones. Los corredores de su hotel eran congresillos y hormigueros. Cada asociación tenía su favorecido para cada Secretaría. Cuál Estado, por ésto, reclamaba para sí la de Hacienda. Cuál, por aquello, la de Correos. Cuál, se enardecía porque de un solo Estado, el de New York, iba a haber dos Secretarios, el de Marina y el de Hacienda. Cuál, del Oeste, se quejaba altamente de que no hubiese representante occidental en el Ministerio.

A los abogados de cada candidato oía Cleveland, y ni de oír se cansaba, ni de callar. Mas no compuso su Gabinete en obediencia servil a estas prácticas de agio, ni a estos miedos de que los Estados descontentos le nieguen su simpatía o sus futuros votos; sino de modo que reuniese un grupo de hombres inteligentes, limpios y activos, que sin trabas de patronazgo ni empeños previos, entrasen brava e inmediatamente en la tarea de asegurar la paz con el extranjero, consolidar la unión con los Estados un tiempo rebeldes, preparar al país para una liberal reforma económica que normalice la producción y abarate la existencia, y extirpar los abusos que entorpecen y afean la administración pública.

He aquí, pues, que de un sol a otro sol, por la fuerza regular e incremento del voto libre, ha cambiado de rumbo radicalmente la política americana, y acaso la América. Porque a ofrecerse venían, ¡qué mengua! varios estadillos hispano-americanos, y a tomar lo ofrecido, y a más, mostrábanse dispuestos, y decíanse necesitados, los gobernantes y gente de influjo en el partido dominante en los Estados Unidos. Pero el buen abogado de Buffalo piensa de otro modo, y no quiere lances afuera, sino honradez en casa, ni estima bien que los abanderados de la libertad se entren a saco por las tierras vecinas, violando la libertad ajena. Ya se vislumbra la prosperidad que seguirá a esta confianza. Ya no se ve a los

Estados Unidos como traidores odiosos al espíritu humano, de que parecen mantenedores naturales; sino que ya que no ayudan como debieran a la victoria universal de la libertad, la practican al menos, y la respetan. Salir de sí y confundirse en batalla generosa y activa con el Universo, falta para su grandeza a los Estados Unidos. ¡Mas qué servicio nos hacen con su ejemplo!

La Nación. Buenos Aires. 7 de mayo de 1885.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR PARA EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El caso de Cutting visto en los Estados Unidos.—La política interior americana ha favorecido la paz.—Influjo del Partido Republicano en las censuras unánimes a Bayard.—Interés de los republicanos en la derrota de Bayard.—Blaine: su actitud en el conflicto: su próxima campaña: sus condiciones de caudillo.—México usado como instrumento político.—El Sur y México.—Peligros permanentes.—Los capitales norteamericanos en México.—Muerte de Samuel Tilden: su carácter y su vida: su elección y sacrificio [...]

New York, 19 de agosto

Señor Director de El Partido Liberal:

Ni la muerte de Tilden, aquel sabio político a quien defraudaron de su elección a la presidencia los republicanos; ni la

* José Martí: Otras crónicas de Nueva York, investigación, introducción e índice de cartas, Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, CEM y Editorial Ciencias Sociales, 1983, pp. 59-64. (Ver: José Martí y el Caso Cutting: ¿extraterritorialidad o anexionismo?, libro del doctor Rodolfo Sarracino, publicado en coedición por el Centro de Estudios Martianos y la Universidad de Guadalajara, México, en el 2004.)

revelación del modo ignominioso con que trafican y venden entre sí los beneficios de su empleo los más altos funcionarios de la ciudad; ni la campaña ruda que se dispone a hacer Blaine contra el gobierno del Partido Democrático; ni el proceso de los anarquistas de Chicago, que tienen ya sobre la cabeza la sombra de la horca; ni el gran Parlamento irlandés que con el nombre de Convención celebran aquí ahora los amigos de la autonomía de Irlanda, tienen hoy para nosotros el interés de los asuntos de México.

Y ésto no es tanto por las noticias que lleva el telégrafo antes y no cabrían en carta, cuanto porque con el sacudimiento de opiniones que este conflicto súbito ha traído a la superficie, ayudado por la mayor independencia que va permitiendo a los diarios la descomposición gradual de los partidos políticos, se están viendo las corrientes por donde van aquí los juicios que importan tanto a México, y los peligros, y las ambiciones, y acaso la manera de contrastarlos. Y se ven además con mayor claridad los elementos que han ido impidiendo la terminación fatal del conflicto de Cutting, cosa que se debe tener muy en cuenta para prever conflictos posteriores, y no abrigar esperanzas vanas sobre la facilidad de esquivarlos.

La justicia de México, y la habilísima firmeza con que la han defendido sus representantes han sido, sin duda, causa principal de la reversión instantánea y definitiva del juicio público en el caso de Cutting. Los alegatos de México, reproducidos aquí minuciosamente con elogio, han ganado ante el público la batalla. Las contestaciones del ministro de Relaciones de México se han opuesto como modelo de cortés raciocinio a los documentos arrogantes e impremeditados del Secretario Bayard. Nunca prestaron

documentos diplomáticos servicio mayor: ellos han sido los abogados felices de este pleito grave: ellos parecían pedir cada día desde las columnas de los periódicos la justicia que no se pudo negar a su digna elocuencia y su lógica cerrada. Pero en la prisa con que los promulgaba cierta parte de la prensa, en la fruición con que daba con ellos en el rostro al Secretario aturdido y colérico y, en la falta de analogía entre los comentarios especiales sobre el caso de hoy y la opinión general que continúan teniendo de México algunos diarios que lo han defendido, se observa claramente que en la guerra inclemente y unánime que se hace aquí a Bayard por su torpe e inconsiderada demanda ha habido una razón de política interior, sin cuya ayuda no hubiera podido acaso libertarse México de la guerra que tenía ya encima, cuando por su propio interés acudió a estorbarla el partido republicano.

Esa reflexión, apuntada ya a El Partido Liberal antes de que aquí se hubiese ni ligeramente enseñado, no sólo se confirma por premura con que salta Blaine de nuevo a la arena política para aprovecharse de ella con su usual oportunidad y audacia, y por el implacable empeño con que ha desnudado los actos de Bayard en este conflicto el principal diario de Blaine, The Tribune de New York, sino por las indiscretas amenazas con que el Secretario acorralado de todas partes y vencido, ha llegado hasta a anunciar su intento de acusar de traición a “los prohombres republicanos que han estado comunicándose con el gobierno de México en este conflicto para ayudarle a ridiculizar e impedir la política del Departamento de Estado”. Los mismos diarios de Blaine levantaron el guante, y revelaron que ese ataque era a Blaine y al exministro Foster: y aun parecía llegar la

amenaza encubierta hasta el mismo Ministro de México en Washington, que ha sabido afrontarla por fortuna con decorosa entereza.

Lejos ha ido el Secretario en el desconcierto en que lo tiene su derrota; y sus palabras fueron oídas como de persona a quien se ha de compadecer, por no haber sabido borrar con una retirada cauta y un silencio discreto el yerro grave de afirmar una demanda internacional sobre el hecho seguro de la prisión ilegal de un ciudadano, para venir a parar un mes después, en enviar un comisionado a inquirir si la prisión fue efectivamente ilegal.

Un penoso trastorno ha caracterizado los actos del Departamento de Estado en todo este conflicto. A la una negaba que tuviese hecho lo que tenía determinado desde las doce, y hacía público a las dos. Ha dado a la prensa el Departamento los más opuestos rumores. Y ha caído en descrédito mayor por pretender ocultar con declaraciones de aparente firmeza las concesiones que se venía viendo forzado a hacer en virtud de sus yerros y de la opinión pública, a la cual revelaba la prensa día a día todo lo que insistía en negar el Secretario. Así fue como se le vino a arrancar la confesión de que se había nombrado enviado especial a Mr. Sedgwick, de quien se dijo al principio que era general, y hombre de mucha ciencia jurídica, sin que luego haya podido averiguarse que sea, más que un estimable caballero que ha escrito con juicio un libro sobre contratos.

Pero si en el atolondramiento y disgusto que le ha causado su inoportuna derrota ha ido quizá lejos en su acusación el Secretario Bayard, ni a él que es político de oficio se le han podido escapar los manejos y el interés de sus rivales, ni dejan de ser claras las razones porque ha caído sobre él con tanto fuego el Partido Republicano.

Dirigido este por hombre de más escrúpulos y menor viveza y ambición que Blaine, acaso hubiera creído deber

contribuir, si no a ayudarle, a salir por lo menos con decoro de un lance en que no quedaría bien puesta la nación, si aquí no fuese tanta la libertad de los hábitos públicos y la división de las manifestaciones de la opinión, y el gobierno no supiese que aquella no se cree responsable de los yerros de este ni lo es realidad, como se ha visto ahora.

Pero Blaine es político felino, y tiene de su especie el salto elástico y la garra. Él sabe que este país no tiene tiempo de ver hacia atrás ni hacia adelante. Sabe que va tras lo que le deslumbra de presente. Tiene el don hábil de apoderarse del asunto palpitante en la época de sus campañas, y oscurecer con él su propia historia y los asuntos más graves de política menos ostentosa. Vienen las elecciones de candidatos a la presidencia. Él, que sólo en mil votos casuales fue vencido por Cleveland, se presenta de nuevo candidato por el Partido Republicano. Ve que los demócratas van sin rumbo, y quitan a su partido con sus abusos locales y su oposición a Cleveland el prestigio de reformador que llevó a éste de triunfo en triunfo al poder. Ve que a Cleveland no lo siguen los demócratas. Ve que sin Cleveland y lo que él representa, no volverá a confiarse a los demócratas el país. ¡Qué fortuna para él, que en su discurso de vencido anunció el riesgo, de dar el gobierno al Sur, el poder antes de dos años presentarse a la nación denunciándole que se ha estado a punto de envolverle en una guerra ridícula para complacer al Sur que la desea!—Blaine no pierde tiempo, no se cuida de lo que le dirán sobre su propia manera de entenderse, cuando fue secretario de Garfield, con nuestros países hispanoamericanos, con Colombia, con Chile, con el mismo México. Lo que él ve es que la cabeza del Partido Demócrata le está temblando sobre los hombros, y que él puede ponerse en lugar del descabezado: y de las mismas manos de Bayard toma el hacha con que ha de echar abajo la cabeza.—Percibió con sus ojos de águila la importancia

del instrumento que le ofrece la fortuna, y ha usado y usará de él, como medio de campaña, con esa deslumbradora rapidez que llega a dar apariencia de hombre de Estado a aquel a quien sólo falta para serlo el concepto superior de humanidad y de justicia que los produce y consagra.

Por ahí va a comenzar su campaña; por eso ha puesto tanto empeño, ya que Bayard le dio hechas las razones con sus yerros, en demostrar la ineptitud y ligereza con que ha llevado el secretario el caso de Cutting; porque de ahí sacará él su argumento principal para combatir a los demócratas más seguros:—el peligro de dar el gobierno de la nación al Sur, que se ha apresurado a comprometerla en una guerra innecesaria y sin defensa.—Así lo ha visto Bayard, que acaso, desconociendo la entereza y habilidad de México, creyó adecuado el caso de Cutting para hacerse sin gran riesgo de capital político en el Sur, cuyos votos corteja a fin de que le ayude a ser electo candidato a la presidencia. ¡Es tan doloroso como oportuno saber que la paz de un pueblo depende a veces de los juegos políticos de dos rivales que se disputan el mando en un pueblo extranjero!

Ni exagerarse, ni desconocerse, deben estos elementos reales de la política viva. Determinada así por el caudillo de los republicanos la campaña sobre este fracaso ostentoso del secretario de Estado, no sólo emprende él con fe una lucha en que tiene de su lado la opinión que no quiere esta vez la guerra, y en la que a un tiempo combate con posibilidad de victoria, a un partido despedazado y a un rival terrible por su influjo político; sino que a su voz, que tantas veces los ha llevado a la victoria, le sirven con admirable disciplina sus amigos en el Congreso y en la prensa, a quienes tiene Blaine enseñado con su ejemplo la ventaja de dar sobre el enemigo cuando está aún aturdido por el golpe.

Es digno de estudio como caudillo político este hombre tenaz: tiene siempre a sus huestes dispuestas para la pelea:

inspira en ellas el mismo ardor y presteza pasmosa que a él le anima: da sus batallas de intriga con la misma precisión y rapidez con que se dan las batallas en campaña: está despierto cuando todos sus rivales duermen. Es hoy el único pretendiente activo para la candidatura de los republicanos; y toda esa ciencia y estrategia la ha empleado desde el primer instante sin descanso, para exhibir ante el país los errores del secretario Bayard en el caso de Cutting, y hacer más completa e irremediable su derrota, para dejar así a la vez anonadado al candidato y desacreditado por incapaz y riesgoso a su partido. De este modo ha venido la política interior a ser auxiliar eficaz ipero eventual! de la justicia y habilidad con que México ha sabido esta vez librarse de la guerra.

Ya se sabe que no es, por desdicha, amigo de la paz con México el espíritu de los Estados del Sur; y que en una nación regida principal, si no exclusivamente, por el apego desmedido de cada hombre a su bien propio, ha de tenerse siempre como probable la acción en que esté a la vez empeñado el interés individual de un número crecido de hombres. Ya se sabe que el Sur desea las tierras feraces y mineras de la frontera mexicana, y que, con una prisa que ha sido dignamente contestada en la otra orilla, ha mostrado esta vez disposición, y en algunos lugares, hasta ansia de la guerra.

Pero más que ese mal constante, que sólo puede prevenirse favoreciendo apresuradamente y a toda costa las poblaciones y comarcas de la frontera, y teniendo en sus ciudades un buen número de persona de prudencia exquisita, llama la atención aquí la insistencia y naturalidad con que la prensa del Oeste y el Este se refieren, con ese tono seguro de las cosas sabidas, a la posibilidad de que los intereses norteamericanos en México pudiesen producir—como dice el World de Nueva York, no extraño a esos intereses según se presume—“un estado de cosas en el que

hubiera muchos que desearan una guerra con México, para dar de ese modo un valor permanente a sus propiedades”. “Los profetas dicen”—continúa el World—“que eso ha de suceder tarde o temprano.” ¡No lo quiera Dios, y ya México sabrá evitarlo, apresurándose a explotar por sí, como medio acaso único de impedir el conflicto, las riquezas que los extraños le codician, para no tener de este modo que aceptar un capital cuyo interés es demasiado caro! O legislando eficazmente la posesión de tierras y minas en su territorio, con una ley parecida a la que ahora acaban de dictar los Estados Unidos para prohibir la absorción de su suelo por compañías extranjeras.

No esta guerra con México, que aquí está en la raíz de las gentes y hay que ir quemando día sobre día en la misma raíz, en el desconocimiento que acá se tiene de la nobleza y brío del carácter mexicano; no esta guerra con México, sino otra con Europa por el canal de Panamá es la que tenía en la mente Samuel Tilden, el anciano, que acaba de morir, cuando recomendó al Congreso, desde su sillón de enfermo, viendo correr anchas y serenas como sus pensamientos las ondas del río Hudson, que procediese sin demora a fortificar las costas desamparadas, de los Estados Unidos.

Le temblaban las manos al octogenario; sus criados tenían que darle de comer: su sobrina pasaba el día a su lado leyéndole filosofías y versos; pero él no podía librarse de la agonía celosa con que perseguía de lejos las luchas del partido que le cautivaban el alma, ni del noble deseo de dejar puesto su nombre entre los que han hecho en su país algo de extraordinario y perdurable.

Era de aquellos hombres, aquí raros, que no se satisfacen con la mera posesión de la fortuna; famoso en los tribunales por lo sagaz, por lo previsor en la política, en los negocios por prudente y feliz, y en la historia de su patria por haberse negado a disputar con las armas su derecho clarísimo a la

Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, a quien la adjudicó una Comisión del Congreso con fraude visible.

Noble fue aquella alma.

El Partido Liberal, México, 8 de septiembre de 1886, t. III, n. 460, pp. 1 y 2, col. 5 y 1-4.

CARTAS DE MARTÍ*

Nueva York en otoño.—La escuela en Nueva York.—Falso concepto de la vida y de la educación.—Influjo de la inmigración en la cultura pública.—Remedio a los defectos observados.

Nueva York, Septiembre 28 de 1886

Señor Director de La Nación:

Septiembre es siempre mes animadísimo en la vida norteamericana.

A los baños de mar suceden las partidas de caza; a las partidas de pesca, las grandes regatas entre los veleros ingleses y bostonianos, en que los de Boston ganan.

A los abandonos y coqueterías sobre la arena, que son aquí cosa mayor y pecadora, reemplazan los trajes elegantes de los paseos por el mar y las carreras de caballos: las que en Narragansett Pier y en Bay Harbor paseaban sin miedo de mañana a tarde los trajes más atrevidos y vistosos, ahora con más honesto arreo vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las cenas de champaña, en las meriendas a la moda, en los bailes y rivalidades del invierno, las rosas que

* José Martí: Obras completas, t. 11, pp. 77-86.

devolvieron a sus mejillas los aires vivos del océano y el campo.

Los teatros se abren; las escuelas sacuden el polvo de los bancos; el congreso de maestros de baile anuncia que ha compuesto tres danzas nuevas; la política que ha recontado sus huestes y remendado sus banderas durante los meses de verano, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda.

Cubría el cielo un velo plumizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil; gábán al brazo asaltaban los hombres a paso premioso, las estaciones vibrantes del ferrocarril elevado; como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos.

Unos se desviaban para saciar los ojos en los grandes carteles de teatros que ya cubren todos los cercados y paredones de las esquinas; otros, apiñados a la puerta de la clase esperando la hora de entrar, arreglan con esmero en sus cajitas japonesas sus lápices de pizarra y sus esponjas; otros, casi todos trigüeños, como si hubiese rebeldía innata en cierto color, huían como potros cerreros, caídas las medias, descabezados los zapatos, desgajadas las ropas, perdidos los sombreros, de los muchachos de más edad, colorados y rubios, que las maestras de los barrios bajos habían lanzado a recoger a los fugitivos.

En los escaparates ya no se ven chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja, sino capotes de goma, gorras de pieles, guantes fuertes de pelo de camello.

Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y rejuvenecer los de los hijos del país: y ya se oyen las voces alegres, el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que

inundan la ciudad a las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos.

Escuelas, teatros, elecciones: he ahí las grandes fiestas de septiembre.

Mucho se habla aquí de las escuelas, de la insuficiencia que en ellas se nota, de la ineficacia de importar a la educación de un país nuevos sistemas extraños surgidos en pueblos de elementos distintos; de lo incompleto, retórico y artificioso del sistema actual, y de la necesidad de reformarlo.

¿Deberá ser la educación de meros elementos literarios, o como aconseja el inglés Mathew Arnold, corre peligro de perderse la nación que aun en su educación primaria no infunde el espíritu superior de las asignaturas bellas?

¿Deberá ser la educación indiferente, general o especial en su enseñanza religiosa?

¿No deberá ser toda la educación, desde su primer arranque en las clases primarias, se preguntan otros,—dispuesta de tal modo que desenvuelva libre y ordenadamente la inteligencia, el sentimiento y la mano de los niños?

Tiene muchos abogados, fanáticos tiene ya, esta que llaman industrial o manual, sin ver que ésa es también una educación parcial, que sólo es principalmente buena para un país de industriales, en vez de ser general y llevar en sí los elementos todos comunes de la vida del país, que es como debe ser la educación pública.

En Nueva York estamos: veamos cómo se presenta el problema en Nueva York.

Las escuelas son muchas, bellas en su mayor parte y monumentales, otras más descuidadas y oscuras: pero con ser tantas, aún falta espacio para los que quieren entrar en ellas.

En las clases, que ya aquí se llaman altas, aunque en muchas de nuestras tierras sólo serían elementales, los

puestos sobran: acá, después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas.

En la clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar: los de los alemanes sobre todo.

Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se manifiesta en los espíritus ese progreso en el número? ¿Cómo coinciden, o cómo luchan, el sistema generoso de las escuelas y el espíritu seco e individualista del país?

¿Qué defectos de método ha revelado la práctica en esta obra gigantesca de la educación en los Estados Unidos? ¿Qué vicios radicales de constitución en el sistema se descubren observándolo?

¿Deben los hombres juiciosos contentarse con la grandeza formal, externa y aparente de los sistemas, o estudiarlos sinceramente en su agencia, funciones y resultados?

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye; si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado; gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusieran delante, en relación ordenada, los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que

le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto.

En ese desenvolvimiento regular y originario de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero acá ha venido a resultar, por el desajuste ante los encargados de educar y lo generoso del sistema y de los textos, que con sus hermosos libros, con sus facilidades grandes, con su orden exterior, con sus lápices y pizarrillas, con sus gramáticas y geografías, son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles delectos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercitan los castigos corporales; donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde no se percibe entre maestras y alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender, y se les queda en el alma dulcemente como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen; sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen.

La enseñanza ¿quién no lo sabe? es ante todo una obra de infinito amor.

Las reformas sólo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan por sobre ellos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que sólo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se atiende a la instrucción pública, tan vastos los recursos, tan numerosos los maestros, tan hábiles y bellos los libros, den por resultado general niños fríos y torpes que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derechas, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas?

Viene del concepto falso de la educación pública: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico.

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo.

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

Sólo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo.

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos.

¿Y esto será envidiable? ¡Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho, a eso va la mujer, a eso va el niño que nace de ellos.

¿Qué viene de afuera? ¿Qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿Cómo influye la inmigración en la cultura pública?

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida.

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el suelo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra, en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto.

Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres. Aquí se muere el alma por falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él.

En balde procura el antiguo espíritu puritano, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos.

En balde los innovadores generosos y los maestros interesados, discurren planes para perfeccionar la instrucción pública y prolongar sus cursos en clases superiores.

El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla?

¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor?

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agría, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en ésta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida?

De aquel concepto descarnado de la existencia nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella.

No sólo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto.

Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos.

A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas?

Contar sí, eso lo enseñan a torrentes.

Todavía los niños no saben leer una sílaba, cuando ya les han enseñado ya las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias.

En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquéllos y extraer éstas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y la esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana,—¡los atiborran en estas escuelas de límites de Estados e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras!

Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá afrontarse la existencia, la existencia en este pueblo activo y egoísta, que es toda de actos y de hechos?

No en vano andan canijos y desorientados, por las calles, reducidos a mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que, sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética, salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el

empuje que da la necesidad; de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo; de los espíritus genuinos que traen en sí la fuerza original incontrastable; de eso viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestras coléricas, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema. Ya ésto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso, y buscan el remedio. “¡Pongan al muchacho entero en la escuela!” “Put the whole boy to school!” acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial; pero todavía eso no es bastante.

El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos.

El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive, ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes,—eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la

religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas.

Éso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol todo el oro de su naturaleza.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886.

VINDICACIÓN DE CUBA *

Señor Director de The Evening Post

SEÑOR:—Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en The Manufacturer de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es éste el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencia de la anexión, desearían

* José Martí: Obras completas, t. 1, pp. 236-241.

ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados donde quiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norte-Americana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, justo con los demás pueblos

de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita al extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su gárra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miríada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo afeminado?

Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir—estos hombres de diez y ocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovencitos de color de aceitunas—de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos afeminados tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen “aversión a todo esfuerzo”, “no se saben valer”, “son perezosos.” Estos “perezosos” que “no se saben valer”, llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria; compraron o construyeron sus hogares; crearon familias y fortunas; gustaban del lujo, y trabajaban para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto a morir en su hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los

oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos “perezosos”, “que no se saben valer”, de estos enemigos de “todo esfuerzo”, llegaron aquí, recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la “señora” se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava; se sentó detrás de un mostrador; cantó en las iglesias; ribeteó ojales por cientos; cosió a jornal; rizó plumas de sombrerería; dio su corazón al deber; marchitó su cuerpo en el trabajo; ¡éste es el pueblo “deficiente en moral!”

Estamos “incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre.” Ésto no puede decirse en justicia de

un pueblo que posee—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización—un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuido, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosas que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las

leyes y procedimientos de la libertad, habituarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo “que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española”, y “nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa.” Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar “una farsa.” ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestra propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que “extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo” para favorecer a los enemigos de aquéllos que peleaban por la misma carta de

libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos; “¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!” Extendieron “los límites de su poder en diferencia a España.” No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anexionistas, de obtener la libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para The Manufacturer de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento,

JOSÉ MARTÍ

New York, 21 de Marzo de 1889.

(120 Front Street)

EL CONGRESO DE WASHINGTON*

Llegada de los delegados argentinos.—Preliminares. —Notas e insinuaciones.—Los miembros del Congreso.—Banquete a los delegados argentinos y uruguayos

New York, 28 de septiembre de 1889

Señor Director de La Nación:

Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al congreso que llaman aquí de Panamérica, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.

Del Paraguay nadie ha llegado, aunque se publicó que venía con poderes de él Alberto Nin, el caballero juicioso que mandan de Montevideo. En los hoteles hoy va y viene, y muchos cumplidos a la hora de pasar por las puertas, que es cosa que denuncia por estos pueblos la gente castellana. En el teatro del Casino, de yeso dorado que parece con las luces morería de mucha riqueza, todas las cabezas se vuelven a la vez, descuidando las arias del “Tambor Mayor”, para ver entrar en su palco, con un ramo de rosas rojas, y majestad de casa real, a una sudamericana de ojos negros. Para luego el estudio, y el examen del congreso de Panamérica y sus

* José Martí: Obras completas, t. 6, pp. 33-40.

hilos. Ahora la tarjeta de visita, la llegada de los argentinos, el vapor que entra y el tren que se va: la crónica.

El programa ya está, y hasta mediados de noviembre no empezarán las sesiones, el dos de octubre será el día de zalameos en la Casa Blanca, donde la Secretaría de Estado presentará los huéspedes panamericanos al Presidente. El cinco saldrán de viaje de más de un mes los delegados, aunque no todos, porque México ya conoce el país, y de Chile, dicen que no va a la gira, ni está, por lo que sabe hasta ahora, la Argentina en el paseo, que no es para decidir, sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendidez de las ciudades, y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él haya de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo. En los paseos irán con los representantes de la otra América, algunos de los diez delegados que ha puesto en el Congreso la secretaría por los Estados Unidos, y dos militares que hablan español, y acaso vaya de guía principal el autor de las Capitales de Hispano-América, que es aquel caballero Curtis de cuyo artículo sobre la Argentina habló a su hora La Nación, aunque el saber la lengua y el haber sido secretario de la comisión que por encargo del Congreso de Washington visitó hace unos tres años las tierras de la otra América, no sean tal vez cosas de más peso que el desagrado con que los caballeros de Colombia han visto que el que los ha de acompañar como representante de la Secretaría de Estado y el secretario probable del congreso sea quien publicó hace un mes en el Cosmopolitan un artículo en que tacha de tráfuga y de maniquí impotente y quién sabe de qué más a Núñez el Presidente colombiano; y hay quien ve en este ataque el interés de los que quieren abrir

el canal por Nicaragua y temen que Núñez arregle con Washington, a pesar de la grito de su país, la venta, a costo de la primogenitura, de los derechos sobre el canal de Panamá, con lo que se quedarían del lado del Presidente que tales maravillas puede hacer, los burócratas beneficiados: y cuentan que los delegados de Colombia harán saber que no les place ir de bracero por toda esta jira con quien hace en público mofa y censura de su presidente. En la jira, con el consentimiento y amistad de la secretaría, irá un delegado de los navieros de New York, y de algunos de sus comerciantes, que han levantado aquí, con raíces en Washington, la unión comercial hispanoamericana. Habrá al paso del tren de la delegación banquetes y recepciones numerosas, y más en Boston, Chicago y San Luis, donde el interés con México es ya cosa mayor. Filadelfia prepara fiestas, y Pittsburg un número de diario en español. Luego, a la vuelta, serán los debates sobre las ocho proposiciones, en que política y comercio andan unidos: cuando se encienda el árbol de Christmas, el día 24 de diciembre, vendrán los delegados a los festejos que disponen en New York; y acaso para cuando termine en Washington la sesión de enero, vayan, de fin de viaje, a ver los naranjos de la Florida y admirar la riqueza del hotel moruno de Ponce de León.

Ya al acercarse el fin de este mes era frecuente leer y oír sobre el proyecto y los detalles del congreso panamericano.

Las entrañas del congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve. Los periódicos del país hablan conforme a su política. Cada grupo de Hispanoamérica comenta lo de su república, e inquiera por qué vino este delegado y no otro, y desaprueba el congreso, o espera de él más disturbios que felicidades, o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otro de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no la saben conquistar por sí propios, o es de los que han mudado ya

para siempre domicilio e interés, y dice “mi país” cuando habla de los Estados Unidos, con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjuga a escondidas, para que no se las conozcan con nuevos compatriotas, las últimas gotas de leche materna. Ésto no es un estudio ahora: esto es crónica.

Se habla de las primeras noticias que llegan de cada país; de que el comercio no es pecado, pero ha de venir por sí libre y natural, para provecho mutuo; de lo que no sería bien que Centroamérica se dejase unir con cemento de espinas, por la mano extranjera que quiere echarle por el sud un enemigo fuerte a México; de que hay en los Estados Unidos mucha opinión sensata, que no quiere perder, con atentados que las alarmen justamente, el comercio legítimo de las repúblicas del sur, “donde el porvenir está preparando su asiento”. “Ellos, dice un diario, tienen sus divisiones, de que nuestra gente lista se quiere aprovechar; pero también tienen ojos y no se dejarán aturdir por lo que quiera hacerles ver esta alianza de los barateros de nuestra política y de nuestro comercio. Ellos nos conocen y piensan de nosotros mejor de lo que merecemos. Nosotros, necesitamos de ellos hoy, y debemos estudiarlos y respetarlos”. Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena.

Ya para el 20, cuando llegaron los delegados del Plata, estaban en New York los representantes de nuestras repúblicas. Entraban en amistad los unos: otros no ponían interés en conocerse.

Los de alma americana, los veían a todos con placer igual. En algún momento, padecían. ¡Qué! ¿que volverán para la América los tiempos en que entró Alvarado el Rubio en Guatemala porque lo dejaron entrar los odios entre los quichés y los zutujiles? Se hablaba más de los países de la

vecindad de que los que andan lejos. Se preguntaba, con curiosidad mezclada a cierto asombro, por los delegados de la Argentina. En la memoria se llevaban las listas. Sólo faltaba Amaral-Valente, del Brasil, Bolet Peraza, el de Venezuela, que estaba al llegar de su paseo francés; Romero, que no vuelve aún de París; y el de Uruguay, y los de la Argentina. Y se cambiaban datos breves de los delegados.

Matías Romero, el de México, es ministro residente en Washington de años atrás; cuando Grant cayó en miseria, él fue el que llevó a la casa el primer cheque: casó con norteamericana; escribe sin cesar, y no habla casi nunca; cree acaso que México está más seguro en la amistad vigilante con los Estados Unidos que en la hostilidad manifiesta; en su patria, nadie duda de él: en Washington, todos le tienen por amigo cordial, como que fue quien empujó el brazo de Grant en lo de los ferrocarriles: ahora lleva uniforme galoneado, y calzones hasta el tacón: hace quince años cuando levantaba en México su casa, piedra a piedra, venía todas las mañanitas de su quinta, jinete en una mula, con sombrero alto de pelo, levitón castaño, cartera al brazo izquierdo, y pantalones que tenían más que hacer con las rodillas que con los calcañales; pues en política, el que no es brillante, ¿no ha de ser singular?; no se ha olvidado la gente de México, ni el señorío ni la chinaca, del sombrero alto de Matías Romero; el que andaba en mula llevó los ferrocarriles. Dos más viene por México; el uno es José Limantour, hijo de rico, que no desmigajó a los pies de las bailarinas la fortuna que allegó su padre con el trabajo, ni la empleó en deshonorarse, sino en mostrarse capaz y digno de ella: el otro es uno de los patriarcas mejicanos, el caballero indio Juan Navarro, compañero de Prieto, de Ramírez, de Payno, de los Lerdo, de todos los fundadores: es el cónsul de México en New York: perdió su gran fortuna, y vive feliz con otra mayor, que es la de no lamentarla.

En Centroamérica, ison tan encontrados los intereses y tan vivos! De ahí, y de Colombia, pueden venir las dificultades. A Guatemala le representa Fernando Cruz, que es el ministro en Washington, hombre de idiomas y de leyes, autor de Las instituciones de derecho y de versos reales y sentidos, y mente tan poblada y capaz que no ha de errar sino en lo que quiera.

En el Salvador no es nombre nuevo el del delegado Jacinto Castellanos. Nicaragua manda a su ministro en Washington, Horacio Guzmán, amigo apasionado, según dicen, de estos canales de ahora. Costa Rica, que está en celos por lo del canal con los nicaragüenses, envía a un hombre de los nuevos y liberales del país, Manuel Aragón, que en su congreso llegó a presidente y lleva en el rostro el poder y la luz del trabajo. Por Honduras viene Jerónimo Zelaya, que guía ahora el pensamiento del país, y tiene tiempo, con todas sus labores de ministro de la presidencia, para celebrar con elocuente pasión cuanto le parezca adelanto y beldad o fuerza que vaya poniendo a su patria centroamericana en el camino del mundo. Porque es de los que quieren resucitar de la tumba de Morazán a Centroamérica.

De Colombia son tres los delegados, José María Hurtado, comerciante de paños, en Nueva York, y hombre de resolución y consejo; Clímaco Calderón, el cónsul en Nueva York, perito en hacienda; Carlos Martínez Silva, literato laborioso: “asistió ayer a misa el Sr. Martínez Silva con el presidente”, dice un diario de Cartagena: redactaba el Repertorio Colombiano: acaba de publicar la biografía del prócer de la independencia Fernández Madrid. Venezuela escogió, en estos tiempos de abierta rebelión contra Guzmán Blanco, al que de las filas de éste salió para combatirlas, y reveló a tiempo el interés e iniquidad del poderoso: a Nicanor Bolet Peraza, poeta en prosa, que escribe la Revista Ilustrada de New York con pluma de colores. Por el Ecuador, cuyo Presidente Flores se ha visto en batallas cerradas con Washington, viene, como para dar prueba

viva de que aun allí van ya a menos las revoluciones porque en el norte desdeñan la otra América, el Presidente a quien Flores acaba de sustituir, incisivo con la pluma y poderoso en la costa liberal: José María Caamaño.

Chile dio su representación en el congreso al que la tenía ya como ministro residente: a Emilio C. Varas, que tiene la diplomacia como oficio familiar y ganó en él la Gran Cruz de la Rosa Blanca del Brasil. José Alfonso es el otro delegado chileno: “su opinión era ley entre nosotros los jueces”, dice quien lo conoce, “es de los que no se deslumbran y ve debajo de lo que le enseñan y sabe decidir: es de los de canas útiles”. Zegarra, el ministro del Perú en Washington, representa a su país en la conferencia: quien lea de cosas americanas conoce su nombre: el haber estado en Washington en la juventud no le ha ofuscado el juicio ni entibió su entusiasmo y fe en la patria. De Bolivia viene con sus dos hijos criados en Buenos Aires, José Velarde, el padre del Heraldo de Cochabamba que habla de la Argentina con afecto y placer: es hombre de ojos claros y de franqueza que entra por los corazones. Por el Brasil tienen asiento en el congreso Lafayette Rodríguez, el presidente de la junta de arbitramento en los reclamos de aquella guerra en que no se puede pensar sin dolor: y Amaral-Valente, que no era en New York desconocido para los que saben de derecho internacional; y Salvador Mendonça, el culto cónsul, amigo de cuadros y de libros, que dice en palabras breves lo que tiene que decir, y sabe allegar amigos a su patria, y a su emperador.

Estos delegados estaban ya en New York, o casi todos cuando venía por la costa con la mayor suma de pasajeros de salón de que hay recuerdo, con setecientos once, el vapor en que es lujo ahora venir, porque lo tienen como palacio de la mar y ciudad que anda: El City of París: allí venía Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Y eran las cinco y media de la mañana, mañana fría, y de lluvia, cuando del parque de la batería, de los carruajes, de la estación del ferrocarril aéreo que tiende su tronco al pie del parque antiguo fueron apreciando, camino

del guardacostas que los esperaba piafando en el agua turbia, los que iban a recibir de media ceremonia, a los huéspedes de dos pueblos invitados, las seis sería cuando entre los remolcadores, las goletas italianas de casco verde y rojo, los vapores del río, los carboneros desmantelados, los buques graneros, salió con su banderola del águila al aire el guardacostas de la aduana. Y fue, y vino, y volvió a ir. El City of París no debía entrar hasta las once. Pereció el guardacostas por la bahía. El buen cocinero pudo hallar a bordo unas galletas y un tanto de café. Uno de los comisionados, hecho a campañas, se trajo de la despensa doméstica un par de codornices. Y hablando de las leyes y del crecimiento, y de las costumbres de las tierras del sur, entretuvieron la mañana con el tanto de codorniz y de café los caballeros que iban de recepción: Charles Flint, comerciante neoyorkino y uno de los delegados del gobierno en el congreso; William Hughes, jefe de la casa de vapores de Ward y de la Unión Comercial Hispanoamericana, que iba en nombre de los comerciantes de New York; Adolfo G. Calvo, el cónsul argentino que ostenta la ciudadanía como una medalla de honor; el vicecónsul, Félix L. de Castro, comerciante de los de honra y cabeza respetada en la casa de Carranza y Cía.; la casa argentina Ernesto Bosch, el secretario de la legación, que parece de más años por el peso de lo que hace y dice; Fidel Pierra, persona de comercio y de letras y secretario de la Unión Comercial; Charles Sawyer, caballero de Boston que venía en nombre de su ciudad, y el cónsul de Uruguay en New York.

A una se pusieron todos en pie. El vapor estaba a la vista, cerca, al doblar del fuerte, al lado del guardacostas. El pasaje entero está viendo llegar al guardacostas. Otro llegó antes, cargado de amigos de los pasajeros, que lograron el privilegio de la aduana. ¿Y así se había de subir al vapor por esa escalera de manos? No llega a la borda la escalera; pero por ella se ha de subir. Delegados, comerciantes y cónsules suben por la escalerilla y entran a la baranda del vapor. De abajo les alcanzan los paraguas y los abrigos.

Por el gentío del puente se van abriendo paso hasta la biblioteca. Allí espera de pie un anciano noble, y entra a pocos instantes, con paso como de batalla, un joven vigoroso, Sr. D. Manuel Quintana con Roque Sáenz Peña: Pinedo, el secretario activo, presenta y acerca: Hughes y Flint ofrecen a los delegados trasladarse al guardacostas: “aunque tal vez estén más cómodos si no se traspordan”. No se traspordan. Se tienden todas las manos para dar la bienvenida a un hombre de rostro abierto y de sonrisa franca: Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Un cónsul busca en vano flores que ofrecer a la dama argentina, la esposa de Sáenz Peña. La llegada está prevista; la aduana no abrirá el equipaje; los comisionados del gobierno y el comercio han preparado coches; se puede ir en calma al puente, a ver cómo se entra en New York, en día de lluvia fina.

Rodea la comisión a los viajeros. Uno va de éste a aquél, hablando ya de negocios. Otros dejan ver en el rostro la alegría: “Es un buque bonaerense”. “En esa cabeza joven hay una mente de poder”. “Es un Chesterfield”. “El joven ha debido ser militar”.

En la lluvia fina ancla el vapor, bajan los huéspedes distinguidos y se van con sus cónsules al Hotel Brunswick.

¿A qué contar los primeros festejos? Uno fue a todos los delegados, pero no todos fueron: no fueron los de la Argentina; una casa de seguros quería enseñarles su palacio y les dio un lunch suntuoso en el comedor de los abogados: “mucho lo agradecemos, mucho”, dijo Mendoza el del Brasil, “aunque no venimos aquí como personas oficiales”; y los llevaron a ver la arcada sombría con el techo de cristal de colores y la escalera de pórfido; y el mirador desde donde se ve toda la ciudad. A los brasileños les dio banquete Flint, que en el Brasil tiene comercio valioso. Hughes, el que representaba en la comisión a los comerciantes invitó a los delegados de la Argentina y el Uruguay a una comida de próceres: estaba Flint, que funge como de comisionado

especial del gobierno, y figura aquí en lo alto del comercio y la vida ostentosa: padre notable, esposa bella, verano en Tuxedo, invierno en Florida: estaba Cornelius Bliss, otro de los delegados del gobierno, persona presidencial, magnate proteccionista de New York: estaba Plummer, príncipe del comercio de géneros, que bregó mucho y puso más porque el club de comerciantes que preside sacase electo a Harrison: estaba Ivins, demócrata a lo Cleveland, socio hasta ayer de los Grace que hacen el comercio con el Perú.

Estaba Adams, presidente del banco; el español Ceballos, que quiere llevar a la Argentina los vapores de la Compañía Trasatlántica, y preside, más de nombre que de hecho, la Unión Comercial Hispanoamericana; Bosch, el secretario de la legación argentina; Pierra, el de la Unión Comercial; Calvo, el cónsul argentino, y el cónsul del Uruguay. Por la Argentina asistió Sáenz Peña y el secretario Pinedo; por el Uruguay, Alberto Nin. ¿A qué contar en detalles el banquete de negocios? Ante los delegados cruzaron argumentos, como chispas unos y como mandobles otros, los convidados principales. El anfitrión defendía sus vapores, “que han de llevar a esta gente en dieciséis días a Buenos Aires”.

Plummer quería que hubiera dos grandes pueblos en América que dominaran el universo, uno del istmo al norte, otro del istmo al sur. Ivins opinó que con vapores vacíos y leyes violentas no se podía crear el comercio, sino abriendo créditos como los europeos, y conociéndose más los del norte y del sur, y respetándose. A lo que dijo Ivins de que el sistema de créditos era inseguro, contestó Pierra que no se podía tener por tales a pueblos como Buenos Aires, donde “no le queda al quebrado más recurso que arreglar sus baúles”. Cruzado de brazos, oía Sáenz Peña: “Levanto mi copa, dijo a su hora, por la gran nación americana”. Nin, convidado a hablar, dijo cómo su pueblo era próspero, dichoso y libre, y brindó “por todos los pueblos americanos”. Al día siguiente, en carro especial, salieron, con pocas excepciones, los de-

legados para Washington. Como un patriarca, con la barba al pecho iba del brazo de Mendoza, Lafayette Rodríguez. Todo el mundo quería saber quién era, en el grupo de los argentinos, “el anciano noble”.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1889.

NUESTRA AMÉRICA*

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable

* José Martí: Obras completas, t. 6, pp. 15-23.

tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿Él que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el

Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden

con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen

los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambañes; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos,

y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la

independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón, se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo,

nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga, en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de

un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en

la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota

para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno, y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las

naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.
La Revista Ilustrada de Nueva York, enero 1.º de 1891.

LA CONFERENCIA MONETARIA DE LAS REPÚBLICAS DE AMÉRICA*

El 24 de mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos a los pueblos de América, y al reino de Hawaii en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban a una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, “la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América”.

El 7 de abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una o más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Washington, por la delegación de los Estados Unidos, “para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la

* José Martí: Obras completas, t. 6, pp. 155-167.

plata”, declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawai que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos a las potencias a un Congreso Monetario Universal.

¿Qué lección se desprende para América, de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y a la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es un sueño fascinador?

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado

compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América. ¿En qué instantes se provocó y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispanoamérica los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispanoamérica desoírla, o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse a un pueblo, se ha de ver qué daños, o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aún cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aún cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente,—porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que

este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “ésto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,—¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha

de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo

fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable a los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña a la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es depreciarla. La plata de Hispanoamérica se levantará o caerá con la plata universal. Si los países de Hispanoamérica venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría depreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispanoamérica que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación a la plata de los Estados Unidos?

Pero el Congreso Panamericano, que pudo ver lo que no siempre vio; que debió librar a las repúblicas de América de

compromisos futuros de que no las libró; que debió estudiar las propuestas de la convocatoria por sus antecedentes políticos y locales,—la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado,—la necesidad del Partido Republicano de halagar a sus mantenedores proteccionistas,—la ligereza con que un prestidigitador político, poniéndole colorines de república a una idea imperial, podía lisonjear a la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional;—el Congreso Panamericano, que demoró lo que no quiso resolver, por un espíritu imprudente de concesión innecesaria, o no pudo resolver, por empeños sinuosos o escasez de tiempo,—recomendó la creación de una Unión Monetaria Internacional,—la creación de una o más monedas internacionales,—la reunión de una Comisión que acordase el tipo y reglamentación de la moneda. Las repúblicas de América atendieron, corteses, la recomendación. Los delegados de la mayoría de ellas se reunieron en Washington, México y Nicaragua, y el Brasil y el Perú, y Chile y la Argentina, delegaron a sus ministros residentes. El ministro argentino renunció el puesto, que ocupó más tarde otro delegado. Las otras repúblicas enviaron delegados especiales. El Paraguay no envió. Ni envió Centroamérica, fuera de Nicaragua, y de Honduras, cuyo delegado, hijo de un almirante norteamericano, no hablaba español. Presidió la Comisión, por acuerdo unánime, el Ministro de México. Sesiones de uso, comisiones previas, reglamento; lo uniforme no era allí la moneda, sino la duda, cambiada a chispazos en los debates,—la seguridad—de que no podía llegarse a acuerdo. Uno hablaba del “comercio real”. Otro se declaraba, antes de sazón, hostil “a esa idea imposible”. Pidió un delegado de los Estados Unidos una larga demora, “para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata”; y un delegado, al obtener que se redujese a térmi-

nos de cortesía, lícita la pretensión excesiva del delegado de los Estados Unidos, estableció que “se entendiese cómo la demora era, para que la delegación del país invitante pudiera completar sus estudios preparatorios, puesto que de ningún modo se habría de suponer que la opinión de la Cámara de Representantes hubiese por necesidad de alterar las opiniones formadas de la Comisión”.

Cumplida la demora y desbandada la Cámara de Representantes sin haber votado, la ley de plata libre, las delegaciones ocuparon de nuevo sus puestos en la mesa de la Comisión. Acaso habían oído algunos lo que decían sin reserva gentes notables del país. Oyeron acaso que la Comisión no parecía bien a los que pasaban por amigos de la mayoría del gobierno. Que al gobierno no agradaba el interés de su minoría en mantener, por los que se tachan de artificios, la política continental. Que este alarde peligroso de la política continental, ni de una minoría era siquiera, sino de un solo hombre. Que esta Comisión hueca debía cesar, para que no sirviese de comodín político a un candidato que no se para en medios y sabe sacar montes de las hormigas. Que la simple discusión de una moneda de plata común alarmaba y ofendía a los mantenedores del oro, que imperan en los consejos actuales del Partido Republicano. Que los países Hispanoamericanos verían por sí, sin duda, si les quedan ojos, el peligro de abrirse, por concepto de cortesía o por impaciencia de falso progreso, a una política que los atrae, por el abalorio de la palabra y los hilos de la intriga, a una unión fraguada por los que la proponen con un concepto distinto del de los que la aceptan. Se puso en pie un delegado de los Estados Unidos, ante la Comisión por los Estados Unidos convocada para adoptar una moneda común de plata, y propuso, al pie de una robusta exposición de verdades monetarias, donde llamaba “sueño fascinador” a la moneda internacional, que declarase la Comisión inopor-

tuna la creación de una o más monedas de plata comunes; que se opinase que el establecimiento del patrón doble de plata y oro, con relación universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas; que recomendase que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos gobiernos, a una Conferencia Monetaria Universal, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata. “Hay otro mundo—decía el delegado—y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la plata internacional”. ¡Los Estados Unidos, pues, marcaban a la América complaciente el peligro que hubiera corrido en acceder con demasiada prisa a las sugerencias de los Estados Unidos!

A cinco repúblicas—a Chile, Argentina, Brasil, Colombia y Uruguay,—dio la Comisión el encargo de estudiar las proposiciones de los Estados Unidos, y la Comisión, unánime, acordó recomendar que se aceptase las proposiciones norteamericanas. “No podía extrañar la Comisión que los delegados de los Estados Unidos reconociesen las verdades que la Comisión Internacional se hubiera visto obligada a reconocer por sí misma”. “La Comisión acataba, como que es de elemental justicia, el principio de someter a todos los pueblos del universo la proposición de fijar las sustancias y proporciones de la moneda en que han de comerciar los pueblos todos”. “Sueño sería, impropio de la generosidad y grandeza a que están obligadas las repúblicas, negarse directa o indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libérrimo con los demás pueblos del globo”. Pero no propuso la Comisión, como los Estados Unidos, que se convidase “a las potencias del globo”, “por no correr el peligro, con una invitación no bastante justi-

ficada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, a los poderes que pudiesen ver en la convocatoria el empeño, por más que hábil y disimulado, de precipitarlos a una solución a que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia, o se lastima su puntillo con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema monetario un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido”. “La plata debe irse acercando al oro”. “La producción inmoderada aleja la plata del oro”. “A la moneda de plata no se la puede, ni se la debe, hacer desaparecer”. “Se ha de tender a la moneda uniforme, pero por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado a la economía, que fomentan rencores y provocan venganzas, y no pueden durar”. “Pero el convite en conjunto no se recomienda.” Y cuando a su paso por los detalles monetarios tocaba a la Comisión marcar el espíritu con que Hispanoamérica los entendía, y entiende cuanto atañe a la vida individual e independiente de sus pueblos, lo marcó así:

“Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen los factores todos que precedieron y acompañaron el hecho de su convocatoria sino para dar una muestra, fácil a los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquélla cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres,—de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto con buena voluntad—y del afectuoso deseo de ayudar, con los Estados Unidos como con los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y la paz de los hombres”. “No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza

y de la realidad”. “El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar en paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la constitución nos mantienen abiertas sus cajas”. “Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos”. “Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios”.

Cuando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados a la mesa. Cuando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión a la puerta, diciendo que no hay qué comer, los huéspedes no lo echan de lado, ni entran en su casa a la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, o son títeres que van y que vienen, por donde quiere que vayan o vengan el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado hispanoamericano—entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que “a cumplir lo que se había recomendado”—apadrinó, sin ver que una recomendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los de-

legados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieron, a ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino a crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que llamó “Columbus”, sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, “residente en Washington”.

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes a votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar a aceptar la moneda de plata en relación fija e igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así: “¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?” Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos, salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos? ¿A quién, sino a los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio

por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana, el pensamiento de oponerse a la clausura de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si a sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva, y los ponía a su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, o de un político tenaz y osado de los Estados Unidos, levantaba por resortes ocultos e influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios o por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos,—una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispanoamérica con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inclemente, ceder a los Estados Unidos más de lo que conviniese al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si

hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aún no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguedad de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norteamérica no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vio, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

La Revista Ilustrada, Nueva York, mayo de 1891.

LA VERDAD SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS*

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie—que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean

* José Martí: Obras completas, t. 28, pp. 290-294.

desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuo,—el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío, y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a quien aún cierra el paso con parricida ceguera la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y sonriente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la excrecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e inculta, divididos por el odio de la docilidad acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una sublime guerra han entrado a la concidadanía con los que los compraron y los vendieron, y, gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos.

En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquéllo en que se les hayan rodeado condiciones comunes: y es un hecho que en los Estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg, del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, ágrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar el hombre honrado es precisamente que no sólo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas

de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que sólo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales; ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro; y aún cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, sólo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado:—por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la sazón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor: monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí, y sudar la calentura. En otros,

la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella ruegan o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite:—padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y, en vano; estúdiase, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiase, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en los zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos: y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros, póstumos enclenques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén, y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguidos, como el faldero acariciado el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de bastardía el andar tildando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a las pecadoras. Sea la causa cualquiera,—impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada,—es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva de la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue

más para disputarse entre Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e ignorantes o silvestres indios. Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto,—y, en lo excesivo, pernicioso—de la vida política y el carácter norteamericanos, Patria inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de “Apuntes sobre los Estados Unidos”, donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquéllos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental—y en todos los pueblos posibles—en que sólo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquéllas calidades de constitución que, por su

constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América:—el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos—y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

Patria, Nueva York, 23 de marzo de 1894.

EL TERCER AÑO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO*

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual—la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces

* José Martí: Obras completas, t. 3, pp. 138-143.

injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado,—por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,—y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—sólo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la

paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla y

más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas:—y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el inculto quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquella, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado; ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen, por el

respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos,—y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la

lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden,—y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y

superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres,—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada, y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles,—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogía, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es

un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Patria, Nueva York, 17 de abril de 1894.

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ*

[Mayo, 1894]

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

Te escribo por mi mano, dos días antes de emprender camino. La enfermedad fue natural: —mareo grande, la variedad de

* José Martí: Epistolario. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, 1993, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, t. V, pp. 146-147. (En lo adelante, cuando se cite el Epistolario será de esta edición.)

conversación de la llegada, comida violenta, discurso largo enseguida en La Verdad, con la voz rota. Pero la paz que dejo en las almas compensa esta encamada de tres días. Me siento aun sin cabeza, porque ahí fue a parar todo. Escribo como en el vacío. El buen Barbarrosa no se separó de mi lado, y he hecho desde la cama lo posible para obtener sin escándalo de aquí la cuota necesaria. Mañana salgo; pero acá he de cuidar mucho lo que digo, porque la españolería ambiente lo tiene todo aquí muengo y vidrioso. Ahora azuzan una huelga general, con el perpetuo fin de entrar en la casa de Martínez. Creo que no tendrán éxito.—Ya recibí—¡buena tarea!—tu telegrama sobre Falk y 9 paquetes, fábricas que han venido muy a punto.—Arriba sin cesar en lo que falte y en los cobros, porque si no, no sé cómo me veré.—Te escribo con la mano insegura, por mi malestar, que me tiene aún muy caído; y porque no puedo olvidar nuestra despedida. Cuidado, sin embargo, con la menor aflicción: allá te veo,—como que no haces más que bien y te rodea tanta estima,—con todo el desembarazo y acomodo, de alma y cuerpo, que pudiera, en estos instantes, desear para ti. Da recio en eso, hasta cosas mayores. Gocé profundamente cuando te vi en tu rincón amplío y limpio, con el trabajo a la puerta y con el suelo firme debajo de tus pies. Atúrdete haciendo bien, que es ya para nosotros el único modo de vivir: sirve, vigila y perdona.—Yo te escribiré antes del viaje: después, estaré un mes sin saber de ti; pero tu obra habrá sido continua, por el encargo especial que te haré, y no tendrás manera de dejarme de dar cuenta de toda ella. Acabo, porque no puedo halar mucho la pluma.—Vi toda tu alma en el telegrama de ayer, y te la pagué con toda la mía.—A Manuelito ya le escribo: que sea dandy de noche, obrero de día, y hombre a todas horas, que ya estoy convencido de que él lo

puede ser.—¿Y Aurora te cocina? Allí me sentirás, de seguro, sentado a tu lado, en todos los momentos de pena. Allí está

Tu hermano

J. MARTÍ

AL GENERAL PORFIRIO DÍAZ*

México, 23 de julio de 1894

C. General Porfirio Díaz

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos,—que ha provocado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México,—y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial de los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente, a que se dispone Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy, al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del Continente, que la mantiene hoy con la dignidad y unidad que da a su pueblo, y que no puede desoir, ni ver

* José Martí: Epistolario, t. V, pp. 228-229.

como extraños, a los que a las puertas de su patria, en el crucero futuro y cercano del mundo, y frente a una nación ajena y necesitada, van a batallar por el decoro y bienestar de sus compatriotas, y el equilibrio y seguridad de nuestra América. Trátase, por los cubanos independientes, de impedir que la isla corrompida en manos de la nación de que México se tuvo también que separar, caiga, para desventura suya y peligro grande de los pueblos de origen español en América, bajo un dominio funesto a los pueblos americanos. El ingreso de Cuba en una república opuesta y hostil,—fin fatal si se demora la independencia hoy posible y oportuna,—sería la amenaza, si no la pérdida, de la independencia de las repúblicas hispano-americanas de que parece guardián y parte por el peligro común, por los intereses, y por la misma naturaleza.

El general Díaz aparece ante los americanos pensadores, como un hombre igualmente capaz de servir a su patria con el valor heroico y con el silencio de la prudencia. Por eso, con toda la autoridad que los cubanos le han dado,—con la de los sucesos que lleva en sí,—y con la de su amor probado a México, solicita afectuosamente el que suscribe del general Díaz el honor de una conversación que no puede ser inútil a la amistad indispensable de México y Cuba,—y que merece quien—como el que firma—conoce, como mexicano que con el alma es, toda la delicadeza de la situación de México, y todas sus obligaciones oficiales.

En asunto de grandeza, se llama a un hombre grande. Así aguarda la respuesta del general Díaz.

Su servidor respetuoso

JOSÉ MARTÍ

Hotel Iturbide, Cuarto n. 51.

A LA MADRE*

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. MARTÍ

[Montecristi] 25 marzo 1895

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginar. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.—

* José Martí: Epistolario, t. V, p. 116.

A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL*

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo,—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a

* José Martí: Epistolario, t. V, pp. 117-119.

convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aún cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si se manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria: y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes

ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a lo voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Ésto es aquello, y va con aquéllo. Yo obedezco, y aún diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.—

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria. Su

JOSÉ MARTÍ

Montecristi, 25 de marzo, 1895

MANIFIESTO DE MONTECRISTI*

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de [s] preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, [sus títulos] reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria, que no se [debe] ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado [para lanzarse a la ligera, viva aún la herida de] en la guerra anterior [,] para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo [enca] terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus [hábil]es] varios disfraces, y sin determinación tan respetable [,]—por ir firmada por la muerte [,]—que debe

* José Martí: Obras completas, t. 4, pp. 93-101.

imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su [infamia] servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá [n] gozar respetado [s], y aún amado [s], de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su [respeto] radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y [sostén de] cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga [a la vez] la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con

el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Éntre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, [de los pueblos,] para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas [,] y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del [anhelo] error de ajustar a moldes extranjeros; de [extrema idea o] [teoría incierta, teoría o] [teoría de mera] dogma incierto o mera relación [local, accidental en] a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que [sólo conocían] conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas [a] a las [rangó] costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las [regiones] comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén [punible] de la [s] fecunda [s] raza [s] indígena [s] en las disputas de [dogma] credo o localidad [nacidas de] que esas causas [nacían del de] de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo los problemas de la [nacional] sociedad

cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más [bisoño de sus huestes] humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de [a] la guerra, y a la fundación de [a] la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, [los] y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la [inmediata utilidad] firmeza de sus personas [útiles] laboriosas, y [la] el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; [la pericia práctica de sus pensadores] [realidad] [la aspiración y la cultura] el cultivo y benignidad de sus artesanos; [y sus hábitos políticos] el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; [el] la [recip] admiración recíproca de las virtudes [comu] iguales entre los cubanos que de las [diferencia] [distinciones] diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a [ese] los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo [feraz] inmediato de un pueblo feraz en la [nacionalidad] república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la

guerra a veces cría, del rencor [provocativo] [agresivo] ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del [la naturaleza y] albedrío y [de los demás hombres, y de la] naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en [la virtud y la cultura] las [sentimientos] virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de [los] las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa [que les venía viene venía] [hoy] que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del [mundo] universo rico e industrial, sustituirá sin [dificultad] obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura [ideal de] abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado [y miserable] donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros [famélicos] menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su [la] independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación [silenciosa] callada de la patria, [han visto] ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo [imperceptibles] in advertibles para los que, fuera del alma real [de Cuba, juzga de su patria, en la] de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre [y culpa] de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, [en Cuba] so pretexto de [alta] prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolu-

ción, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en [Cuba] la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicualemente levantar, [en Cuba] por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la [consecuencias desordenadas de la] revolución. Cubanos hay ya en Cuba [olvidados] de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra [de la libertad] emancipadora y el trabajo [en que] donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza [y tropiezo] de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, [el evangélico amor de libertad] el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas [vehementes] ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su [ineptitud] incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la [ferviente] estimación cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que [temblar de miedo con su] alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con [ese] semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con [negro] inapetecible oficio, las

manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor. [e inútil de la tierra cubana].

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución que ni lisonjea ni teme, tan [justa] afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda que por ellas vendrán a ser [no la] la guerra más breve [menos] sus desastres menores. y mas fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No [los] nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero y la amistad a la amistad En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al [bravo] español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su [hogar] casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y [beneficios] bienes que no han de hallar [ían] aún por largo tiempo en la [confusión] lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es [nuestro] el corazón [y así] de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles [combatirán sin ser de veras contra] [se han de oponer eficazmente a] tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseles que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a [la] derramar [la] sangre de [hombres buenos los hombres oprimidos] sus semejantes en provecho de [una monarquía trono] un cetro inútil [o de un la] o una patria [cruel] codiciosa, los quintos segados en la flor de [la] su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería [gustoso] alegre como ciudadanos libres, un trono

[atado mantenido] mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de [los] sus privilegios y [los] sus logros? [que crecen a su sombra?] [cría y favorece] ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, [arra] so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias [cubanas, fatigadas ya] y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de [su for] una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos [de cubanas] felices, [de la mujer de Cuba, y padres felices y autores de hijos] y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre [cruel] sangriento un [pueblo donde] suelo libre [del] al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la [fortuna] honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra [del o] aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la [única] paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? [¿Con Ni con qué derecho?] ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución [lo] emplea sin miedo este lenguaje, porque [la] el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables

del gobierno de España, y abrirla [libre] franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad [nos] ayuden a conquistarla en Cuba, [o amen a los que la conquistaran] y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, concedora [del] de su desinterés, [de sus hijos] no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante [timidez] cobardía, que en los errores formales del [la patria] [república] país naciente, o en [la] su poca suma visible de república, [buscase] pudiese procurar razón [para] con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro [y sus mayores extremos respeto] causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria.—La dificultad de las guerras de independenciam en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la [falta de mutua estimación] discordia de sus [próceres] héroes y en la emulación y recelo inherentes [a la] al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y [alimenta mantiene] nutre la guerra,—y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe [desatar] desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar [la patria] el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas [en] para la ayuda y [relación con] respeto de los demás pueblos,—y permitan—en vez de entrabar—el desarrollo pleno y [triumfo rápido veloz] término rápido de la guerra [necesar] fatalmente necesaria a la [conquista de] felicidad pública. [Y] Desde [las] sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno [artificial] sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber,

al uso de las facultades íntegras de constitución, [en] con que se ordenen y acomoden, [con] en su responsabilidad [especial] peculiar ante el mundo [moderno] contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con [abnegación] nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan [en con] tras el alma y [la] guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad [con la independencia de Cuba] una república trabajadora; [y pacífica, segura, levantada] sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución [sabrà] ha de hallar [modos tales de ordenación] formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra [humana benéfica y] culta, el entusiasmo de los [propi] cubanos, la confianza de los españoles Y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde [ví] natural, la realidad de las ideas que producen o [rechazan detiene] apagan los hechos, y la de los hechos [en con] que [se represan] nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura que modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores sino al profundo conocimiento de la labor del hombre [por] en [la conquista] el rescate y [mante] sostén de su dignidad:—ésos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que [el corazón de los cubanos palpe el coraz] la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y [robusta] vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de [los primeros]

sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, [en] bajo la inmoralidad y [opre] ocupación crecientes de un amo inepto, [y codicioso] desmigaja o pierde su[s] fuerza[s] superior[es] en la patria sofocada o en [el] los destierros esparcidos. Ni es la guerra el [mero] insuficiente prurito de [ganar, por el poder] conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la [indep emancip] independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de [la] independencia de Cuba, [un país donde, como en Cuba, donde va a cruzarse] nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en [el] plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y [justo] trato justo de las naciones [de] americanas, y al equilibrio aun vacilante del [orbe] mundo. Honra y conmueve [meditar] pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la [firmeza aún vaiga todavía insegura] confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero [universal] del mundo. ¡Apenas podría creerse que con semejantes [hombres] mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria [estéril avara] inerte y viciosa!—A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés [humano] universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho

del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrinas que produjeron [y e inspiran] y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más al pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los [sublimes ejemplares] magnánimos fundadores, cuya [obra] labor renueva el país agradecido,—y al honor, que ha de impedir a los cubanos [mancillar o] herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

JOSÉ MARTÍ

M. GÓMEZ

A GONZALO DE QUESADA Y ARÓSTEGUI*

Montecristi, 1º de abril, 1895

Gonzalo querido:

De mis libros no le he hablado. Consérvenlos; puesto que siempre necesitará la oficina, y más ahora:—a fin de venderlos p^a Cuba en una ocasión propicia, salvo los de Historia de América o cosas de América,—geografía, letras, etc.—que

* José Martí: Epistolario, t. V, pp. 138-141.

Vd. dará a Carmita a guardar, por si salió vivo, o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás, lo vende en una hora oportuna.—Vd. sabrá cómo.—Envíemele a Carmita los cuadros,—y ella irá a recoger todos los papeles.—Vd. aún no tiene casa fija, y ella los unirá a los que ya me guarda. Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas.—De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de La Opinión Nacional, la de La Nación, la del Partido Liberal, la de la América hasta que cayó en Pérez, y aún luego la del Economista podrían irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos de discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre Lalla Rookh que se quedó en su mesa.—Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca. La Edad de Oro, o algo de ella sufriría reimpresión. Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77:—en la Revista Venezolana, donde están los arts. sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña:—en diarios de Honduras, Uruguay y Chile:—en no sé cuántos prólogos:—a saber. Si no vuelvo, y Vd. insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

- I.—Norteamericanos.
- II. —Norteamericanos.
- III. —Hispanoamericanos.
- IV. —Escenas Norteamericanas.
- V. —Libros sobre América.
- VI. —Letras, Educación y Pintura.

Y de versos podría hacer otro volumen: Ismaelillo, Versos Sencillos;—y lo más cuidado o significativo de unos Versos

Libres que tiene Carmita.—No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.

De los retratos de personajes, que cuelgan en mi oficina escoja dos V.,—y otros dos Benjamín.—Y a Estrada, Wendell Phillips.—

Material hallará en las fuentes q. le digo p^a otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos, no publique ninguno antes del Ismaelillo: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.

Mis Escenas, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a la luz.

Y si Vd. me hace, de puro hijo, toda esa labor, cuando yo ando muerto, y le sobra de los costos, lo que será maravilla ¿qué hará con el sobrante? La mitad será para mi hijo Pepe, la otra mitad para Carmita y María.

Ahora pienso que del Lalla Rookh se podría hacer tal vez otro volumen. Por lo menos, la Introducción pudiera ir en el volumen VI. Andará Vd. apurado para no hacer más que un volumen del material del 6^o “El dorador” pudiera ser uno de sus artículos, y otro “Vereschagin” y una reseña de los pintores “Impresionistas”,—y el “Cristo de Munkaczy”.—Y el prólogo de Sellén,—y el de Bonalde, aunque es tan violento,—y aquella prosa aún no había cuajado, y estaba como vino al romper,—Vd. sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de espíritu, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y lujosas que Vd. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí han guardado los “En casa” en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros Hispano-Americanos recuerdo a San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller.

De Norteamericanos:—Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman.—Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias a Arthur, Hendrichks, Hancock, Conkling, Alcott,—y muchos más.

De Garfield escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gaceta:—Y mucho hallará de Longfellow y Lanier, de Edison y Blaine, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva, y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura, y la misma ansiedad, y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres: y en otro, aquellos discursos tanteadores y relativos de los primeros años de edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad, y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustaban a ella. Ya usted sabe que servir es mi manera de hablar.—Ésto es lista y entretenimiento de la angustia que en estos momentos nos posee.—¿Fallaremos también en la esperanza de hoy, ya con todo al cinto? Y para padecer menos, pienso en Vd. y en lo que no pienso jamás, que es en mi papelería.

Y falló aquel día la esperanza—el 25 de marzo.— Hoy 1º de abril, parece que no fallará. Mi cariño a Gonzalo es grande, pero me sorprende que llegue, como siento ahora que llega, hasta a moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales. De ser mías solas, las escribiría; por el gusto de pagarle la ternura que le debo; pero en ellas habrían de ir las ajenas, y de eso no soy dueño.

Son de grandeza en algunos momentos,—y en los más, de indecible y prevista amargura. En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla.—¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?

De la venta de mis libros, en cuanto sepa Vd. que Cuba no decide que vuelva, o cuando,—aun indeciso ésto,—el entusiasmo pudiera producir con la venta un dinero necesario,—Vd. la dispone, con Benjamín hermano, sin salvar más que los libros sobre nuestra América,—de historia, letras o arte—que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos. Y todo el producto sea de Cuba, luego de pagada mi deuda a Carmita: \$220.00. Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que necesitaba para la faena.—Podría hacer un curioso catálogo,—y venderlo, de anuncio y aumento de la venta.—No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Vd. en las mías; pero acabo, del miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas.—Su

J. MARTÍ

Escenas Norteamericanas

De guía para este volumen pudiera servir la idea matriz de elegir p^a él entre las correspondencias aquellas que describen un aspecto singular, o momento característico de la vida de Norteamérica. Recuerdo, por ejemplo:

Un boxeo,— tal vez la 1ra. correspondencia q. se publicó en La Nación.

La Exposición de vacas en Madison Garden, y Lechería
El terremoto de Charleston

La nevada
La ocupación de Oklahoma
Los anarquistas de Chicago
Una elección de Presidente
La inundación de Yorktown
El linchamiento de los italianos en N. Orleans
El negro quemado
El centenario de Washington
El centenario de la Constitución
La Estatua de la Libertad

Y temas así,—culminantes y durables, y de valor humano

En las correspondencias de *La Nación*, que hay sueltas, o en cuadernos en la oficina, sólo hay una parte de las escritas al periódico,—y faltan algunas q. en la colección serían esenciales.

J. M.

A JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN*

[Montecristi] 1º de abril de 1895

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

JOSÉ MARTÍ

* José Martí: *Epistolario*, t. V, p. 142. (Esta carta la escribe el Maestro a su hijo a pocas horas de embarcar para Cuba. Su llamada “Testamento familiar”.)

A MARÍA MANTILLA*

A mi María

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer,—en saber, para poder querer,—querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores,—a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas,—esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse,—llaman en el mundo “amor”. Es grande, amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento y respeto.—¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debía estar aquí. Creí no tener miedo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a

* José Martí: Epistolario, t. V, pp. 145-149. (En esta carta el Maestro se expansiona en consejos a María Mantilla, en texto considerado “Testamento pedagógico”.)

Cuba, le enseñó tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti,—en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando, en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. El Harper's Young People no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten ni se ven, y más palabras de las precisas. Este Petit français es claro y útil. Léelo, y luego enseñarás. Enseñar, es crecer.—Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás, si no me quieres.—Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como un cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas;—y será que estás trabajando en la tarea, pensando en mí.

Un libro es L'Histoire Générale, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas, en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto, el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído; y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada pá-

gina escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo.—La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces,—que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice,—tú sabes—il est, cuando no hay él ninguno, sino para acompañar a es, porque en francés el verbo no va solo; y en español, la repetición de esas palabras de persona,—del yo y él y nosotros y ellos,—delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas,—aunque no por supuesto a la misma hora,—leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en La Edad de Oro; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, La Edad de Oro.—El francés de “L’Histoire Générale” es conciso y directo, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el modo de decir francés, cuando la frase francesa, sea diferente en castellano.—Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo n° 6, esta frase delante de mí: “Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde”.—Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra:—“Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo”,—porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: “Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo.” Si digo: “Los griegos han tratado los primeros”, diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo “de darse cuenta”, digo mal también, porque eso

tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante,—y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba.—Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien,—o la romanza de Hildegonda, por ejemplo,—si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo.—Tu música no es así, mi María; sino la música que entiende y siente.—Estudia, mi María;—trabaja,—y espérame.

Y cuando tengas bien traducida “L’Histoire Générale”, en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias écomo no habrá quien imprima;—y venda para ti, venda para tu casa,—este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y un pueblo a las espaldas:—y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor—y todo lo cierto—de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita leyó antes que tú, las Cartillas de Appleton. Pues este libro es mucho mejor,—más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo. La Physiologie

Végétale,—la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas,—y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, —la grande y verdadera,— está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Ésa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. —Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia

de las criaturas de la tierra. —Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses; vuelvan a leerlo: léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o—donde vivió el hombre de que habla la historia.—Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a al vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podrías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más;—y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores,—y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando como está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y esas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yankees,—y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que

se llama “The Fairy-Land of Science”, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, “Fruits, Flowers and Leaves” y “Ants, Bees and Wasps”. Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coquete-rías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar.—Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas,—de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo.—Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada—explicando el sentido de las palabras—el español: no más gramática que esa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y esa es la única que le sirve.—¿Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables?—Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma,—sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente.—Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un

libro,—el libro que te pido,—sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres.—Trabaja. Un beso. Y espérame. Tu

J. MARTÍ

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895.

A MANUEL MERCADO*

Señor. Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir: ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para logradas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos,—como ese de Vd., y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de ceegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América

* José Martí: Epistolario, t. V, pp. 250-252. (Esta carta, llamada «Testamento político», es interrumpida por el Maestro, según testimonio del Generalísimo Máximo Gómez, cuando llegó al Campamento el General Bartolomé Masó.)

al Norte revuelto y brutal q. los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David. Ahora mismo; pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald, q. me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros. Y de más me habla el corresponsal del Herald; Eugenio Bryson:—de un sindicato yankee,—que no será,—con garantía de las Aduanas, hartó empeñadas con los rapaces bancos españoles p^a q. quede asidero a los del Norte,—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra del gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España p^a allegar, en Cuba o afuera, los recursos contra la guerra q. en la vez anterior sólo sacó de Cuba:—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender este q. sin duda, llegada la hora,

España preferiría entenderse con los E. Unidos a rendir la Isla a los cubanos:—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro, y de lo q. en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, p^a cdo. el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México. Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana. —Y México—¿no hallará modo saáz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré. Ésto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quien la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; p^o estas cosas son siempre obra de la relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle,—alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia

de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar, conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas q. antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas: y las cosas de hombres, hombres con quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé de-saparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.—Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece. Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto q.

le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día![...]

Hay efectos de tan delicada honestidad.

Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de 1895.

ÍNDICE

- I. ESTUDIO INTRODUCTORIO
 - Armando Hart Dávalos / 9

- II. JOSÉ MARTÍ EN LA MIRADA DE...
 - Rubén Darío / 47
 - Domingo Faustino Sarmiento / 48
 - Manuel Gutiérrez Nájera / 48
 - Enrique José Varona / 49
 - Francisco Pi y Margall / 50
 - Pablo Iglesias / 50
 - Pedro Henríquez Ureña / 51
 - Miguel de Unamuno / 52
 - Manuel Isidro Méndez / 53
 - Fernando de los Ríos / 53
 - Gabriela Mistral / 54
 - Juan Ramón Jiménez / 56
 - Juan Marinello / 57
 - Fernando Ortiz / 58
 - Alfonso Reyes / 59
 - Alejo Carpentier / 59
 - Federico De Onís / 60
 - Guillermo Díaz-Plaja / 61
 - Ernesto Che Guevara / 62
 - Herminio Almendros / 62
 - Nicolás Guillén / 63
 - José Lezama Lima / 63
 - Fidel Castro / 65

III. TEXTOS DE JOSÉ MARTÍ

- La República española ante la Revolución Cubana / 69
- Diputado / 81
- Escasez de noticias electorales.—Diputados noveles.—Comercio e industria.—Inteligencia de creación y de aplicación.—Teófilo Gautier / 83
- El Poema del Niágara / 88
- El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México / 110
- Exposición de electricidad / 117
- Honores a Karl Marx que ha muerto / 121
- Educación científica / 123
- Educación popular / 126
- A aprender en las haciendas / 127
- La futura esclavitud / 130
- Maestros ambulantes / 135
- Libro nuevo y curioso / 140
- Inauguración de un presidente en los Estados Unidos / 146
- Correspondencia particular para El Partido Liberal / 164
- Cartas de Martí / 172
- Vindicación de Cuba / 182
- El Congreso de Washington / 190
- Nuestra América / 200
- La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América / 211
- La verdad sobre los Estados Unidos / 226
- El tercer año del Partido Revolucionario Cubano / 232
- A Fermín Valdés Domínguez / 239
- Al general Porfirio Díaz / 241
- A la madre / 242
- A Federico Henríquez y Carvajal / 243
- Manifiesto de Montecristi / 246

- A Gonzalo de Quesada y Aróstegui / 258
- A José Martí y Zayas Bazán / 263
- A María Mantilla / 264
- A Manuel Mercado / 271

